Mundo Argentino

20 centavos en toda la República

EN ESTE NUMERO:

Hace dos mil años, el polo era el deporte favorito de los reyes persas.

Un heroico empleado de correos, allá por el año mil ochocientos noventa y tantos, fué encargado de una difícil misión, como era la de llevar correspondencia secreta a través de la cordillera andina. Inmola su vida en el desempeño de su cometido; pero su novia, una animosa muchacha que no se resigna a llorar la pérdida del ser amado, en un arranque de abnegación, cruza la cordillera y venga la muerte de su novio, realizando al propio tiempo una hazaña digna de su temple de mujer fuerte.

Resumen de la novela corta de ambiente nacional

EL HEROE ANONIMO

De ENRIQUE RICHARD LAVALLE

El espejo de la opinión pública en el país y en el extranjero



1 REPUBLICA ARGENTINA

¡Pobre pollito si lo agarran todos esos gatos!...



2 LOS BOLSILLOS DE EUROPA

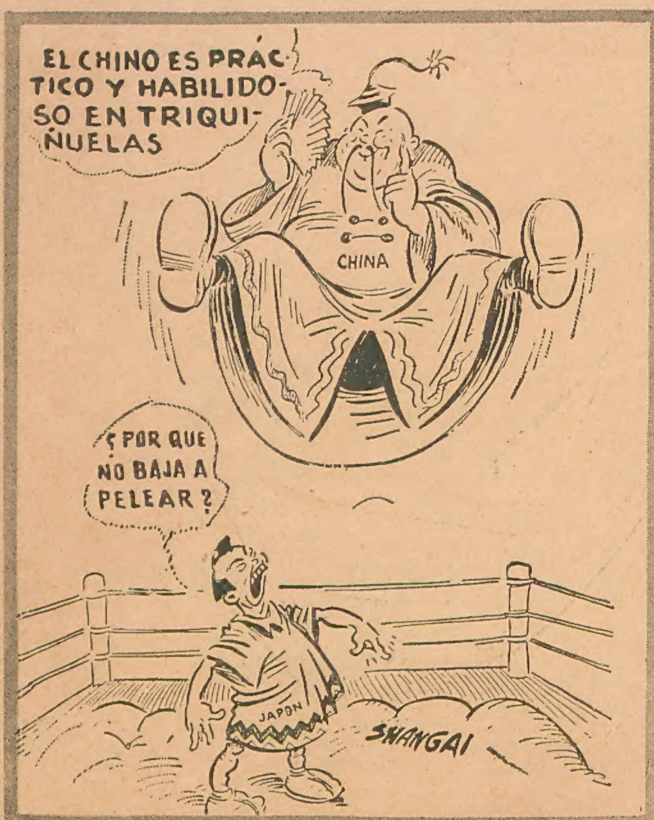
Europa. — Que un bolsillo ignore lo que hace el otro...

(De "World-Herald", Omaha)



3 INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS

El Tío Sam. — ¡Ay, que me lastimas, compañero!



4 EL CONFLICTO CHINOJAPONES

Una invitación que no es correspondida.

(De "Post-Gazette", Pittsburgh)



5 ESTADOS UNIDOS

— Veremos si abriendo esta puerta se pueden alimentar estos perros.

(De "News", Dallas)

EL BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

La gallina de la administración pública debe cuidar celosamente (1) que el pollito tentador del presupuesto no sea devorado por todos esos gatos hambrientos que la rodean: correligionarios políticos, aspirantes a puestos, empleados cesantes, etc., si quiere verlo desarrollarse normalmente.

Mientras en un bolsillo Europa (2) guarda el dinero con el que debe pagar las deudas de guerra, **en el otro deposita lo destinado a los armamentos, a pesar de la Conferencia del Desarme** que tantos miles y miles de pesos también cuesta a todas las naciones.

Una verdadera guerra de tarifas (3) es la que se ha entablado entre Inglaterra y los Estados Unidos, y **ambos países, diciendo que lo hacen para proteger sus productos, gravan excesivamente los del otro.**

A pesar de los choques sangrientos en Shanghai (4), China no ha presentado el frente al enemigo que tiene en casa, **lo cual es interpretado como una artimaña propia del espíritu chino,** que cree más práctico eso que una verdadera guerra con el Japón.

Los esfuerzos del presidente Hoover (5) por hacer circular el oro que permanece estancado, **es quizá la única solución para remediar la crítica situación de la industria, la agricultura y el comercio del gran país del Norte.**



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES



EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXII — BUENOS AIRES, MARZO 30 DE 1932 — NÚM. 1106

EL MOMENTO

EN momentos de entrar en máquina este número de MUNDO ARGENTINO, la primera reunión extraordinaria del congreso nacional recientemente convocado por el Poder Ejecutivo no se ha aún llevado a cabo. Muchas eran las versiones circulantes acerca de las medidas que adoptaría el gobierno para hacer frente a sus compromisos y para tratar de salvar al país del pavoroso desastre financiero que lo amenaza.

Es indudable que al ministerio entero no lo ha ocupado desde que se constituyó ningún problema más que éste, empeñado en encontrar al asunto una salida satisfactoria para el gobierno y el pueblo.

Ningún habitante, desde el más humilde trabajador hasta el más encumbrado banquero, ignora que es esta una de las más difíciles horas por que ha pasado el país. Está en la conciencia de todos que es tanta la gravedad de la situación, que cualquier paso que el gobierno resuelva dar tendiente a obtener, aunque sólo sea cierto alivio a tan grandes dificultades, debe ser inmediatamente secundado sin vacilaciones, teniendo por norma un solo punto de vista: "el patriotismo", aunque él nos imponga sacrificios considerables.

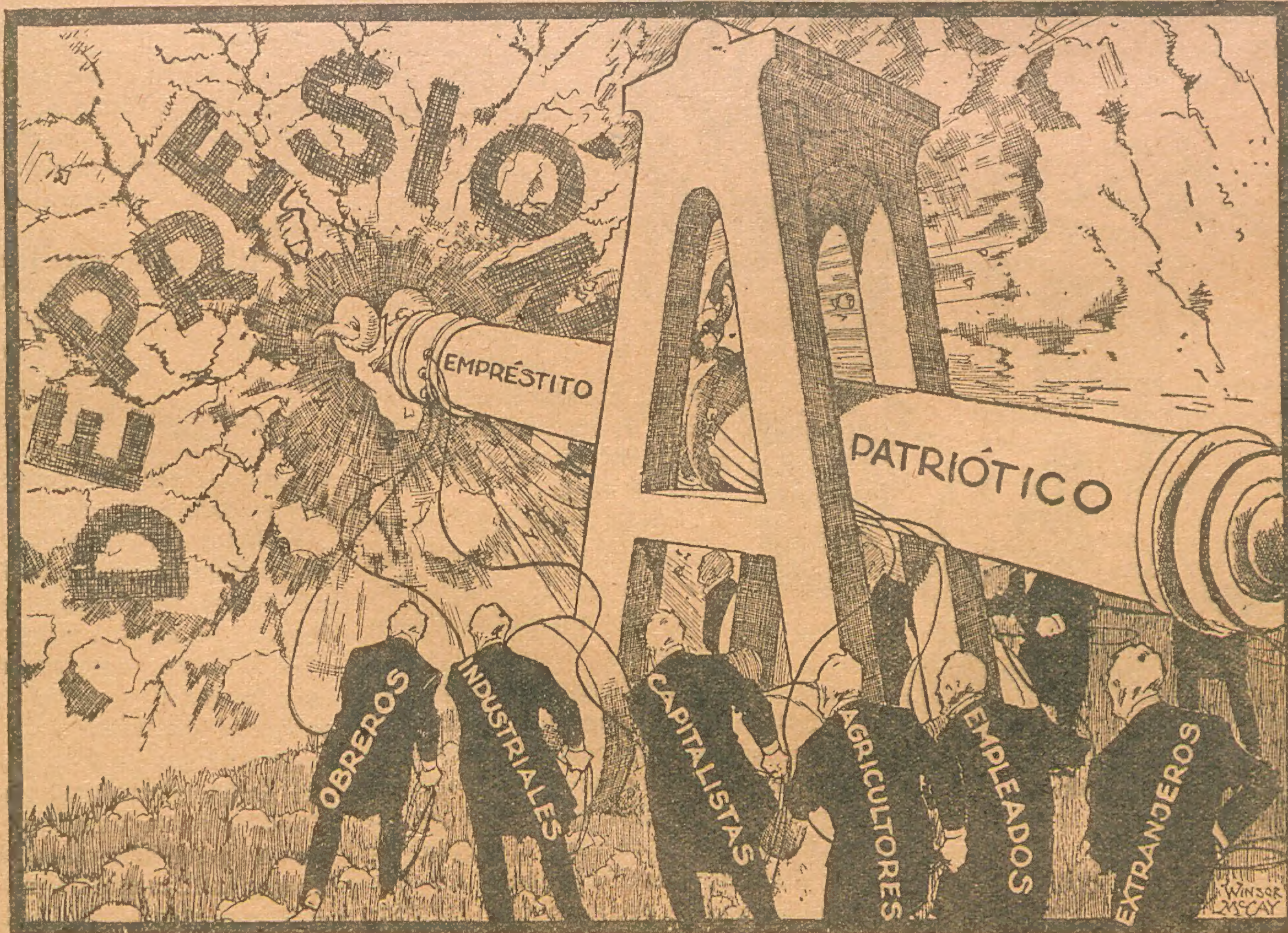
Indudablemente, las medidas que se adopten han de doler. Serán penosas, por lo mismo que serán efectivas, ya que no de otra manera se logrará el objetivo que se persigue. Serán medidas extremas, pero que deben ejercer el efecto de un cáustico sobre una herida abierta. Ante tal situación, sólo debemos recordar que se requieren los mayores esfuerzos para salvar el país, que es acreedor de este sacrificio de sus hijos, y que tanto los intereses partidarios como los personales deben ser olvidados inmediatamente en aras de una causa común: *la salvación financiera de la nación.* Cualquier obstáculo interpuesto por los políticos profesionales y ciudadanos egoístas que sólo buscan el beneficio personal debe ser derribado, y sus autores perseguidos como *traidores a la patria.*

El país se encuentra en un momento desesperado, y todos sus hijos tienen la obligación de salvarlo y velar por él y su porvenir, obligación que alcanza a los seres que viven y trabajan bajo su cielo y se amparan bajo su amplia bandera. Todo el mundo está al tanto de los descuidos criminales llevados a efecto por administraciones pasadas, agravados aún por la actual depresión mundial. Es, pues, necesario economizar. Economizar, lo repetimos, hasta que duela, hasta sentirlo en carne propia, ajustando nuestros medios de vida a las actuales circunstancias. El gobierno también debe sentir en carne propia esta necesidad de economía. El problema del derroche que significan las exageradas representaciones en el extranjero, los altos sueldos parlamentarios en nada acordes con la actual situación, la reducción de gastos en armamentos inútiles e incomprensibles, el pavoroso presupuesto digno de Eldorado, son tema de un forzoso e inmediato estudio.

Arriba, pues, los corazones. Con la canción patria en los labios debemos tratar de pasar este trágico momento con un sólo punto de vista: *el porvenir de prosperidad que sólo puede esperar a este país privilegiado de la tierra.*

Debemos pensar que lo que el pueblo pagará hoy con el sudor de su frente tendría quizá mañana que pagarlo con sangre de sus venas.

Países europeos con menos porvenir que el nuestro, y afectados por problemas, han logrado, a fuerza de constancia y laboriosidad, zafarse del lodazal de la depresión ajustando sus gastos a una cantidad mínima. ¿Podrán los argentinos negarse a hacerlo? ¡Nunca!... El gobierno contará, a no dudarlo, con todos los sacrificios de que es capaz el pueblo argentino para que nuestra tierra siga siendo a los ojos del mundo entero ¡UNA NUEVA Y GLORIOSA NACION!



No cabe duda, y el gobierno puede tener plena confianza en ello, que con este arriete y el esfuerzo común, el muro de la depresión se hundirá irremisiblemente.

Con motivo de la reapertura del Congreso, MUNDO ARGENTINO dedica sus páginas 21, 22, 23 y 24 a la "EVOLUCION DE LA POLITICA ARGENTINA".



LA VENGANZA

UN CUENTO DE JULIO PORETTI

Las humillaciones sufridas por un hombre despótico y cruel engendran deseos terribles de venganza que parecen inverosímiles. Y es que el odio no puede provocar otra cosa que odio. La crueldad con nuestros semejantes se vuelve contra nosotros mismos.

AARON Chercot!... Aaron Cher...

Y mientras que las palabras agonizaban en la garganta del viejo judío, Aaron Chercot arrebataba de entre aquellas flacas manos, de agudos dedos y uñas afiladas, la bolsa llena de dinero. Después abrió la puerta de calle, dando un empellón con el hombro, y se escurrió confundido en las sombras que proyectaban los copudos árboles iluminados por los débiles focos de luz de la calle. Cruzó por el obscuro callejón, internándose hacia el lado este del barranco grande, a un centenar de metros del desembarcadero. Descendió por la débil y crujiente escalera de madera, y escrutando nervisamente las aguas del puerto, llamó anhelante en voz baja:

—¡Dietrick..., amigo Dietrick!

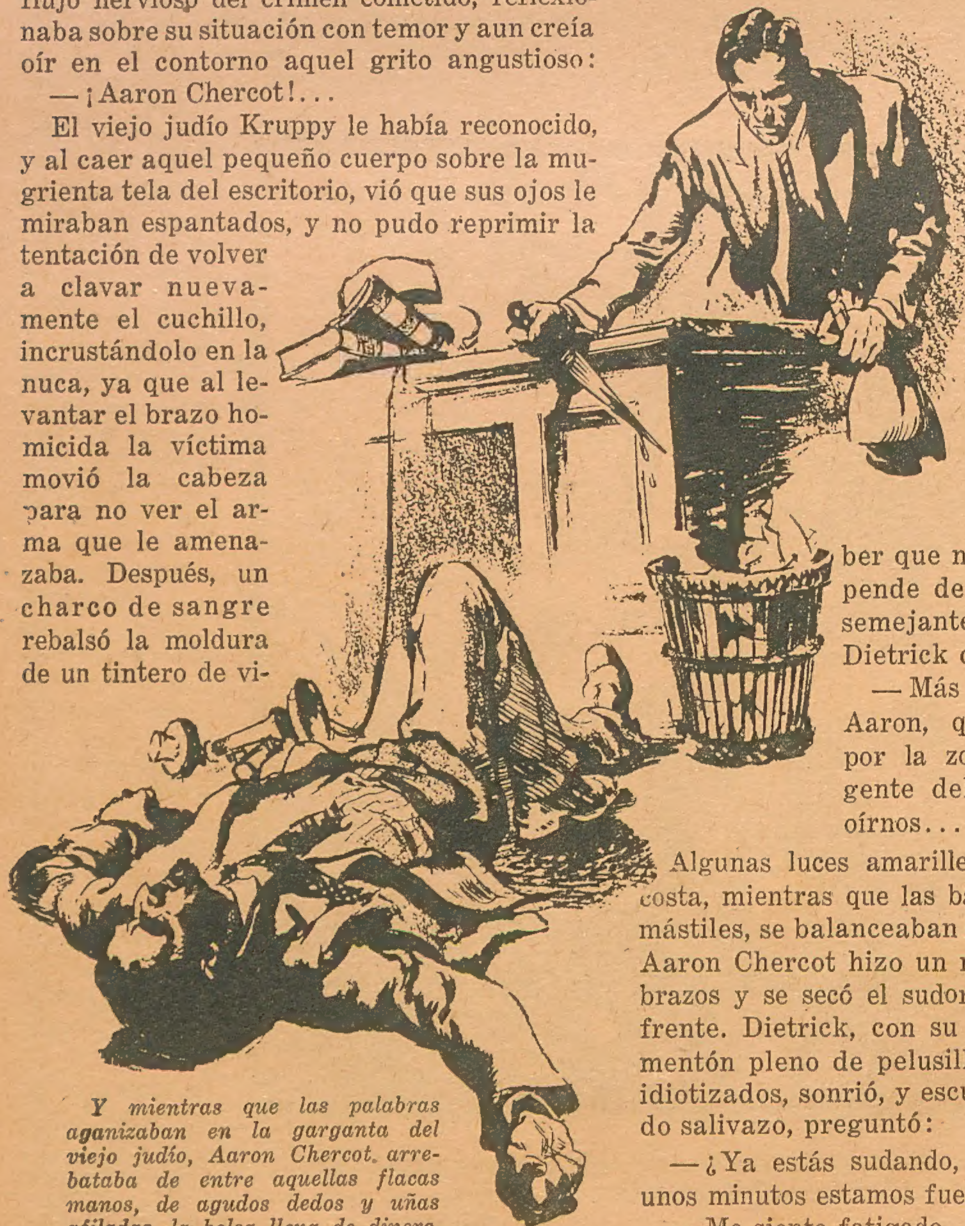
—Aquí me tienes, Aaron... — respondió el aludido, mientras atracaba el bote junto a la escalera. Aaron subió a la embarcación, y momentos después dos sombras se movían sobre una canoa, dibujándose claramente sus siluetas sobre el fondo plateado de la luna.

El silencio del contorno era interrumpido por el chapalear de los remos en el agua. Una bandada de aves palmípedas revoloteaban espantadas a corta distancia de ellos, cruzándose algunas como sombras sobre su cabeza. Ambos tripulantes remaban silenciosos. Dietrick, pensando en el botín que le correspondía en la partida; Aaron Chercot bajo el influjo nervioso del crimen cometido, reflexionaba sobre su situación con temor y aun creía oír en el contorno aquel grito angustioso:

—¡Aaron Chercot!...

El viejo judío Kruppy le había reconocido, y al caer aquel pequeño cuerpo sobre la mugrienta tela del escritorio, vió que sus ojos le miraban espantados, y no pudo reprimir la tentación de volver a clavar nuevamente el cuchillo, incrustándolo en la nuca, ya que al levantar el brazo homicida la víctima movió la cabeza para no ver el arma que le amenazaba. Después, un charco de sangre rebalsó la moldura de un tintero de vidrio y se escurrió chorreando hacia el suelo.

—¡Bah! — se dijo — ¡Qué importa todo eso! ¡Ahora tengo plata! ¡Soy rico! — Y sonrió de puro contento.



Y mientras que las palabras aganizaban en la garganta del viejo judío, Aaron Chercot arrebataba de entre aquellas flacas manos, de agudos dedos y uñas afiladas, la bolsa llena de dinero.

La luna se cubrió momentáneamente de una espesa nube. Los ojos de Aaron Chercot en esa oscuridad brillaban siniestramente. Miró a Dietrick, e involuntariamente sintió un odio profundo por su amigo, ese odio que nace espontáneamente al saber que nuestra libertad depende de los labios de otro semejante. En eso sintió que Dietrick decía:

—Más despacio, amigo Aaron, que ahora pasamos por la zona de peligro. La gente del resguardo puede oírnos...

Algunas luces amarillentas rubricaban la costa, mientras que las barcas, con sus altos mástiles, se balanceaban como adormecidas. Aaron Chercot hizo un movimiento con los brazos y se secó el sudor que corría por su frente. Dietrick, con su cara alargada, de mentón pleno de pelusilla rojiza y de ojos idiotizados, sonrió, y escupiendo un tremendo salivazo, preguntó:

—¿Ya estás sudando, Aaron? Dentro de unos minutos estamos fuera de la zona.

—Me siento fatigado... No sé lo que tengo...—repuso Aaron.

Volvieron a callar. El ruido de una lancha a motor los paralizó de temor e instintivamente se escurrieron bajo las bancadas, pero respiraron tranquilamente cuando al poco rato las explosiones del motor se perdieron lejanamente.

—Menos mal que no es para nosotros — murmuró Dietrick.

—Yo, en cambio, hubiera preferido todo lo contrario — contradijo Aaron.

—¿Estás loco? ¡Nos prenderían!

—¡Quién sabe! ¡Tal vez los hubiera matado!

—¿Matado? ¡Son siete u ocho!

—No importa. A alguno habría matado..., estoy seguro...

—¡Tú deliras, Aaron! ¿Tienes fiebre?

Aaron Chercot dejó de remar. Miró a su compañero y preguntó con cinismo:

—Ismael Dietrick, ¿tú tienes miedo a la muerte?

El hombre de barba roja le miró sin comprenderle, y dijo:

—No sé. Hay momento en que me siento con valor para morir; en cambio, a veces me acobarda la muerte.

Aaron Chercot sonrió.

—Y en estos momentos, ¿le tienes miedo?

—Yo no sé qué decirte — respondió Dietrick, mirándole estúpidamente. — Me parece que estoy entre las dos cosas: tengo y no tengo miedo...

Y pretendiendo disimular un ligero temblor que corrió por su cuerpo, agregó esforzando una sonrisa:

—La muerte debe ser algo bueno, porque de todos los que se mueren ninguno viene a quejarse.

Aaron Chercot le miró serio. Dejó de remar, y, tambaleando, se acercó a su compañero, mirándole fijamente, como queriendo penetrar en su pensamiento.

—Y si yo te matara, Dietrick, ¿tendrías miedo?

Dietrick abrió grandemente los ojos, y con un involuntario movimiento de pánico en los labios, tartamudeó:

—¡Yo..., yo!... ¿Y por qué me quieres matar?

Aaron se pasó la mano por la frente como queriendo despejar una idea extraña, y volviéndole la espalda, retornó junto a sus remos y desde allí le dijo:

—Estoy loco, Dietrick, no me hagas caso... Debo tener mucha fiebre. Esta noche me pasan ideas horribles... Estoy medio loco... Yo no sé..., no sé...

—Estás muy nervioso, mi querido Aaron. Déjame remar a mí solo y tú descansa un rato; eso te hará bien...

El criminal no hizo caso a las palabras del amigo y continuó impasible remando. Volvió a reinar un silencio angustioso. Ambos, a cortos intervalos, se miraban de soslayo, y en la mente de cada uno germinaban extravagantes ideas. Un tenue sollozo, casi imperceptible, denunció la debilidad de Dietrick.

—¿Por qué lloras? — preguntó rabiosamente Aaron.



El silencio del contorno era interrumpido por el chapalear de los remos.

—¡Tú me quieres matar, Aaron!...

— Te he dicho que no me hagas caso... Olvídate de ello...

— Yo sé por qué. Sí, que lo sé. Soy el único que sabe tu secreto, tu crimen...

—¿Mi qué?... — rugió Chercot.

— Tu..., tu crimen... Y matándome no tendrás quién te pueda acusar...

— Tú deliras...

— Te he comprendido, sí... Yo soy el único que sabe que tú mataste al viejo Kruppy, que le robaste todo su dinero, después que él te dió amparo y te ofreció su casa, con la confianza de que eras un hombre honrado...

Dietrick sollozaba, ahogándose con el llanto. Aaron Chercot, exasperado, soltó los remos, de un salto estuvo junto a Dietrick, y tomándole del cuello, gritó:

—¡Calla, perro, cállate!

— Aaron, tú no me conoces. Yo creía que tenías depositada en mí toda la fe que una amistad sincera puede abrigar; pero no es así. Tú sabes que Ismael Dietrick jamás ha delatado a nadie. ¿No te he probado muchas veces, obedeciéndote ciegamente, cuánto te he querido? Y tú ahora, en pago de ello, me quieres matar, así... como a un animal..., sin piedad...

—¡Eres un cobardón! Tus palabras no son sinceras, sino de miedo, y me das náuseas y haces que te odie, que sienta por ti un odio feroz. ¡Me dan ganas de apretarte el cuello! Así, ¿ves?, y estrujarte fuertemente, mientras sumerjo tu cabeza asquerosa en el agua para no sentir el grito ahogado de tu garganta y ver las burbujas de agua indicándome que se te escapa la vida...

Y soltando el cuello de Dietrick, que en su ataque había estrujado sin consideración, lo dejó caer en el fondo del bote.

—¡No me mates! — gemía Dietrick cobardemente. — Te juro que seré fiel, pero no me mates... Esta noche me esperan mi mujer y mis dos nenas... ¡Hazlo por ellas...!

Aaron se sentó sobre la banqueta y con las manos sobre las sienes dejó navegar el bote a la deriva.

Al cabo de un rato en que sólo el gemido de Dietrick interrumpía el lúgubre silencio, Aaron Chercot, ya más calmado, levantóse de su asiento, y tomando de una mano al compañero, le ayudó a incorporarse.

— Levántate, Ismael Dietrick. No llores, que no te mataré — dijo el asesino.

—¿No me matarás? ¿Me lo juras? — exclamó con delirio Dietrick.

— Sí, te lo juro. Pero con una condición...

— Dila; te obedeceré ciegamente...

— Mañana, a primera hora, debes presentarte en el pueblo y declararte culpable de la muerte del judío Kruppy.

Ismael Dietrick abrió los ojos desmesuradamente, masticó la saliva que comenzó a gotear por sus gruesos y grandes labios, y después de mirar un largo rato a su compinche, su rostro se iluminó por una idea, y sonriendo con falsedad, estrechó la mano de Aaron Chercot, mientras le decía:

— Gracias, amigo mío, muchas gracias. Aaron Chercot..., muchas gracias...

Una vez en tierra, ambos amigos se dirigieron a la ciudad, charlando animadamente.

—¿Tienes algo para comer en tu casa? — preguntó Chercot.

—¡Cómo no! Y de beber hay algo bueno, excelentísimo...

—¿Es Motroll?

— No. ¡Qué esperanza! ¡Algo mejor, es Grenvin Cloy!

—¡Uf! Es mejor de lo que me suponía. ¿Tienes mucho?

— Cuatro o cinco botellas. Me las regaló el amigo Brassan cuando estuvo mi señora enferma.

(Continúa en la pág. 38)

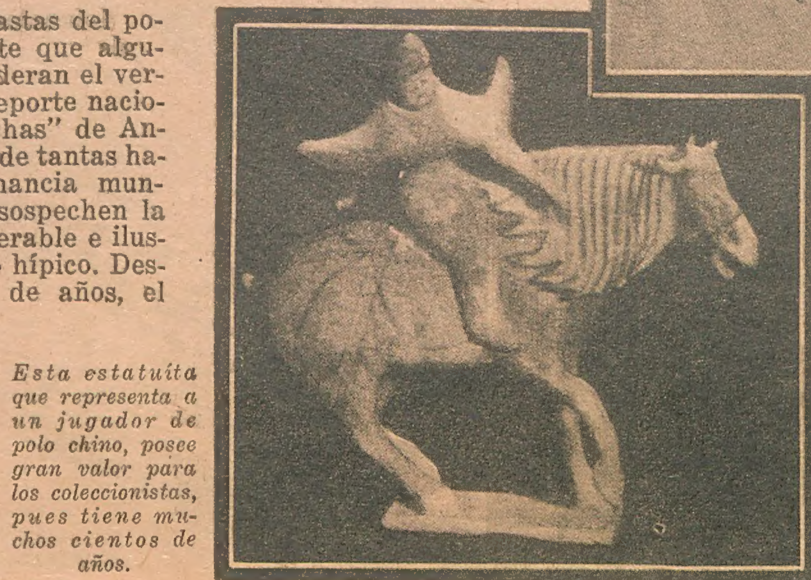
HACE DOS MIL AÑOS, *el* POLO *era el*

El polo, ese deporte que con tanto entusiasmo se viene jugando en nuestro país, donde los equipos cuentan con brillantes jugadores que hasta han hecho lucido papel en Europa y los Estados Unidos, fué el favorito de los reyes de Persia, donde este juego siempre ha sido considerado como el más caballeresco de todos. En esta nota se hace una amplia reseña de la evolución del polo a través de las edades, con curiosos pormenores que han de ser gustados por los muchos aficionados que tiene ese viril deporte entre nosotros.



Los antiguos chinos eran entusiastas cultores del polo, como lo prueba esta escena, reproducción de una acuarela sobre seda.

LOS entusiastas del polo, deporte que algunos consideran el verdadero deporte nacional, y los "hinchas" de Andrada, el héroe de tantas hazañas de resonancia mundial, acaso no sospechen la antigüedad venerable e ilustre de ese juego hípico. Desde hace miles de años, el polo fué el deporte favorito, deporte de reyes, caballeros y guerreros, en la lejana y misteriosa Persia. Cuando ni siquiera la posibilidad geográfica de la existencia de América ocupaba la imaginación del mundo civilizado, ya el polo apasionaba a los cortesanos y electrizaba a las multitudes de aquellos fabulosos imperios, cuyos modos de vida parecen cuentos de hadas a las mismas gentes que hoy deliran de entusiasmo a la vista de un equipo de polo que se lleva materialmente por delante a otro equipo a fuerza de "corazón". Y bien: el mundo ha dado infinitas vueltas en el enigma del tiempo, el hombre ha cambiado de gustos, de moral, de modos de ser; hasta ha cambiado de ropa, en grado tal, que esto es lo que nos da por sobre todas las cosas la renovación, tan fundamental como equivocada, de que se ha operado un cambio profundo en la naturaleza del hombre moderno comparado con el hombre antiguo; pero la afición por el polo permanece en estado puro, inalterable, a través de los siglos, en el corazón de las multitudes y de sus directores, ya sean éstos Grandes Mogoles, reyes del petróleo, estancieros o pares de su graciosa majestad británica.



Esta estatuíta que representa a un jugador de polo chino, posee gran valor para los coleccionistas, pues tiene muchos cientos de años.

Imagínese el lector esta antiquísima escena:

Redoblan los tambores de guerra en el fortín Mogol. Resuenan los palacios con el eco de los instrumentos musicales, tocados estrepitosamente. Una concurrencia numerosa rodea a una docena de jinetes, montados en los mejores petisos que fuera posible hallar en el Lejano Oriente. Los jinetes, sin hacer caso de la multitud que los aclama, observan atentamente a un personaje, ávidos de no perder la menor señal de su rostro. Este personaje es "Babar el León". Está sentado en su trono, bajo dosel de oro y sobredorado canapé. A su alrededor, sentados sobre preciosos tapetes, se hallan los caballeros de su corte, lujosamente vestidos.



Reproducción de un grabado del siglo XV: el príncipe persa Siavush juega un match de polo con su equipo contra el del rey Afrasiab.

"Babar el León" fué el primero de los Grandes Mogoles. Fundador en el siglo XVI de un imperio que se extendió desde el Asia central hasta la Bahía de Bengala, no había nada en el mundo que igualara el esplendor de su corte, ni el número de sus elefantes, ni el de sus jinetes, sus huestes guerreras y sus nobles. Siendo un hombre de acción, gustaba templar sus actividades guerreras con las diversiones más peligrosas.

Los jinetes, después de hacer una reverencia al emperador, se dividieron en dos

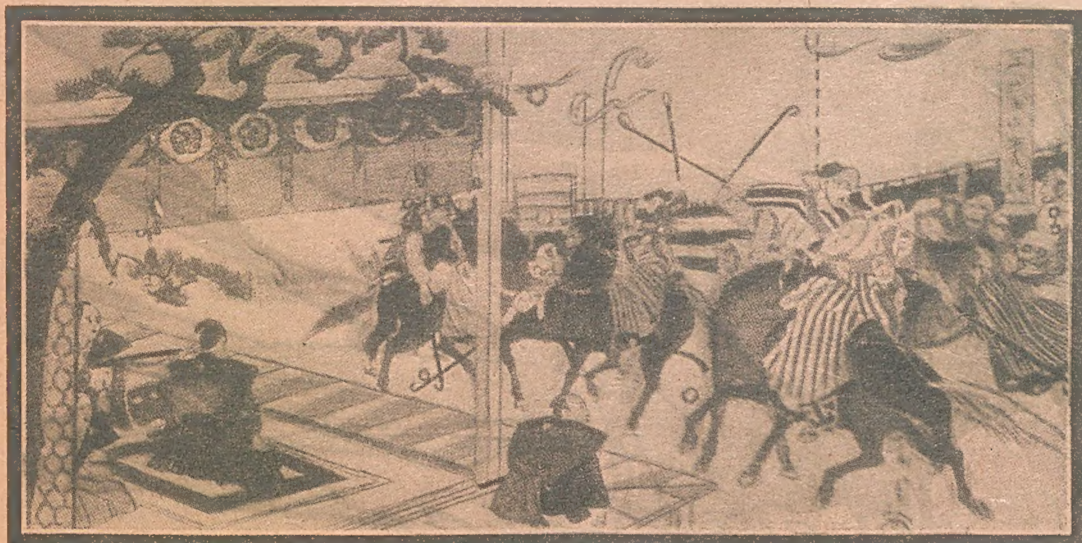


El polo en nuestra época: aquí tenemos al argentino Luis L. Lacey, cuya actuación ha llamado justamente la atención, tanto en los links nacionales como extranjeros.



Un grabado persa que muestra un partido de polo entre los equipos de Siawush y Afrasiab, y que se conserva como una prueba de la antigüedad de este deporte.

DEPORTE FAVORITO *de los* REYES PERSAS



También en el Japón se practicó mucho este deporte. Este es un grabado en madera que muestra una de las incidencias de un partido.

grupos. En cada extremo del campo donde maniobraban, había dos pequeños pilares, entre los cuales los respectivos equipos intentaban hacer pasar una pelota de madera, usando largos palos que terminaban en forma de cuchara. Aquellos hombres jugaban al polo.

Los conquistadores de la India habían traído ese juego de Persia y el Asia central, tres siglos antes del reinado de Babar el León. Los emperadores mogoles, que necesitaban hombres decididos y ágiles para la guerra, descubrieron que el polo era un excelente medio para revelar el carácter de los jugadores. Este juego ponía a prueba el coraje



Un jugador persa, según un dibujo antiguo.



Un manipuri y su pony, listos para poner a prueba su resistencia y su destreza.

y audacia de los hombres, demostrando así sus aptitudes o su falta de condiciones para el rudo ejercicio de la guerra. De esta manera, el polo pasó a ser una especie de pasaporte indispensable para adquirir el favor imperial.

Akbar, nieto de Babar y rey de nacimiento, demostró ser tan arrojado militar como hábil jugador de polo, y fué él quien al instalarse con toda su corte y su pueblo, su Agra, oficializó, si así pue-de decirse, el juego del polo en la India, de donde más tarde se difundió por el mundo entero.

En Persia, lugar de su origen, el polo fué el deporte nacional desde el principio de su historia hasta los siglos recientes. Para lograr una vista panorámica del desarrollo de este juego hípico, tan en boga en los tiempos modernos, es preciso remontarse hasta la historia remota de Persia, seguirlo a través del cercano y lejano Oriente, hasta el Japón; observar su trayectoria a través de la India, desde donde se esparció por el Oeste a toda el Asia central, y siglos más tarde, hacia el Este, desde Manipur, estado indio, de donde pasó a Europa y luego a América, convirtiéndose en el deporte favorito de reyes y millonarios.

EL POLO EN PERSIA

La corte de Persia, de hace dos mil años, jugó apasionadamente a este deporte. Pero no con el nombre de polo (término derivado de una palabra del Tibet, "pulu", que significa "raíz de sauce", de la cual estaba hecha la pelota), sino con el nombre de "gu-i-chugan", vale decir, bola y palo.

Tan difundido estaba ese deporte entre el pueblo, que los persas juzgaban los méritos de sus soberanos principalmente por su habilidad para desempeñarse en los campos de polo, y los poetas, al cantar las proezas de sus héroes, alababan sus récords en ese juego.

El léxico de esas alabanzas era particularmente curioso. Describían a los jugadores como jóvenes "más bellos que la luna"; decían que éstos arrollaban a sus oponentes "con la fuerza del huracán" y que albergaban en su "corazón" (sic) "el coraje de siete leones".

Como se ve, el lenguaje no cedía en entusiasmo metafórico al de nuestros más exaltados cronistas modernos. Lenguaje puramente figurativo, desde luego, pues siendo como eran, comunes mortales, estaban obligados a galopar de un lado a otro del campo de juego, de la misma manera que se hace hoy en Medur Brock o Hurlingham.

Los antiguos persas eran excelentes jinetes. Sus caballos eran en su mayoría árabes, y estaban tan bien amaestrados para el polo como para la guerra. Los historiadores persas atribuían el éxito de sus famosos cuerpos de caballería a la habilidad adquirida por ellos en el juego del polo. Todo el ejército persa lo jugaga, desde el general abajo, y no se hacía ningún ascenso sin tener en cuenta la habilidad del candidato en el polo, casi tanto como su eficiencia para la guerra.

(Continúa en la página 55)

Hasta el maharajá de Jodhpur practica el varonil deporte con gran entusiasmo.



Manuel Andrada, uno de nuestros más populares polistas, que aparece en esta fotografía dando un golpe de revés, ha sido uno de los hombres que más han contribuído al desarrollo de ese deporte en nuestro país.



El héroe anónimo

Novela corta de ENRIQUE RICHARD LAVALLE

ERA la primavera del año mil ochocientos noventa y... tantos. En la oficina del jefe del correo de la ciudad de Mendoza no se debía estar a gusto, porque éste tan pronto se paseaba como se sentaba frente a su escritorio.

Un empleado se había asomado varias veces para hablarle, pero se retiró discretamente.

El jefe se detuvo frente a su escritorio, y tomando un papel, releyó lentamente, pronunciando en voz alta algunas palabras: "Confiamos a usted... Un probado patriota... Hombre valiente... Hombre de la mayor confianza..."

Se dejó caer en la silla, lanzando un hondo suspiro y, absorto, quedó con la vista fija en el papel que leyera.

El empleado apareció de nuevo, y entrando resueltamente, pidió:

— Con permiso, señor...

El jefe dió un salto.

— ¡Ah!... Es usted... — dijo, dominándose. — ¿Qué quiere, Peña?

— Señor, una nota del jefe de Santa Fe que no sé cómo contestarla.

Tomó el jefe la nota y la leyó. De pronto se puso de pie, echó llave a la única puerta y, acercando una silla al escritorio, le dijo:

— Siéntese, Peña, y escuche bien lo que voy a decirle. — Y cuando éste le obedeció, lo miró largamente, preguntándole con cierta brusquedad: — ¿Usted es argentino?

— Sí, señor. Nací en Buenos Aires.

— ¿Qué edad tiene?

— Veintitrés años.

— Argentino, veintitrés años — repitió el jefe, abstraído, y mirándole de nuevo, le preguntó: — ¿Usted le tiene cariño a la patria? ¿Haría algún sacrificio por ella?

— Sí, señor. Nunca he pensado que la patria pueda necesitarme, pero si llegara la oportunidad, haría cualquier sacrificio.

— ¿Hasta... el de la vida?

— Hasta el de la vida — afirmó Peña con resolución.

Guardaron silencio. El jefe meditó.

— Bien... — dijo luego. — Si usted quiere a la patria y está dispuesto a servirla con riesgo de la vida, la patria lo necesita y lo llama. Hay que llevar correspondencia secreta a Chile; le ofrezco, pues, el peligroso puesto de "Correo de Gabinete", donde se tiene la casi seguridad de una muerte obscura... Varios compañeros suyos son "Correos de Gabinete", algunos han caído, otros siguen la misión con éxito, y otros han sido retirados.

— Señor jefe — le interrumpió Peña con calor. — Más que decidido, estoy deseoso de ocupar ese puesto.

— Procedamos con serenidad. Deje su trabajo y salga a pasear. Mañana, cuando vuelva, me contesta.

— Pero, señor jefe, yo no tengo nada que reflexionar...

— Sí, amigo Peña; usted tiene una novia. Vaya, piénselo bien y me contesta mañana.

Peña obedeció. Anduvo ambulando, y de pronto se halló frente a la casa de Aurelia.

— Dígale a la niña que es para algo urgente — le dijo a la sirvienta.

Casi en seguida apareció Aurelia en la salita donde jueves y domingos tenían sus charlas.

— ¿Qué ocurre? — preguntó ella, más con los ojos que con la voz.

— Aurelia, necesito hacer un viaje a Chile por un negocio del que puede depender nuestro bienestar.

— ¿A Chile?

— Voy un poco entre brumas; así, no sé el tiempo que puedo demorar ni dónde pararé...

— ¿No tendré noticias?

— Hay que sacrificar algo. ¿No te opones?

— No, Carlos; lo que tú hagas está bien hecho.

— Gracias — murmuró él, y tierno, con esa ternura que asalta cuando se siente próximo a perder lo que se quiere mucho, le habló de sus proyectos, de sus ensueños.

A la mañana siguiente, Peña fué el primero en la oficina, y no bien llegó, el jefe lo abordó:



En Caracoles montó en mula y emprendió el regreso. Por sus ojos habían pasado el enorme panorama andino, cosas y hombres, como en una fuga; mas sin darle un indicio de su novio.

— Ya está resuelto, señor — le dijo alegremente. — Conversé con mi novia.

— Y le dijo...

— Que voy a Chile por un negocio. No puedo fiarle un secreto que no es mío.

— Bien pensado. Me alegra muchísimo que acepte, Peña. Prepare su equipaje para partir mañana temprano. Compre y gaste lo que necesite; aquí tiene esto. — Y le entregó doscientos nacionales. — Vaya a prepararse.

Peña cumplió la orden, y como terminara pronto, pasó el resto del día en lo de Aurelia.

Temprano, al día siguiente, llegó al correo:

— Aquí estoy, mi jefe — le dijo alegremente. — En la puerta me espera un coche con el equipaje.

— Muy bien... Muy bien... Siéntese — le dijo el jefe, ofreciéndole la silla junto al escritorio. — Usted viajará como un comprador de hacienda; se llama Benjamín Valera y tiene negocios entre Mendoza, Santiago y Lima; a este último punto va muy de tarde en tarde. Sale de aquí en tren, baja en la estación Zanjón Amarillo y sigue en mula hasta donde le parezca tomar el tren. En la estación de Santiago lo espera Roberto Darré, corresponsal suyo ahí. Es un hombre más bien alto, viste de azul y llevará un pañuelo rojo en la mano izquierda. Darré le indicará todo lo que tiene que hacer allá. Ahora — se levantó a echar llave a la puerta, — hágame el servicio de desnudarse medio cuerpo arriba.

Mientras Peña se desnudaba, el jefe extendió sobre el escritorio un gran pañuelo blanco, puso en el centro una carta lacrada y dobló el pañuelo varias veces, hasta formar como una venda. Haciendo que la carta quedara sobre el pecho de Peña, lo fajó en forma que las puntas del pañuelo vinieron a cruzarse en la espalda; allí las anudó y lacró.

Peña se vistió rápidamente.

— Nadie más que el ministro debe enterarse de los papeles que usted lleva. Debe defenderlos hasta morir — le dijo, entregándole dos revólveres. — El honor de la patria está en sus manos. — Y abriendo los brazos, en los que Peña se arrojó con entusiasmo, exclamó con traicionera emoción: — Adiós, amigo Peña... ¡Buena suerte!

— ¡Hasta la vuelta, jefe! — Y desprendiéndose del abrazo, Peña salió como corriendo.

En la estación del ferrocarril Andino, hoy Transandino, lo aguardaba Aurelia con la madre, y mejor que con palabras, en el largo apretón de manos y en el hondo mirar se dijeron esas cosas que se dicen los enamorados al separarse, tan tiernas, tan hermosas y tan terribles.

Cuando, en el primer recodo, perdió de vista a Aurelia, como no estaba con ánimo de admirar el paisaje, meditó en su situación con inquietud. Fué un relámpago; el optimismo renació más vigoroso. Servir a la patria, ser, en algún modo, algo de lo que han sido los próceres, es halagador para un hombre joven y valiente que tiene una linda novia a quien quiere mucho, y a cuyas plantas pondrá mañana el pequeño laurel de su hazaña.

Uno de esos héroes obscuros, que contribuyen a la gloria y el engrandecimiento de los pueblos sin obtener ninguna recompensa, muere en el desempeño de su misión. Y la mujer que amaba, aquella que iba a ser su adorada compañera, lo venga arriesgando su propia vida. Tal es, en rápida síntesis, la novela corta del escritor argentino Enrique Richard Lavalle, cuya labor en este difícil género es ya considerable.

Una vez más, y serían mil, se repitieron las instrucciones del jefe. Llegó a Zanjón Amarillo, decidiendo pasar la noche allí, y a la mañana siguiente partió en mula para Inca con un buen guía, que el dueño del hotelucho le recomendó como de toda confianza.

Al buen andar de las mulas caminadoras llegaron a media tarde a Inca, cuyo hotel, algo más aceptable que el de Zanjón Amarillo, lo invitó a descansar todo el día. Poco más tarde arribaron dos viajeros, quienes le propusieron trasmontar juntos la cumbre, pero les dijo que deseaba descansar y los dejó partir.

— ¡Es lástima! — le dijo el guía. — Siempre es bueno tener compañeros de viaje.

— Me agrada ir solo — le aseguró Peña. —

De esa manera miro bien por dónde voy.

—Va en gustos—reflexionó el guía.—¡Vaya!—exclamó mirando sorprendido al Sur.—Parece que vamos a tener nieve... ¡Qué tiempo más raro!

A la tarde comenzó a nevar, y nevó tanto, que tuvieron que aguardar dos días para reanudar el viaje. Sereno el tiempo y endurecida la nieve, comenzaron la jornada más ruda: trasmontar las altas cumbres.

Delante iba el guía y a poca distancia le seguía Peña, y en el sendero de herradura, interminable, lleno de vueltas, uno tras otro, parecían el ideal y su eterno perseguidor.

—Mire... Allá, a media cuesta—le indicó el guía.

Peña miró inútilmente.

—Allí, más a la izquierda, en aquel montón de nieve, del que salen dos patas de una mula y la punta de una manta...

Ahora vió y reconoció:

—Es el poncho rojo del viajero rubio que estaba en Inca—dijo, reprimiendo un estremecimiento.

—El mismo, señor. Lo tomó el temporal, y en vez de fiarse a la mula, la habrá querido guiar y se ha desbarrancado.

—¿Podemos hacer algo?—preguntó.

—¡Nada! Ahí no podemos llegar.

—Dejarlo sin sepultura...

El guía no contestó, y mirando hacia otro lado, dijo con alarma:

—Vuelve a nevar. ¡Qué tiempo loco! Apuremos, patroncito.—Y se puso en marcha, apurando a su mula.

A poco comenzó a nevar. Parecían infinidad de pequeñas hojas que caían revoloteando; luego, las hojas se fueron haciendo cada vez más grandes, hasta que tomaron la forma de copos.

—¡Deje suelta a su mula, no se preocupe!—le gritó el guía.

Peña obedeció inmediatamente.

La nevada se hizo más espesa; era ya una cortina de tupido tul que los envolvía por completo; caía y crecía sobre todo.

—¿Hay peligro?—preguntó, y como el guía no le contestara, repitió en voz más alta:—¿Hay peligro?

Pero tampoco fué escuchado, y entonces gritó con cuantas fuerzas tenía:

—¿Hay peligro? ¿Hay peligro?

El guía no contestó.

Peña tuvo la sensación de que estaba sepultado entre aquella nube de copos que lo envolvía, y que su voz, tan fuerte y sonora, se hundía opaca y muerta a flor de los labios.

Tuvo miedo y llevó la diestra a su revólver, mas al mover las ropas sintió las cartas que llevaba sobre el pecho, y el miedo y el desaliento se disiparon. Firme, sereno, con la resolución inquebrantable de triunfar, retiró lentamente la mano del revólver y la afirmó en la grupa de la montura.

El guía era una sombra, una mancha obscura que por instantes se borraba tras una cortina más espesa de nieve.

¿Adónde iban?

La mula marchaba a su capricho, la había dejado libre, como le ordenara el guía, y el animalito, con algo más que instinto, caminaba o se detenía, tanteaba el terreno, y sin dar un tropezón, sin resbalar, con una seguridad asombrosa, avanzaba siempre.

De pronto, la mula se detuvo y vió junto a sí al guía:

—¡Apéese!—le gritó casi al oído.

Apeados, ganaron un refugio, cobertizo no muy bien defendido, pero en el que cabían con las mulas.

—Nos ha tomado mal el tiempo loco—le dijo el guía, encendiendo fuego.—Pero pasará pronto. ¿Tiene mucho frío?

—¡Algo!—dijo Peña, y sacando del carguero un frasco de ginebra, le ofreció:—Tome, que con esto no hay frío...

—Gracias, patroncito—dijo el guía con evidente esfuerzo, rechazando el frasco.—Yo no bebo nunca...

Peña bebió unos tragos, y ya entrado en calor, charlaron de cosas del camino. Cuando dejó de nevar reanudaron la marcha.

—Para la bajada es mejor la nieve blanda—le aseguró el guía.

Así debía ser, porque las mulas caminaban sin mayores precauciones, hundiéndose como con placer en aquellos senderos de plumas.

En la estación Caracoles dejó al guía, a quien prometió ocupar al regreso, y tomó el tren para Santiago.

En la estación de Santiago no le costó nada descubrir a Darré, a quien saludó como a un viejo amigo.

—¡Aquí me tiene de vuelta, amigo Darré!

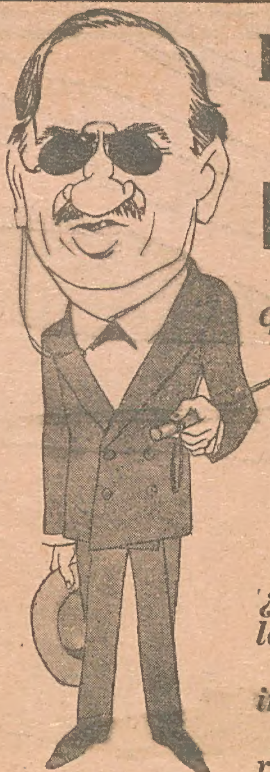
—¡Qué suerte, señor Valera, tenerlo por aquí! Me estaba haciendo mucha falta. ¿Dónde está su valija?

—Ahí la trae aquel hombre.

—¡Oye!—gritó Darré al que la traía.—Llévala al hotel Central, que nosotros iremos lueguito.—Y tomándose del brazo de Peña echaron a caminar como al acaso.

Darré, un hombre como de cuarenta años, que parecía chileno por su modo de hablar, le explicó que la situación se agravaba por momentos; de manera que había que andarse con muchísimo cuidado.

—Este es su hotel—le



ENRIQUE RICHARD LAVALLE

Autor de la novela corta

El héroe anónimo

que se publica en este número, hace para los lectores de

Mundo Argentino

Su AUTOBIOGRAFIA

Nací en Santa María de los Buenos Aires. ¿Cuándo? Es de tan mal gusto el preguntarlo... como el decirlo.

Desde pequeño me sedujeron las obras de imaginación y heroísmo.

Oyendo leer "Los Tres Mosqueteros", en rueda, junto al lecho de un amiguito enfermo, salté al medio gritando: "¡Yo quiero ser D'Artagnan!"

El tiempo y las dificultades, pues cuando yo vine al mundo ya no se usaba espada, me obligaron a ser, en vez de mosquetero, cronista de mosqueteros... Así, cuando enristré pluma, luego del sarampión literario en que "suspiró la amada y se suicidó el galán...", comencé a ensartar historias heroicas de la conquista del Río de la Plata, en las que se dan terribles cuchilladas, se lucha con monstruos fabulosos e indios gigantones, y donde los bravos conquistadores escriben páginas de una insuperable belleza... ¡Allá, cuando Amadís de las Indias se traba en descomunal batalla con los gigantes!... ¡Y en la pelea donde don Diego de Mendoza revuelve su caballo, cercado por los indios, y cae, repartiendo mandobles como maldiciones!... En aquellos, como en tantísimos encuentros y combates, confieso honradamente que, siendo mi natural razonable y manso, cuando describo a estos héroes los encarno de tal manera, que hasta siento la fatiga física de sus luchas...

Como no se puede andar a golpes todos los días, porque, aunque imaginativos, duelen, alterno la tarea con cronicones de las travesuras e ingeniosidades de conquistadores y colonizadores, donde palpita ese buen humor porteño que están empeñados en negarnos todos los filósofos que nos visitan.

Esta afición a lo antiguo no me impide sentir y escribir asuntos modernos, pero... me encuentro más cómodo en los otros. Y cuando medito en esta inclinación tan decidida, me doy a sospechar si no será que, como nadie escribe aquellas cosas, pues... en el país de los ciegos ¡el tuerto es rey!

Pero, hago mi semblanza, y lo que se quiere es mi autobiografía. Allá va eso...

Quise ser marino... y fuí periodista.

Quise ser estanciero... y volví a ser periodista.

Me pareció que podía ser escribano... médico homeópata... pescador... industrial... y siempre, vuelta a lo mismo, a escribir novelas, comedias, cuentos, artículos... Resignado a no ser más que lo que puedo ser, sigo escribiendo novelas, cuentos y artículos...

Soy corresponsal de "La Capital", de Rosario, el decano de la prensa argentina que hace honor al periodismo americano, y no estoy allí por lo que dice algún travieso, que, siendo el diario más viejo, corresponde que tenga los cronistas ídem... Esa es una pícara calumnia, porque mi amigo Adolfo Lagos, que es uno de los directores, es algo mayor que yo... y parece un chico.

¿Mi ideal? Dar a mis compatriotas un héroe como el gascón inmortal. ¡Crear ese D'Artagnan con que soñé de niño!

Y esto es todo, y con no ser mucho, ya es bastante.

dijo, deteniéndose ante una puerta. — ¿Entramos?

— Sí; desearía lavarme un poco...

— ¡Buenas tardes, patrón! — dijo Darré al hotelero, que salió a recibirlos. — Aquí está el señor Valera. ¿Hay cartas o telegramas para él?

— ¡Tanto placer en verlo, señor Valera! — saludó el hotelero. — Ciertamente que hay correspondencia. — Y mientras la buscaba en un cajón del escritorio, ordenó a un criado: — La valija al seis, la pieza del señor Valera. — ¡Aquí están! — dijo entregando cinco cartas.

Peña las tomó, y guiado por el sirviente, fué a su pieza con Darré, y cuando quedaron solos, éste las abrió: unas eran de Lima, otras de Mendoza y otras del mismo Santiago.

— Todas son sobre negocios de hacienda. Déjelas aquí, de modo que puedan leerlas — le aconsejó, poniéndolas sobre una mesita.

— Me satisface ver que todo está muy bien calculado — dijo Peña, lavándose.

— Así es; todo está previsto. — Y mientras hacía su tocado, Darré lo puso al tanto de mil detalles de la organización.

Cuando estuvo pronto, Darré le dijo:

— Ahora vamos a lo de Nicolás Escala y Cía., consignatarios de hacienda con quienes usted tiene en trato quinientas vaquillonas de dos años, al precio de veitiún pesos. No hay más dificultad que el precio; si usted rebaja, ellos comprarán, y yo habré intervenido como su representante aquí.

Peña lo miró intrigado.

— Es una operación real — le dijo Darré, — sobre la que usted ha cambiado ya dos cartas. Esto está muy bien llevado.

Fueron a lo de Escala y Cía., y Peña, luego de algunas consideraciones, aceptó el precio de veinte pesos, prometiendo hacer inmediatamente la remesa. El señor Escala, persona muy considerada, celebró muchísimo conocer personalmente a Valera. Como la hacienda vendría de Mendoza, Darré indicó que había que ir al consulado argentino y arreglar lo que fuera necesario. Escala apoyó la idea, ofreciendo sus buenos oficios en caso que tuvieran cualquier dificultad.

En esta forma, perfectamente justificada, fueron a la legación, donde los aguardaban el cónsul y el ministro.

Desnudado medio cuerpo, el propio ministro rompió el sello del nudo y le quitó el pañuelo; Peña no pudo reprimir un suspiro de alivio.

— Es por unos minutos — le dijo el ministro jovialmente.

Mientras leía los documentos, el cónsul envolvía otros en el pañuelo, y luego, con el ministro, fajaron nuevamente a Peña.

Cambiaron noticias e impresiones, y cuando Darré consideró necesario:

— Vamos, compañero — le dijo. Aquí hay que andar con mucho cuidado.

El ministro y el cónsul despidieron cariñosamente a Peña, quien, con su compañero, volvieron a lo de Escala para decirles que todo quedaba listo, y él partiría al día siguiente para Mendoza, donde le apuraban otros negocios.

A la mañana siguiente emprendió el regreso.

En Caracoles, donde tomó al mismo guía, se unió a una compañía italiana de cantantes. Eran ocho hombres y cinco mujeres, una de éstas con un niño de pecho.

Todo fué muy bien, pues con ese buen humor de la gente de la farándula, los inconvenientes se convertían en bromas.

Trasmontada la cumbre, en Las Cuevas nevó e hizo un frío intensísimo.

— ¡Se nos helará la palabra!

— ¡Se me hielan los pensamientos!

— ¡Lástima no saber si la mujer tiene alma... para que se le hiele!

Y así, cada uno trató de mofarse del frío, pero el frío no se arredró, y, creciendo, clavó con más ahinco sus agujetas en las carnes ateridas.

— ¡Cómo llora ese niño! — dijo uno, casi en tono de censura.

— No tendrá leche la madre.

— Sí, tiene mucha.

— Marieta, ¿por qué llora tanto tu "bimbo"?

Marieta tenía el niño sobre el seno, y para que todos vieran, lo apartó un poco. El niño mamaba, pero del seno agrietado por el frío corría sangre, y la madre, atontada, no sentía el dolor...

Peña y el guía, que era un buen hombre, improvisaron una mamadera, y tras mil trabajos consiguieron que el pobre "bimbo" se alimentara.

La travesía no ofreció ningún otro incidente, y llegando a Zanjón Amarillo, tomaron el tren que los condujo a Mendoza.

Peña, así que entregó la correspondencia a su jefe, fué corriendo a visitar a Aurelia, y como la aventura ya había pasado, tuvo el íntimo orgullo de contársela.

Aurelia no salía de su asombro.

— ¡Qué temeridad! ¡Qué horror! — exclamaba a cada instante.

El, satisfecho, quizá exageraba un poco.

— Pero, ¡eso no está bien, Carlos! — estalló ella. — ¡Tú no me quieres si arriesgas la vida!

— Verdad. No te quiero..., ¡porque te adoro! Y por ti, que eres mi patria, haré los más grandes sacrificios.

— ¿Me quieres tanto?

— No sé — dijo él pensativo. — Desde el momento que me dieron esta misión, no he pensado más que en este instante en que vendría a decirte: "Aurelia, acabo de servir a la patria; hoy soy más digno de ti."

¡Ah! ¡Qué cálidas, qué tiernas y gratas cosas se dijeron, y cómo, en el eterno y misterioso libro de la vida, escribieron el lindo madrigal de su ensueño!...

Aun comentaban la hazaña al

(Continúa en la página 27)

Nunca es TARDE cuando la DICHA es BUENA!



—¿Un impuesto a los solteros? Dios mío, yo no pierdo las esperanzas...

LAS LLAVES DEL EXITO
CONQUISTE AMIGOS *si quiere* TRIUNFAR

TENGA amigos, y hará mayores progresos.

"No empleo a sabiendas un hombre que conoce a otros y no se hace amigo de ellos en la presentación", declara Thomas E. Wilson, una de las figuras más prominentes del mundo financiero de los Estados Unidos.

"Conocí a Kitchener antes que fuese famoso, me impresionó favorablemente su capacidad y me hice amigo de él", ha dicho Charles Schwab. Más adelante, Kitchener citó a Schwab y le hizo pedidos de guerra que sumaban millones.

"Creo en la política de hacerse amigos", agregó el señor Schwab. Él atribuye su éxito en no poca medida a las amistades que ha cultivado durante toda su vida.

Cuando los directores de una gran empresa necesitan un presidente, ¿en quién piensan primeramente? ¿En algún completo desconocido? No; en algún hombre que conocen, en algún hombre que ha hecho una fuerte impresión en ellos.

Las empresas o compañías hoy en día están dispuestas a pagar cualquier precio por un director que es amable con el público, que ha sabido conquistarse la confianza y la buena voluntad de todos.

Hágase amigos, y sus amigos lo harán a usted. La enemistad engendra el fracaso.

Henry Ford, hasta cierto punto, debe su comienzo como fabricante de automóviles a la amistad de un vendedor ambulante de café y sandwiches, "Café Jim", a la carreta del cual el joven inventor iba todas las noches a beber una taza de café cuando luchaba con su primer motor experimental. Ford se hizo amigo de él.

Henry Davidson no hace mucho fué invitado del rey de Inglaterra, y también agasajado por el príncipe de Gales. El enorme triunfo de este banquero norteamericano es atribuíble a su éxito en ganarse amistades.

"Sus amigos pueden hacer poco por usted; usted debe trazar su propio sendero", es una perogrullada. Sin embargo, no es más perogrullada que sin amigos ningún hombre puede alcanzar y quedarse en la cima.

Cuando los reyes pierden la amistad de su gente, tarde o temprano su casa pierde la corona.

Ninguna cabeza de una gran organización industrial, que ha perdido por incumplimiento la amistad de toda la compañía, puede retener por mucho tiempo su puesto, porque sin cooperación amistosa su administración debe resultar un costoso fracaso.

"El hombre que se ha levantado por sus propios esfuerzos, es un producto sin acabar", se ha dicho ingeniosamente.

Hace algún tiempo, cierto director cayó en desgracia y se comentaba a toda voz que se le pediría la renuncia. Uno de sus poderosos amigos hizo saber benignamente que lo defendería, e inmediatamente todas las lenguas cesaron de hablar.

¡Cuán a menudo muchos hombres se han levantado o caído por la influencia de sus amigos en una hora crítica!

"¿Puede un hombre llegar a ser tan grande que no necesite amigos? ¿No puede determinar el origen de algunas quiebras gigantescas, debidas al negocio perdido por la idea de los directores que eran tan importantes que la opinión del mundo no era de valor?", dijo Thomas Edison, continuando: "Conociendo hombres durante el día, aprendiendo de ellos, y si es posible, haciéndome amigos, es mi modo de hacer negocios." El sendero de un gerente y de la compañía que representa es fácil o difícil precisamente en proporción al número de amigos que tenga. Ya que uno encuentra tantos hombres una sola vez, y la impresión única que causamos en ellos gradúa la clasificación que le darán a usted y a su negocio, ¿no vale la pena acaso que esa clasificación sea buena?

"Si me pidiese un joven un axioma para guiarse en su vida y trabajo diarios, le diría simplemente: "Hágase amigo de cada hombre a quien conozca", escribió Henry Doherty.

La fórmula para conquistarse un verdadero amigo es serlo. "Dime con quién andas y te diré quién eres", encierra una gran verdad.

Las mejores amistades no nacen del egoísmo, sino de la generosidad.

"Nadie — dice Edward Howe — ha hecho mucho por mí. Quizá antes esperaba demasiado de mis amigos, pero ahora no. No he aprendido solamente que si espero mucho sufriré una desilusión; he aprendido que no tengo ningún derecho a esperar. Los amigos son como un parque agradable donde uno desea ir, y que aunque puede gozarse de las flores, no se las debe cortar."

Para tener amigos sinceros uno debe ser sincero también. La amistad implica lealtad, estima, cordialidad, simpatía, efecto, disposición para defender ayudar, pelear por ella, si fuera necesario. El verdadero amigo es aquel que puede compartir nuestras penas y duplicar nuestras alegrías. Los poetas y los filósofos de todas las edades han reservado su más excelso lenguaje para la descripción de la verdadera amistad, de los verdaderos amigos.

Ningún hombre puede conseguir lo mejor de su vida, ya sea en los negocios o socialmente, sin esforzarse cuidadosa y conscientemente para ganarse amigos en el camino. Como se expresó graciosamente Ben Franklin: "Tenga cuidado con su compañía. Aquel que se acuesta con perros, se levantará con pulgas."

La aptitud para ganarse amigos es una cualidad valiosísima para obtener el éxito. El joven que aspira a triunfar en el mundo, que aspira a merecer honores de sus semejantes, debe temprana, encarecida, desinteresadamente, tratar de merecer la amistad de los demás.

El verdadero amigo es aquel que lo es en la necesidad. Esfuércese por ser ese tipo de amigo. Esfuércese por extender la mano amiga todo a lo largo del sendero de la vida. Los actos amistosos son como panes arrojados en aguas que se van y vuelven.

¿Qué es la vida sin amigos? ¿No es la mira y el fin de la vida dar y recibir felicidad? ¿Y qué felicidad puede haber sin amistad y sin amigos? Ellos son esenciales para el éxito, pero son

(Continúa en la página 52)

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

De la SUAVIDAD *y la* PUREZA *en la* PIEL

Por JOSEFINA HUDLESTON



A la clara de un huevo puede agregársele una cucharada de la leche en polvo.



La clase de hoy está especialmente dedicada a aquellas lectoras que deseen encontrar un método rápido, eficaz y de fácil aplicación para la conservación de la piel de las manos, los brazos o el cutis. Frecuentemente la carencia del tiempo necesario para realizar largas sesiones de embellecimiento hacen que la mujer descuide el cuidado general de su rostro. Por ello quiero hoy exponer al criterio femenino un procedimiento que, aunque conocido, interesará por el hecho de verse realzado por la adopción de los diversos puntos que pasaré a hacer notar. La lectora conocera, por supuesto, la leche en polvo. Pues bien, hace apenas dos semanas varias amigas mías me hicieron, mientras conversábamos sobre temas de belleza, varias preguntas respecto a la leche en polvo y sus bondades como artículo embellecedor. Opté por no decir una palabra, y conduje, en cambio, a las preguntonas a mis habitaciones, donde les hice recibir una aplicación a cada una. Y puedo asegurar que el resultado obtenido significó más, por lo magnífico, que todo cuanto hubiera yo podido expresar verbalmente.

La pasta que se obtiene de resultas de la unión de la leche en polvo y la clara del huevo es distribuída sobre el rostro.

El masaje hecho con hielo es beneficioso al final de cualquiera de los dos tratamientos.

Hay tantos métodos diferentes de usar leche en polvo para este motivo, que no sé por cuál empezar. Sin embargo, veamos ante todo qué quiero significar por leche en polvo. Encontramos este producto en dos formas; la que viene en barras o pancitos, y que se usa para cocinar, y la que se utiliza para alimento de los niños en su más temprana edad. Esta última es la que también adoptaremos para el embellecimiento de nuestra piel.

Si se desea puede usarse esta leche en polvo para lavar el rostro y manos, humedeciendo un trozo de tela con agua tibia, hundiéndolo en la leche y frotándolo luego sobre el rostro, manos y brazos. Cuando la piel ha sido de esta manera limpiada, séquesele cuidadosamente. Si el menor rastro de leche ha sido quitado la piel estará suave y blanca y los poros muy finos y muy reducidos. Si por el contrario, hay todavía un remanente lácteo. la piel permanecerá seca. Sugiero el lavado del cutis y manos con esta preparación porque sé que muchas de mis lectoras la prefieren como preparativo para dejar la piel en condiciones ventajosas para recibir luego una capa de huevo y leche en lugar de hacerlo con agua y jabón.

Luego de haber limpiado y secado la piel, sepárese la clara de la yema de un huevo fresco. Agréguesele a la clara una cucharada de leche en polvo y revuélvase bien: A medida que la leche se mezcla se forma una materia gelatinosa.

Se continuará entonces revolviendo lentamente hasta obtener una pasta, o sea la preparación necesaria y lista para ser aplicada. Como la piel ha sido previamente limpiada, distribúyase una pequeña cantidad de la mezcla sobre la parte que se desee tratar. Al secarse esta capa se torna dura, llegando a convertirse en una especie de fino tejido transparente.



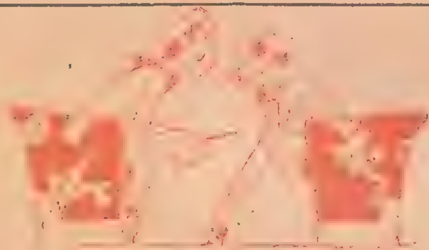
Las manos enrojecidas pueden igualmente recibir los efectos de la mezcla.

Cinco minutos después que la capa se ha secado totalmente, debe ser quitada. Mientras ésta se halle encima del rostro, éste debe permanecer inmóvil, ya que cualquier gesto provocará líneas que atentarán contra el tejido y los músculos de tan delicada parte de la piel. En esos momentos tal vez sea conveniente pensar en algo que nos haga dichosas

pues ya sabemos que la felicidad tiende a elevar los músculos de la cara y de la entera muscular construcción del rostro, proporcionando una expresión de alegría. Prosigo. Antes de tratar de quitar la capa empápese un trozo de tela en agua fría, que será luego aplicado al rostro. Pocos minutos bastarán para que la preparación se ablande por completo, pudiendo entonces ser quitada fácilmente con otra tela también humedecida. Cuando la capa ha sido ya desalojada, encontraremos que la piel es más clara que anteriormente y mucho más suave. Será ése el resultado de nuestros primeros esfuerzos. Ahora bien: si la piel ofrece cierta tendencia natural a la sequedad, entonces la leche en polvo será aplicada con una tela humedecida. Los beneficiosos efectos no se harán desear, por cierto. Además, la gordura que forzosamente posee la leche, pese a haber sido previamente tratada, ejerce buena influencia sobre esa piel seca.

Las manos que por cualquier causa se hallan enrojecidas, pueden igualmente ser tratadas con esta leche en polvo en lugar de lavarlas con el agua y jabón de costumbre. Lo mismo acontece con los brazos y los codos. Incidentalmente la piel se halla fuertemente dañada y entonces son necesarios tres o cuatro días para poder observar sus beneficiosos resultados. En ese caso es muy conveniente utilizar la capa del huevo y la leche de la siguiente manera: al principio, durante todos los días, pero en cuanto se ha logrado el beneficio anhelado, úsesele tan sólo ocasionalmente.

Los mejores momentos para aplicar tal método son los que anteceden a la asistencia a un teatro, un baile o una recepción donde se desea aparecer particularmente bella. Luego de la aplicación de la leche en polvo o del huevo y la leche, aconsejo masajes suaves hechos con algo frío, hielo, por ejemplo, pues aunque como ya he dicho, esta capa cierra los poros, el frío no por eso deja de todos modos de ejercer su benefactora influencia. Además cuesta muy poco hacerlo, todo lo cual es ampliamente compensado por los magníficos beneficios que se obtienen.



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

OBSERVACIONES DESDE MAR DEL PLATA

Frente al mar, sobre la arena, con la vista perdida donde el agua se junta con el cielo, difícil o casi imposible es pensar. La ola que muere y la ola que llega tienen la virtud de absorbernos el pensamiento y de distanciarnos de todo hasta de nosotras mismas, y de desterrar, por suerte, de nuestra mente toda preocupación.

¡Mar infinita, en calma o agitada; mar profunda, vasta y siniestra! ¿Qué atractivo es el tuyo? Llamas y seduces, como mujer bella y diabólica; eres vencedora siempre de la vida y temida y temible. Todos llegamos a tu playa solicitando de ti algo: quién olvido, quién salud, quién descanso o amor. Tú alientas todos los sentimientos y te acoplas a toda esperanza, pero das, sin embargo, en cuanto puedes, tu zarpazo de muerte.

Al contemplarte tan mansa y tranquila en esta mañana azul, observo a quienes, nadando elegantemente, parecen abrazarte en cada brazada, y dominarte... De pronto me trae a la realidad la agitación de gente que se angustia; un silbato de alarma... Tú has devorado una vida; ¡una fuerte vida de diez y siete años!

Te acercaste insinuante a la playa, lo llamaste, y luego que le lograste, le devolviste a la arena, roto, inerte, como un muñeco de trapo.

¡Pasan mujeres; un ciento, doscientas, mil, yo no se cuántas! Van acompañadas de hombres jóvenes. Ellas y ellos son de quince a veinte y cinco años. ¡Qué bonitas mujeres! — me digo. — Pletóricas de juventud, ricas de belleza, tostadas por el sol, parecen muñecas de bronce, un poco insolentes y un poco excesivas en el desnudo... La malla es cada año más pequeña; más es lo que descubre, que lo que cubre, ¡pero es la moda!

El baño de mar, luego el baño de sol, todos juntos, ellos y ellas, charlan tendidos en la playa; parecen despreocupados de la belleza, al parecer, pero no es posible alejar de la vista lo que rige el mundo desde hace tantos siglos: la bella carne. No es posible alejar del espíritu el objeto de la vida: el amor...

Yo, que he vivido mucho, atisbo el peligro; el peligro de las playas donde el pudor no está de moda, y no puedo sustraerme a un pensamiento que aquí, sobre la arena, entre tantas jóvenes a medio vestir, resulta risible y ridículo: ¿Cómo llevaría el casto traje de novia y los tradicionales azahares y el inmaculado velo blanco la bella criatura que a poca distancia de mí charla con su novio, en lánguida y provocativa actitud? ¡Las dos mallas juntas no alcanzan a medir un metro de tela!

He observado que los hombres y las mujeres son igualmente vanidosos. Todos se creen poseedores de una gran belleza; si así no fuera, ¿se pondrían en tan evidente ridículo, mostrándose casi desnudos? La malla es un traje traicionero; así como destaca la belleza, hace resaltar también la fealdad.

Mujeres a cientos visten el traje de baño. Excluyendo a las hermosas hay cuerpos que inspiran más bien rechazo que admiración.

Nada en la vida hay que pueda aceptarse en colectividad. ¿Por qué en el traje de baño no hay excepciones, como en la moda o en los colores? "A mí no me gusta el verde", dice una mujer, y no se viste de verde aunque se le suplique. Caso extraño: tratándose del traje de baño y de la desnudez, todas se creen Venus; todos se creen Petronios.

¿Que si es bonito Mar del Plata?... Posiblemente, sí. Más que bonito, hermosísimo en todo aquello que el hombre no ha puesto ni su mano ni su dinero. Magnífico el mar, las playas, la loma, las rocas, el clima, el cielo...

Pero los hombres se han empeñado en esconder en lo posible al majestuoso e imponente mar, entonces han levantado lo que se llama la Rambla, un muro que esconde las bellezas de la Naturaleza. El mar, casi todos los años, en señal de indignación y de protesta se lleva un pedazo de la Rambla..., que el hombre, empeñoso, vuelve a levantar.

¿Los palacios?... Sí, magníficos; revelan el constante desafío de los ricos. Parecen todos decir: "Yo quiero ser mejor y más grande y más ostentoso." Mar del Plata es, sin duda alguna, el "mejor" balneario del mundo; es decir, el que mejor señala que en el país hay muchos millonarios.

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

SI USTEDES SE AMAN TANTO y piensan unir su cariño por los lazos indiscutibles del matrimonio, la opinión interesada del papá poco debe preocuparles.

Procure hacer pasar a su novia el tiempo que falta, lo mejor posible, y así terminará su inquietud.

Contestando a "Noviecito de V. y miedosa".

EL CAMBIO OPERADO EN SU NOVIA, no le quepa duda, es el resultado de su antipática manera de ser. Si la quiere y no desea perderla, cambie de táctica. ¿Por qué tantas exigencias? ¿Quiere hacer destacar su condición de hombre al saberse amado? Cuidado, no vaya a tener que arrepentirse de su tiranía.

Contestando a "Novio exigente", de Paraná.

SUS DUDAS ESTAN BIEN FUNDADAS. Si su novio la quiere realmente, no debe tener esas exigencias, a las que usted no debe acceder. Lo que sería conveniente que él hiciera, es apresurarse a cumplir la palabra de casamiento que le ha dado. Manténgase fuerte; siga mi consejo, y no se arrepentirá.

Contestando a "Corazón indeciso", de Paraná.

DICEN QUE LA CONSTANCIA VENCE. Pues, insista usted; vuelva a hablar a los padres de su amada haciéndoles comprender el cariño que se profesan, y que siendo un hombre trabajador y al que guían las mejores intenciones, no deben por un capricho oponerse a la dicha de que son merecedores. Si se empeñan en su negativa dígales que, aunque con mucho sentimiento, se verán obligados a pedir el consentimiento al juez para realizar su voluntad. Razones tan convincentes, creo darán buen resultado.

Contestando a "Decidido", de Capital.

> *Siempre hay un poco de locura en el amor. Pero siempre hay también un poco de razón en la locura.*
>
> *Nietzsche.*

LO UNICO QUE DEBE HACER es esperar, que ya llegará su "príncipe azul", a quien podrá dedicar todo su cariño como lo desea.

Cont. a "Linda sin cariño", de Rosario, S. Fe.

AUNQUE NO TENGA MUCHA CONFIANZA con esa señorita, procede en forma correcta al enviarle una carta expresándole sus sentimientos.

Me pregunta qué es mejor, si una declaración escrita o personal. Ambas formas son buenas. Todo es al gusto del consumidor.

Contestando a "Morocho joven", de Mercedes.

"Tan sólo a mí"

(COLABORACION)

I

Sobre tus labios sellar quisiera
con la pasión que siento por ti,
un beso eterno, para que a otro
besar no puedas. "Tan sólo a mí".

II

Mirarme fijo quiero en tus ojos,
momentos largos vivir así...,
para que leas mi amor profundo,
y a otro no mires. "Tan sólo a mí".

III

Quiero arrullarte muy al oído,
mientras te beso, loco por ti,
para que a otro escuchar no puedas
de amor palabras. "Tan sólo a mí".

JUAN A. PRIETO.

NO VEO EL MOTIVO DE LA INSISTENCIA de su novio en leer esas cartas; él ya puede imaginarse lo que encierra una correspondencia amorosa, y debe respetar sus escrúpulos. Además, esa indiscreción revela una falta absoluta de confianza. Si la quiere y tiene fe en la que pronto será su esposa, debe creer lo que usted le dice y no mortificarla con esa insensata curiosidad.

Cdo. a "¿Qué debo hacer?", de Rosario.

LAMENTO MUCHO NO PODER ACCEDER a su pedido, pero debe comprender que la correspondencia que me llega es completamente privada, y dejaría de ser yo una confidente si cometiera una indiscreción como la que me pide. Además, creo que por la contestación que he dado a ese joven, puede sacar alguna conclusión acerca de lo que me pregunta.

Cdo. a "Corazón vacilante", de Santa Fe.



Señorita Lidia Esther Molinari y señor Armando Miranda, que contrajeron enlace recientemente.
Foto Peretti.

LA CONDUCTA DE SU NOVIA tiene una sola interpretación: no lo ama. Olvídela usted también, otra chica más digna de su cariño lo consolará de este desengaño. No desespere.

Contestando a "Seccar", de Luján.

LA FELICITO. Me satisface saber que mis consejos han contribuído a que el dueño de su corazón se haya decidido a formalizar sus relaciones, y mi mayor deseo es que lleguen ustedes a la culminación de su dicha. Ahí va la respuesta a sus nuevas preguntas. Ese joven puede presentarse solo el día que vaya a hablar a sus padres. Después de varios días, él llevará a sus padres a su casa para que la conozcan, y al poco tiempo debe usted retribuir esa visita.

Contestando a "Gringa", de Córdoba.

EL MODO DE PROCEDER DE ESE CABALLERITO demuestra claramente que ya nada queda del amor que le dijo sentía por usted, si es que alguna vez fué sincero en sus expresiones. No titubee más, termine definitivamente con él, y ya que el nuevo festejante es de su agrado, acéptelo, pero... cuidado no vaya a sufrir un nuevo desengaño.

Contestando a "Orietta S.", de Victoria.

> ***El verdadero hombre quiere dos cosas: el peligro y el juego. Por eso ama a la mujer, el juguete más peligroso.***
>
> ***Nietzsche.***

Envíe su colaboración; si es buena se publicará.

Contestando a "L. Burnet", de Córdoba.

LA LIBRETA DEL REGISTRO CIVIL debe ser abonada por el novio. En cuanto a los gastos del casamiento por la Iglesia corren también por cuenta del novio, aunque algunas veces lo hace el padrino como regalo.

Cdo. a "Un asiduo lector", de Quilmes.

SI SUS INTENCIONES SON SERIAS, hable a los padres de esa niña, así terminarán los inconvenientes. Si ustedes se quieren y los padres están conformes, no tiene nada que temer.

Cdo. a "Príncipe azul", de Zárate.

ES RARA EN VERDAD la manera de demostrarle el cariño ese galán, festejando a otra. Además es usted tan joven que puede esperar. No se deje convencer por lo que le dicen los demás, él es quien debe darle las pruebas de cariño. En el amor no debe haber intermediarios.

Cdo. a "Morocha afligida", de Saforcada.

La distancia de las moradas, no despega el amor de los corazones.

EN INFINIDAD DE HOGARES...

Algunos están Sufriendo en silencio

...por los trastornos causados o agravados por el uso de papel anti-*higiénico.*

Una de las enfermedades menos comentadas y también una de las más difundidas, es la que se conoce comúnmente con el nombre de trastornos rectales.

Un famoso higienista argentino, médico de uno de los hospitales porteños mejor atendidos, estima que en la República Argentina, sufren de este mal más de cuatro millones de personas.

Es éste, aparentemente, un dato asombroso, pero uno deja de sorprenderse cuando advierte la mala calidad del papel que muchas personas usan en su casa.

Hoy, sin embargo, las mujeres han comenzado a darse cuenta de la importancia que el uso del papel higiénico tiene para la salud. Las más cuidadosas y pulcras amas de casa, queriendo asegurar a los suyos una protección absoluta, exigen el papel higiénico que los directores de los hospitales han aprobado: el Waldorf.

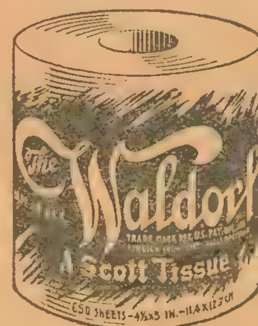
Waldorf es un papel altamente higiénico, hecho con fibras sedosas especialmente tratadas. Arrugue usted un pedazo de Waldorf en la mano. Sienta su suavidad poco usual... su fresca textura.

Haga lo mismo después con una hoja de papel lustroso, Vd. sentirá sus aristas cortantes... que frecuentemente son causa de más de una seria inflamación...

Las fibras higiénicas del Waldorf, son muy absorbentes, y al mismo tiempo, resistentes y fuertes. Sin esta cualidad absorbente, una higiene perfecta es imposible. El Waldorf es también químicamente seguro, no tiene reacción ácida ni alcalina.

No continúe Vd. corriendo riesgos inútiles. Ponga desde hoy, en su cuarto de baño, papel higiénico WALDORF.

Comprando Waldorf usted aprovecha mejor su dinero. El rollo Waldorf tiene el máximum de papel higiénico que se puede dar por su costo, pues se compone de 650 hojas, mientras que otros tienen apenas la mitad.



El papel realmente higiénico

EL ROLLO

The Waldorf

SCOTT PAPER COMPANY — REPRESENTANTES: P. EPPENSTEIN & CIA., VENEZUELA 1678, BUENOS AIRES

¡ESPÍAS!...

Por EDWIN T. WOODHALL

¡Espía!... Palabra infamante que sugiere algo muy bajo y ruin; sinónimo de traidor. Así lo cree la generalidad del público, pero en la realidad los espías no son traidores, sino individuos que eligen el más peligroso de los oficios por razones altamente patrióticas. Saben que si son capturados en el desempeño de sus funciones su suerte está sellada: ¡cuatro balas en el pecho! El servicio de espionaje en tiempo de guerra requiere gran valor y condiciones de serenidad nada comunes. Edwin T. Woodhall, uno de los ases del espionaje británico en los años que precedieron a la gran guerra y durante la misma, nos relata extraordinarias aventuras propias y ajenas de la organización del cuerpo especial de detectives y espías que actuó en Francia desde 1914 a 1918. Son páginas de obscuro heroísmo y abnegación, por las cuales desfilan desde lord Kitchener, el gran soldado, hasta la piadosa nurse Cavell, que se agrandó en el sacrificio hasta empequeñecer a los funcionarios que cometieron el error de condenarla.



El gran detective EDWIN T. WOODHALL

Una poderosa organización, espléndidamente montada y equipada, fundamentalmente leal y que actuaba con el mayor sigilo, funcionó durante la guerra, ayudando a escaparse a los soldados y espías aliados en todo el territorio invadido.

Tal fué la "Heroica Cadena de Flandes", así llamada porque se componía de eslabones de espionaje que jamás fallaron. Se encontraba a sus componentes en toda ciudad francesa o belga, ocupada por el enemigo, dispuestos a auxiliar a los perseguidos de muerte, proporcionándoles abrigo, alimentos, dinero, documentación y disfraces. Así iban pasando de un sitio a otro. En una parte encontraban albergue y un disfraz. En otra, dinero. Tal vez en la población siguiente se los proveía de documentos, hasta que llegaban a la frontera, con guías, que también habían sido puestos a su disposición por "la cadena".

En octubre de 1914, toda Bélgica y el norte de Francia estaban invadidos. Desde la costa hasta la frontera suiza, en una línea de quinientas millas, enormes ejércitos atrincherados combatían encarnizadamente.

El poderoso ejército alemán ocupaba dos países, que dominaba con mano de hierro, implacable y dura.

A raíz de la primera gran batalla, los hospitales de Bruselas y de sus cercanías se llenaron de heridos belgas.

A medida que los alemanes avanzaban, los heridos aliados, que no habían sido socorridos por la Cruz Roja debido a lo premioso de la retirada, eran atendidos en hospitales locales, de sangre y casas particulares.

Además de los heridos, muchos soldados se vieron aislados por el avance alemán, y fueron ocultados por los habitantes. El alto comando alemán comprendió que esto constituía una seria amenaza para la retaguardia de sus líneas de comunicación y ordenó que todos los habitantes de la Bélgica ocupada y del norte de Francia, declararan la presencia de soldados enemigos, heridos o no, bajo pena de muerte a los que de intención los ocultaran.

En el curso de las primeras semanas de la ocupación alemana, muchos heridos inválidos fueron retirados de hospitales y casas particulares y conducidos a los hospitales alemanes para ser internados después de su curación.

Hombres valerosos e intrépidos se dispusieron a regresar al territorio ocupado, buscar simpatizantes y colocarlos en situación de servir a la causa de los aliados, contrabandeando los soldados rezagados.

En Bélgica solamente, los alemanes, ejecutaron a 700 patriotas belgas, británicos y franceses, lo que no fué óbice para que 26.000 súbditos aliados consiguieran cruzar la frontera holandesa.



Una de las últimas fotografías de la enfermera, cuya muerte acongojó al mundo por su serena fortaleza y su noble abnegación.





El príncipe Reginaldo y su hermana la princesa María de Croy, que fué condenada a diez años de trabajos forzados como cómplice de miss Cavell. El príncipe escapó a Holanda.



Miss Cavell, ante el tribunal, agigantó su figura de mujer cristiana, hasta convertirla en inmortal. La escena representa el interrogatorio del niño Felipe Bodart, a quien, al serle preguntado si conocía a la enfermera, su madre igualmente sublime, interrumpió exclamando: — Es mi hijo, y aquí sólo conoce a su madre. — El niño selló sus labios y sufrió seis meses de prisión.

Las mujeres eran el principal elemento de la "Cadena Heroica".

Entre las personas arrestadas por el espionaje contra el invasor estaban los De Croy y los Belleville, pertenecientes a la antigua nobleza belga.

La princesa María de Croy, era una dama soltera que habitaba casi desvinculada del mundo en su castillo de Bellignies, cerca de Mons. La condesa Juana de Belleville, de la nobleza francesa, vivía a corta distancia, en su posesión señorial de Montignes-sur-Rec, cerca de Andriegnies, en la provincia de Hainaut.

Ambas damas fueron acusadas de

"traición en tiempos de guerra". Al principiar la lucha, la princesa María había instalado un hospital de la Cruz Roja en que se atendía tanto a heridos aliados como alemanes.

Después de la batalla de Mons, muchos soldados británicos, rezagados de las retiradas, habían quedado en Bélgica. En el invierno y primavera del 1914 al 15, vivieron como animales silvestres en los bosques, campos y chacras del Hainaut y Brabante. La princesa de Croy se condolió tanto de su suerte que resolvió organizar un servicio para ayudarlos a escaparse. Tal fué el príncipio de la "Cadena Heroica".

Con la ayuda de la condesa de Belleville, mademoiselle Thuliez, Luisa de Bettignies, María de Vanhoutte, Gabriela Petit, Edith Cavell y muchas más, emprendió la noble obra de ayudar secretamente a escaparse a los perseguidos. Se jugaban la vida en la aventura. La organización patriótica llegó a contar cien miembros.

En el juicio de miss Cavell, veintiséis súbditos belgas y franceses comparecieron para responder a varias acusaciones relacionadas con el asunto. Cuatro fueron sentenciados a muerte y otros tantos a quince años de trabajos forzados. La princesa María de Croy recibió diez años de la misma pena. Felipe Baucg, un arquitecto de Bruselas, Luisa Thulliez, una institutriz de Lila, Luis Severin, un químico de Bruselas y la condesa Juana de Belleville, fueron condenados a muerte.

El fusilamiento de Felipe Baucg precedió una hora al martirio de la noble miss Cavell; los demás fueron indultados pocos días después, conmutándoseles la pena capital.

Anthonio Redier, autor francés, ha escrito un libro sobre la vida de la denodada joven Luisa de Bettignies, quien llegó a Folkestone a principios de 1914, como refugiada de Lila. El servicio secreto británico fué tan favorablemente impresionado por su frágil belleza, encanto y gracia, que le ofrecieron colocación como espía. Postergó la aceptación hasta consultar a las autoridades francesas y sólo respondió afirmativamente después de obtener ese consentimiento. Fué enviada al cuartel general francés, y después de una prolongada conferencia con las autoridades militares, se resolvió colocarla a las órdenes del estado mayor británico, en Saint Omar.

Desde fines del 14 hasta marzo de 1916, Luisa, conocida también como Alicia Dubais y madame Martín, realizó un servicio secreto de guías, para conducir hasta el territorio holandés neutral a soldados belgas, franceses y británicos.

La primera reunión de patriotas tuvo lugar en Nonveaux, a fines de 1914, acudiendo a ella numerosas personas. Fué en esa reunión que Luisa de Bettingnies, o "Alicia", como se la llamaba, generalmente, se encontró con su abnegada lugarteniente María Leonia Vanhoutte. De allí salió la idea de crear una organización de la cual el príncipe Reginaldo de Croy, secundado por su hermana, la princesa María, sería la cabeza secreta.

Esa sociedad secreta desarrolló sus actividades en el área del territorio belga y francés invadido en forma tal, que produjo serios trastornos al ejército alemán.

LA "CADENA HEROICA DE FLANDES" SALVÓ 26.000 VIDAS



El monumento levantado a la memoria de la heroica miss Cavell, en Londres, ostenta la Cruz del Cristianismo, cuyas enseñanzas invocó la noble enfermera mártir al ser interrogada por los jueces militares, declarando que anteponía la justicia de Dios a la de los hombres.

Poco es lo que se sabe sobre la obra del servicio secreto en el frente rumano. Antes de la declaración de la guerra por Rumania, los británicos encontraron conveniencia en asegurarse las grandes reservas de petróleo y cereales existentes en aquel país. Una poderosa organización de compradores se extendió por todo el territorio, adquiriendo las cosechas y guardando su producido en enormes galpones, para ser embarcados paulatinamente. Rumania declaró la guerra contra los imperios centrales. La suerte de las armas se mantuvo indecisa por algún tiempo, pero luego, asediada por el peso de numerosos ejércitos, se vió que Rumania sería indefectiblemente derrotada. Para los aliados, ese era un golpe terrible, pues los enormes recursos naturales, tan urgentemente requeridos por Alemania, estarían, por fin, al alcance de su mano. Las perspectivas no podían ser más desoladoras, pero apareció un hombre que salvó la situación, sir John Norton Griffiths, con quien me encontré en Saint Omar durante el año 1914 y en Merville, Norte de Francia, en 1916.

Sabiendo perfectamente que el servicio de espionaje alemán en Rumania lo perseguía, realizó una hazaña que difícilmente podrá ser superada en audacia y tranquilidad.

He aquí lo que, al respecto, decía en su edición del 27 de setiembre de 1930, el "London Evening News":

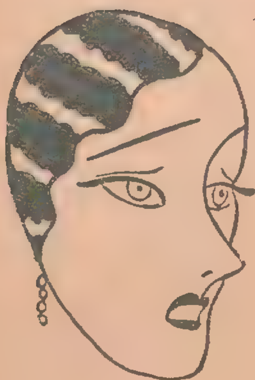
"Es el ingeniero que preparó la voladura del barranco de Messines y fué enviado por el gobierno a prender fuego a los pozos petrolíferos de Rumania. Realizó la heroica tarea y evitó que los yacimientos rumanos cayeran en poder de las tropas alemanas. La voladura del barranco de Messines permitió a las tropas británicas operar con toda libertad y a cubierto de riesgos."

En 1916 sir John se ganó el sobrenombre de "Demonio de destrucción" cuando el gobierno británico le confió la tarea de inutilizar los pozos rumanos. Arriesgo su vida en repetidas ocasiones en el curso de esa labor. Empleó explosivos, incendió tanques y talleres y hasta penetró con un hacha en la mano a destruir maquinaria. Salió de los yacimientos, subió en su auto y se alejó cuando ya se avistaban las avanzadas del ejército alemán.

"En uno de los yacimientos todo había sido quemado. Sólo quedaba indemne la usina. El comisionado rumano opinó que resultaría peligroso quedarse allí por más tiempo, por cuanto la usina, saturada de gases, podía explotar de un momento a otro.

"Sin John despreció la advertencia y apoderándose de una antorcha de heno seco, penetró al edi- (Continúa en la pág. 52)

HISTORIA DE LOS AMORES DE GLORIA SWANSON



El cuarto AMOR de GLORIA: MICHAEL FARMER

Por *LOUELLA O. PARSONS*

He aquí brevemente resumidos los capítulos anteriores:
Gloria, surgiendo del montón anónimo por su temperamento, consigue obtener lisonjeros éxitos. Su primer matrimonio, con Wallace Beery, es un idilio fugaz. Divorciada de él y tras algunas alternativas en su carrera, contrae nuevas nupcias, esta vez con Herbert Somborm, de quien se divorcia en breve. En este punto su fama ha llegado a todas partes del mundo. Gana cantidades fabulosas con su trabajo y gasta sin medida, asombrando por el lujo con que vive. Conoce en París al marqués de la Falaise, y aquí, salvada su situación en bancarrota, obtiene el más grande triunfo de su vida: el título nobiliario que le faltaba para tenerlo todo. Pero este amor, fatalmente, no es eterno, y un día sobreviene el hastío y con él, el divorcio. Fué un golpe rudo para ella, pero se ha repuesto de él no hace mucho, contrayendo enlace por cuarta vez, con Michael Farmer.
Y aquí cabe la amarga interrogación: ¿durará mucho este matrimonio?

CAPITULO V

EL marqués de la Falaise es todo un caballero, y siempre lo será. En ningún momento quiso lastimar a su esposa. Deseó la separación lo más rápido posible.

Fué a ver a Gloria a Malibú, y jugó con sus hijos, la pequeña Gloria y Joseph. Los chicos lo admiraban y le hablaban siempre con cariño. Su afecto para con ellos fué una de las cosas que más agradaron a Gloria.

Con todo, el mundo estaba pendiente de su amor. El 5 de agosto Gloria y Henri anunciaron su decisión de separarse. Gloria, que todavía tenía alguna esperanza, anunció que la separación era amigable y que aunque ocuparan casas distintas siempre serían lo mismo.

Pero la humillación de saber que Henri pasaba todo su tiempo con Constance Bennett estaba aniquilando a Gloria. Tuve la seguridad de que en esa situación, Gloria abandonaría su carrera para tratar de reconquistar a Henri.

Sin embargo, Gloria es orgullosa. Nadie vió asomar una lágrima a sus ojos. Todas las noches se le veía en el club Embassy, o en el Cocoanut Grove, bailar y ser atendida por un grupo de caballeros. Siempre estaba alegre. En una ocasión en el Embassy había sentados a su mesa siete caballeros, y ninguna otra mujer.

Gene Markey, uno de sus mejores amigos, era frecuentemente visto con ella, cenando o bailando. Corrían rumores de un compromiso, pero no creo que haya existido nunca otra cosa que un sentimiento de buen compañerismo. Gloria tiene un buen sentido del humor, y ésta nueva



Gloria, con su actual esposo, Michael Farmer, hombre millonario, joven y culto.



La celebrada actriz filmando "Indiscreta", una de sus últimas producciones, y que al igual que todas las que ella costeó con su propio dinero, constituyeron fracasos financieros y artísticos.

El marqués de la Falaise, ex esposo de Gloria, quien a poco de divorciarse de ella, contrajo enlace con la estrella cinematográfica Constance Bennett, con quien aparece aquí poco después de la boda.



Los tres ex esposos de Gloria acertadamente vistos sorprendidos por el dibujante. De izquierda a derecha: Herbert Somborm, Wallace Beery y el marqués de la Falaise.

Gloria era una excelente compañera.

En el club Mayfair la retrataron acompañada de un señor llamado Ryan, pero Gloria, sonriendo, afirmaba que sólo se trataba de un buen amigo.

El 7 de noviembre de 1930 Gloria inició los trámites de su divorcio con el marqués. Hizo todo lo posible para que los diarios no se enteraran, pero la prensa lo divulgó con todo género de detalles.

Después del divorcio, no había ya ninguna razón para que Constance y el marqués de la Falaise no aparecieran juntos ante la gente. A menudo se vieron en situaciones violentas, pues muchos invitaban a las dos mujeres a una misma reunión; pero ellas supieron sostener la situación con dignidad.

En junio siguiente, Gloria, acompañada por Virginia Bowker, una compañera de escuela, emprendieron un viaje a Europa. Una de las razones del viaje era que Gloria tenía interés en que su hija conociera Europa. Las tres se embarcaron el 5 de junio. La señorita Bowker se encontró con Michael Farmer, el deportista irlandés, que había estado comprometido con Marilyn Miller, favorita de las comedias musicales.

Se dice que el señor Farmer es rico, pero nadie ha podido comprobarlo. Es joven, tiene solamente veintinueve años, y muchas nobles inglesas han estado perdidamente enamoradas de él.

Se dice, además, que una parienta suya lejana, señora ya de edad, lo había adoptado. Esta historia viene circulando desde su casamiento

(Continúa en la pág. 48)

"¡Vinculemos nuestro glorioso pasado con nuestro venturoso porvenir! Las copas, rebosantes, bien altas, por las glorias, las victorias y los triunfos que fueron; y también por las horas amargas pasadas, que no son más que una útil enseñanza... ¡Brindemos por la esperanza, de que en un día ya cercano retornarán a nuestra querida patria la dignidad, la tranquilidad, la grandeza y la prosperidad!..."



EVOLUCIÓN HISTÓRICA de l





LA REVOLUCION DE MAYO

1 Se inician cronológicamente los grandes acontecimientos políticos argentinos el 25 de mayo de 1810. La magna fecha patria significa, no sólo la exteriorización de las ansias de libertad de un pueblo oprimido por gobiernos anacrónicos, sino, también, uno de los movimientos que mayor influencia han ejercido sobre los destinos humanos al tornar factible la liberación de todos los países de Sud América, desde las selvas panameñas hasta los glaciares magallánicos.

Después del 25 de mayo nuestro, la idea de libertad corrió por América y fué alzando a los pueblos, y armando los brazos patriotas y fortaleciendo en su empresa a los precursores que ya bregaban por la noble causa, como Bolívar y O'Higgins.

Atrevidas, tal vez presuntuosas pudieron parecer en un principio las estrofas de nuestra canción patria, surgida al mágico conjuro de nobles entusiasmos como himno augural de una nueva era, pero no transcurrió mucho tiempo sin que veinte pueblos libres corearan con el acento de las profundas emociones:

"¡AL GRAN PUEBLO ARGENTINO, SALUD!"

LA PRESIDENCIA DE RIVADAVIA

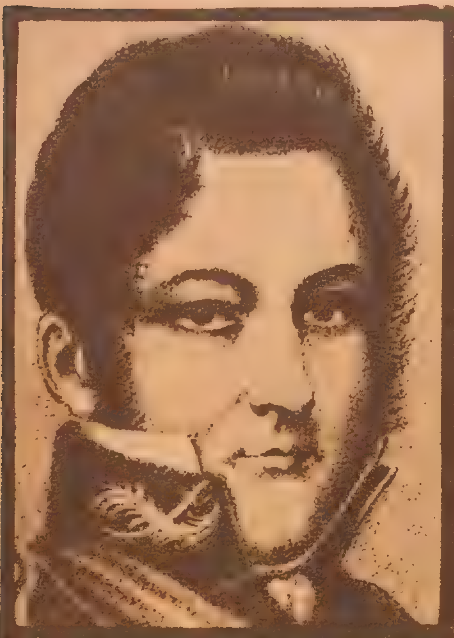
2 Diez y seis años después de la revolución de mayo no existe aún una forma de gobierno estable y satisfactoria. La anarquía ha imperado por momentos. Se hace necesario organizar políticamente el país. Así lo entienden los representantes de las provincias en el congreso del año 1825, que discute la creación de un Poder Ejecutivo nacional permanente.

En debates memorables se ventila el proyecto, que se pone a votación el 6 de febrero de 1926, por el cual se resuelve la instalación del Poder Ejecutivo desempeñado por un presidente y cinco ministros, de guerra, marina, hacienda, negocios extranjeros y gobierno. Al día siguiente fué elegido, por gran mayoría, "Presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, el ciudadano don Bernardino Rivadavia."

Ningún personaje más políticamente caracterizado que Rivadavia para desempeñar la suprema magistratura del país. Su primer acto de gobernante fué capitalizar la ciudad de Buenos Aires; el segundo pedir al Congreso la sanción de una Constitución nacional.

Entendía Rivadavia terminar con la anarquía imponiendo el imperio de la Constitución. Tal estado de cosas vulneraba las posiciones de los caudillos provinciales, que no demoraron en alzarse contra el gobierno nacional, especialmente Quiroga, el "Tigre de los Llanos", en La Rioja, Felipe Ibarra en Santiago del Estero, Bustos en Córdoba y el célebre fraile Aldao, en Mendoza. Rivadavia, decepcionado, renunció, y jamás volvió a aceptar ningún puesto público.

Se ha dicho que Rivadavia se adelantó a su tiempo y trató de implantar reformas e instituciones para las cuales el país no estaba políticamente preparado. Es posible que fuera así, pero de su obra de estadista y patriota quedaron huellas en la historia que perduran hasta nuestros días. Fué un gran propulsor de la instrucción pública, que le debe la creación de la Universidad. Fundó, asimismo, la Sociedad de Beneficencia y fomentó la radicación de nuevas industrias fabriles; protegió la agricultura y la ganadería, la minería y la pesca; dispuso la construcción de cuatro puertos sobre el Plata y el Atlántico; creó una ley de tierras, modelo en su género; planeó un admirable régimen de la tierra pública, que aún hoy podría servir de modelo; emprendió la reforma eclesiástica y organizó el ejército.





LA CAIDA DE ROSAS Y LA PRESIDENCIA DE URQUIZA

3 Treinta y cinco años de anarquía, de obscurantismo, de tiranía, median entre la luminosa actuación rivadaviana y el resurgimiento de la libertad en la república. Para ello fué menester que el Ejército Libertador mandado por Justo José de Urquiza quebrara en los campos memorables de Caseros el poder omnímodo de Rosas el 3 de febrero de 1852.

A raíz del triunfo se puso manos a la obra de la organización nacional. El 15 de noviembre de 1852 se reunió en Santa Fe el Congreso Nacional Constituyente encargado de constituir los poderes públicos y dictar una Constitución Nacional, sobre bases preparadas por el doctor Juan Bautista Alberdi, eminente pensador, gran argentino y el primer sociólogo que tuvo el país.

La Constitución Nacional, con leves modificaciones, es la misma actualmente en vigor, y fué promulgada el 25 de mayo de 1853. De acuerdo con lo determinado por ella, se procedió a realizar elecciones en todo el territorio nacional, resultando elegido presidente el vencedor de Caseros, general Justo José de Urquiza.

Desde ese momento quedó consolidada la hegemonía nacional, que si bien se vió alterada alguna vez por divergencias pasajeras de apreciación entre los jefes de los grandes partidos políticos, jamás volvió a ser interrumpida.

LA REVOLUCION DEL 90

4 Rige en 1890 los destinos del país el doctor Miguel Juárez Celman. A una época de desenfrenada especulación sucede una crisis sin precedentes en la historia nacional. La opinión pública es adversa al gobierno. La prensa lo ataca con rara unanimidad. En las plazas públicas caudillos y oradores lo denuncian. Un violento espíritu de oposición enardece al pueblo. Alem, Del Valle, Mitre, son sus ídolos. Un día memorable se forma la "Unión Cívica Radical". El pueblo se vuelca en ella y se yergue amenazante frente al gobierno, al que se acusa de peculado, nepotismo y arbitrariedad. Grandes tribunos fustigan al oficialismo, y señalan con gesto airado y palabra vibrante el abismo a que conduce a la nación.

El gobierno se siente fuerte. Dispone del ejército, de la policía y de los bomberos. Son tropas probadas y leales. No existe aún el servicio militar obligatorio, y los cuerpos de línea están formados por duros veteranos, fogueados en combates y cruentas campañas. El mismo elemento, jubilado o licenciado del ejército, forma el personal de policía y bomberos. Es ministro de guerra un glorioso general, tan hábil como bravo, Nicolás Levalle. El gobierno nada teme; se siente fuerte.

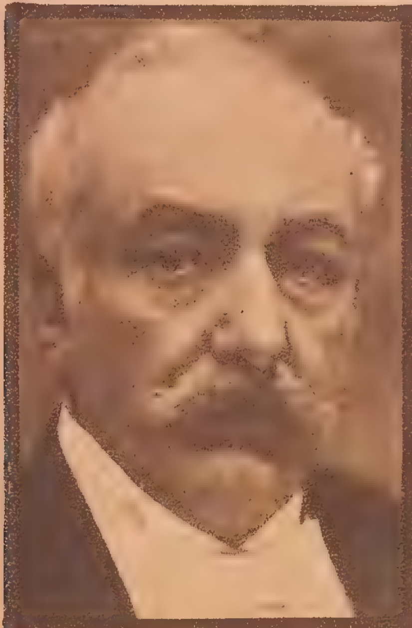
En las calles ruge la tormenta. Ya se habla de revolución. La opinión sana del país quiere barrer con el caudillismo amparado por el presidente, Miguel Juárez Celman, sordo al clamor popular.

Llega el 26 de julio, y el cañón truena en Buenos Aires. Los revolucionarios, la "Unión Cívica Radical", dirigida por Alem, se apoderan del Parque de Artillería. Tres días se pelea con bárbaro encarnizamiento, con cruel saña. Desde la plaza Lavalle, un general manda enfocar las bocas de fuego de la artillería sobre el Parque. Un militar extranjero de alta graduación, que asiste a los combates, se retira exclamando:

—He visto pelear en la China, en la India, en Africa, en Europa, pero nunca he presenciado un espectáculo tan tremendo (se iba a disparar a 150 metros). Esto es inconcebible...

La revolución es vencida, pero el gobierno cae, y desde ese momento la voz de la oposición controla los actos de los que lo suceden, y así empieza a gestar la verdadera democracia del país.

la POLÍTICA ARGENTINA





LA LEY SAENZ PEÑA

EL RADICALISMO

5 Tal vez la tradición y aun la historia olviden los hechos de muchos ciudadanos que han desempeñado la más alta magistratura de la nación. Apenas si sus nombres figurarán en los textos de las escuelas. Hay uno, empero, que pasó ya a la posteridad y que será recordado con el cariño que se otorga a los que merecieron bien de la patria, Roque Sáenz Peña, el autor de la ley electoral en vigencia.

El primer acto de gobierno del doctor Sáenz Peña fué preparar la ley electoral, a la que el pueblo ha dado su nombre, estableciendo que el voto fuera obligatorio y secreto y dando representación a las minorías.

Su propósito fué evitar la venalización absoluta de todo el país y quitar el gobierno a la mediocridad adinerada. Entendía que los mercaderes de la política acabarían por corromper al pueblo argentino sin mejorar su clase gobernante.

Puede decirse que Sáenz Peña afianzó el reinado de las instituciones democráticas. Pudo así asegurar con toda verdad, en su último mensaje al Congreso:

"Ninguna nube empaña los horizontes, ningún conflicto amenaza interrumpir las armonías de nuestro engrandecimiento. La libertad avanza en cada nuevo comicio un jalón orientador de la vida democrática. Es un hecho que los ciudadanos votan, las rentas crecen sin mermas ni filtraciones, el comercio exterior marça cifras no alcanzadas en la historia de nuestra economía, la corriente inmigratoria supera a las anteriores, las industrias valorizan los productos del suelo, los cultivos se dilatan y el oro afluye como no lo hizo jamás, por virtud de nuestra propia potencia."

Desaparecido prematuramente Sáenz Peña, dejó como un monumento a su memoria y un legado al pueblo la ley sobre la cual se habría de elaborar la verdadera democracia argentina.

6 Con breve intervalo los acontecimientos políticos subsiguientes a la implantación de la ley Sáenz Peña y de ella emergentes, agitaron hasta la violencia a la república en los últimos años de vida institucional. Su resultado inmediato fué producir una renovación de valores en el cuadro de la política nacional, arrancando el poder de manos de una minoría que lo venía detentando desde casi hacía medio siglo.

¿Ha existido o existe en el país una carencia de hombres capacitados para ejercer con la necesaria competencia las funciones públicas? Responde esta interrogante al hecho de que la ley de voto secreto no haya encumbrado a personalidades que afrontaran con ventaja la situación. En momentos en que se requerían programas de gobierno sistematizados y ajustados a la más estricta economía para hacer frente a la más difícil prueba económica que haya resistido el mundo desde hace un siglo, nuestros gobernantes, menester es confesarlo no estuvieron a la altura de su misión

Poco a poco el malestar económico mundial, producido por la gravitación de una serie de factores complejos, fué gravitando sobre la producción nacional sin que se adoptara una sola medida salvadora. Los huecos del presupuesto fueron cubiertos invariablemente con el fácil recurso de los empréstitos, a plazos a veces de angustia.

Los hombres que ocuparon los puestos dirigentes se dejaron dominar por el prurito de mantener posiciones políticas, no titubeando en llevar al país al borde de la más vergonzosa bancarrota y atinando sólo a último momento a adoptar medidas que no tuvieron más virtud que la de provocar una violenta reacción en el pueblo.





LA REVOLUCION

EL RETORNO A LA NORMALIDAD

7 Amenazada la república por la quiebra, desprestigiados ante el tribunal de la opinión sus gobernantes, hasta comprometido el buen nombre nacional ante el extranjero, cundió el descontento entre el pueblo y la crítica dura y despiadada para los que habían defraudado la confianza pública se alzó implacable.

Ante el espectáculo de la oposición general, el gobierno sólo atinó a adoptar medidas de represión, cuyo efecto fué contraproducente, pues sólo tuvieron la virtud de enardecer los ánimos y crear la conciencia de que era necesario, imperioso, terminar con ese estado de cosas análogo en un todo al que se produjo en 1890 y determinó el estallido revolucionario encabezado por la Unión Cívica Radical.

Ya en el ambiente la revolución, se produjo la sublevación de parte de las tropas del ejército y del Colegio Militar de la Nación, que marcharon sobre la capital federal el 6 de septiembre de 1930. Ante el avance de las fuerzas armadas, acompañadas y poderosamente secundadas por el pueblo, el Poder Ejecutivo dimitió, quedando al frente de los destinos del país el jefe militar del movimiento triunfante, siendo reconocido como gobernante "de hecho" por la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Uno de sus primeros actos fué la disolución del parlamento y la intervención a las provincias. Renació una relativa confianza.

Falto de un congreso que lo secundara y complementara, el gobierno "de facto", gobernó al país durante diez y ocho meses, y no pudo desarrollar, por la apuntada carencia de control legislativo, todas las iniciativas que se proponía llevar a la práctica.

Llamado a los comicios el 8 de noviembre de 1931, el electorado respondió, como lo ha hecho siempre, con entusiasmo, sufragando casi el 80 por ciento de los incriptos en los padrones.

Por decreto, se resolvió que las nuevas autoridades nacionales, constituídas ya las provinciales, asumieran el mando el día 20 de febrero, aniversario de la batalla de Salta.

8 Los comicios de febrero afirmaron y probaron una verdad inconcusa: el pueblo argentino, colocado en condiciones de libertad de sufragio, ejercita sus derechos cívicos con la más alta conciencia e inspirado sólo por móviles del más acendrado patriotismo. Pudo en un momento dado equivocarse, pero ante el fracaso, rectificó esa conducta y sufragó con un discernimiento que lo coloca a la par de las naciones políticamente más avanzadas del mundo. Tanto es así que en el parlamento nacional se sientan hoy representantes de todos los partidos, siendo mayoritarios los de más sólidos principios. Esta circunstancia es augural de un brillante futuro institucional y permite asegurar que no habrá sido vana la lección de los primeros ensayos del voto secreto entre nosotros.

El nuevo gobierno constitucional se inicia en momentos difíciles y delicados Muy serena, muy cuidadosa tendrá que ser su acción para salir victorioso del duro trance. Recibe la administración pública en condiciones de apremio jamás conocidas desde los lejanos tiempos cercanos a la independencia. Una enorme deuda tiene que ser saldada con carácter de absoluta urgencia. Es necesario restablecer la prosperidad del comercio y las industrias, reavivar la circulación fiduciaria, restringida a límites de angustia por la falta de movimiento de numerario; reformar el régimen tributario, ajustar el presupuesto y equilibrarlo; atender las deudas exteriores y levantar el nivel moral de la política y del país entero, inspirándole confianza en los hombres que lo guían y gobiernan.

¡Difícil, pesada tarea! Tanto más difícil y pesada si se tiene presente que las fuentes de recursos se hallan mermadas hasta en un cincuenta por ciento.

Titánica es la labor, pero con el concurso de todos los poderes de la nación, con el reconocido patriotismo de todos sus habitantes, el gobierno saldrá adelante, siempre que se inspire en ideales de patriotismo y emprenda firmemente la obra de reconstrucción que de él se espera y le corresponde realizar.



PALABRAS FINALES

¿SUCUMBIRA LA REPUBLICA ARGENTINA EN EL VORTICE DE LA DEPRESION MUNDIAL?... ¡JAMAS!... Lo proclamamos en voz muy alta ¡Jamás! El sentimiento de la argentinidad lo afirma. Rotunda, categóricamente... Y ese sentimiento no es una vana exteriorización de patrioterismo, sino la convicción profunda, tranquila, de que la República Argentina es necesaria en el mundo, de que no se puede prescindir de ella, de su noble producción, de su significado como crisol de una gran raza. El porvenir le pertenece, y hacia él marcha por rutas solares, en ininterrumpido avance de progreso. Nada ni nadie la detendrá. Una sola condición exige en estos momentos solemnes a todos sus hijos, especialmente, a los que van a elaborar sus leyes y restañar sus heridas en el Congreso recientemente iniciado: ¡Confianza!

Confianza en sus destinos inaccesibles, en el esfuerzo de todos sus habitantes, argentinos o extranjeros, en su tierra de riqueza jamás desmentida.

Y la confianza tiene un sinónimo: ¡PATRIOTISMO!





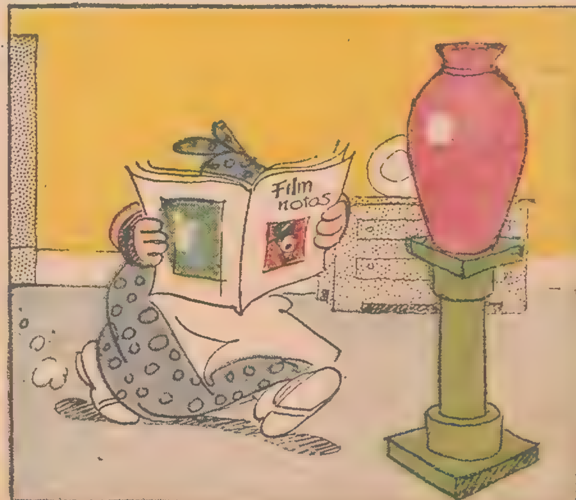


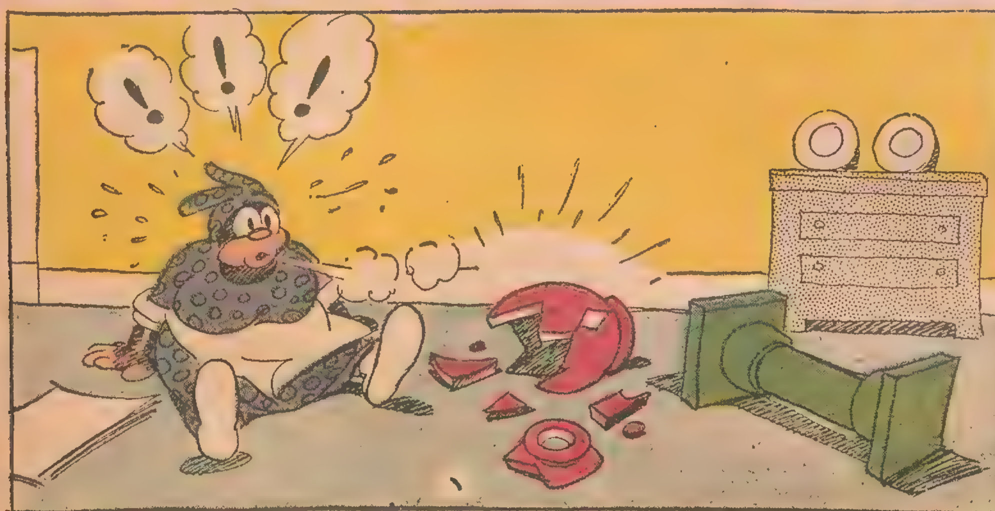
Don Fermín por DANTE QUINTERNO

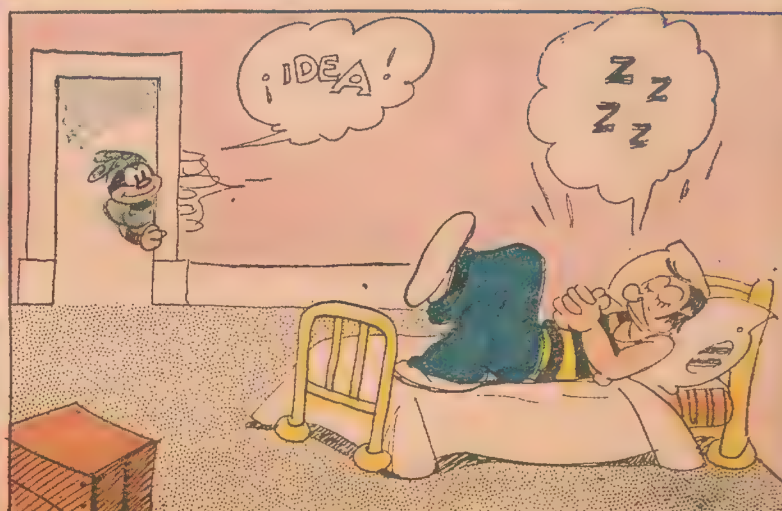




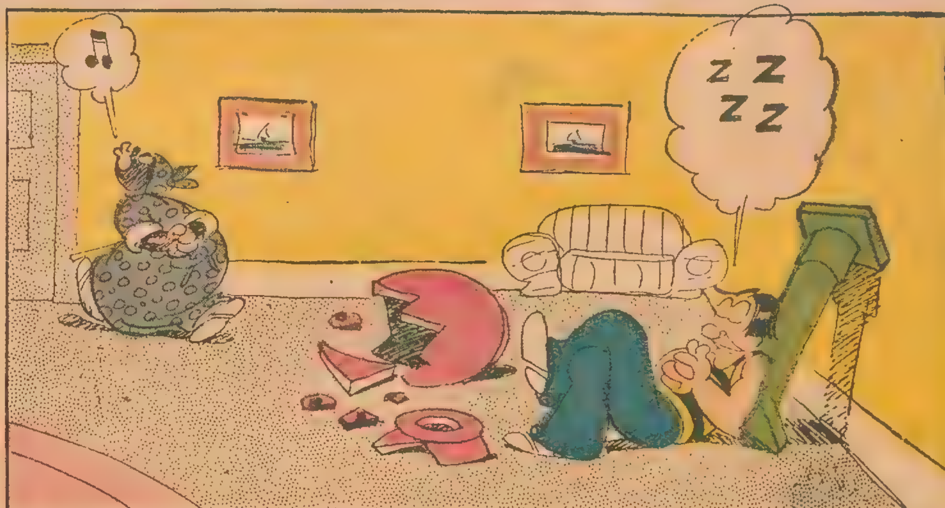




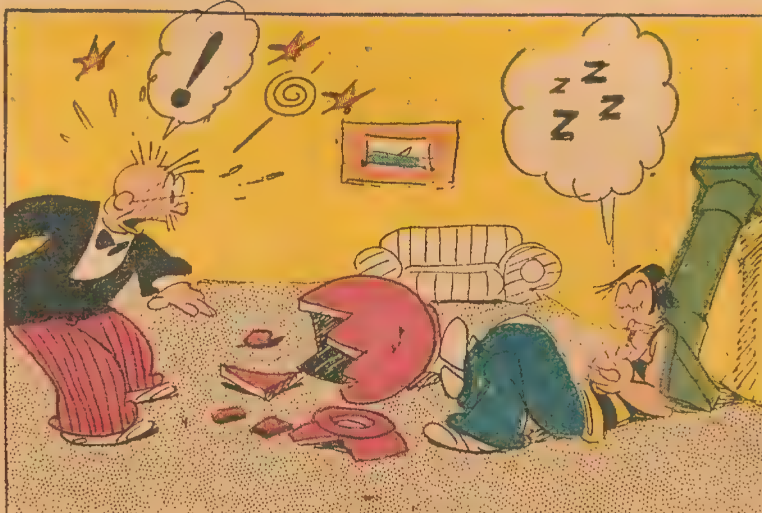














Un ROBO en el TREN

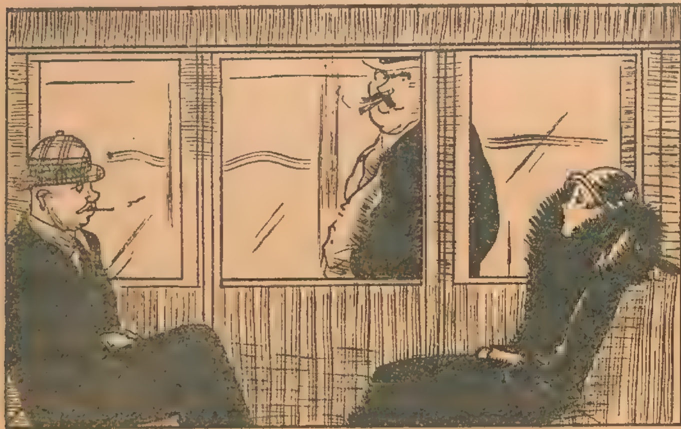
Cuento policial de
JOHNSON Y PALMER

CARLOS Marana no tenía ninguno de esos defectos tan molestos que hacen que el juego de barajas sea el comienzo de tantas discusiones violentas. Él nunca hacía comentario alguno, ni discutía si podía o no haber obtenido mayores ventajas, ni tampoco trataba de exponer su punto de vista sobre la forma más o menos conveniente de jugar primero una baraja u otra. Igualmente evitaba toda contestación cuando otro de los jugadores exponía su punto de vista, y esta forma de proceder siempre había sido ventajosa para él. Lo que hay que considerar es que Carlos era un jugador profesional, y que se dedicaba a explotar jugadores novicios. Pero no hacía falta que sus víctimas sufrieran de miopía, porque él poseía los dedos más ágiles y rápidos que es posible imaginarse. Además, como tanto él como su compañera Ethel tenían muchos deseos que satisfacer, no es de extrañar que Carlos hubiera hecho un aprendizaje profundo con sus dedos ágiles, a fin de poder manejarlos a su antojo.



Carlos Marana viaja en un coche de ferrocarril con rumbo a Chicago. En una estación de tránsito debe reunirse con él Ethel, su compañera de vida y de fechorías. Pero de pronto Carlos descubre en su mismo coche la presencia de un detective que, tanto a él como a ella, les sigue los pasos. Considerando que su encuentro con Ethel puede perjudicarles, desciende antes de llegar a la estación donde ella debe subir, dejándole en el coche un mensaje. Más adelante, ya Ethel en el coche, se apodera de un anillo de brillantes de una viajera. Interviene el detective; la revisa, la arresta, y el anillo no aparece ni Carlos da señales de vida. Ahora bien: ¿cómo llegó a las manos de ella el mensaje? ¿De qué medios se valió Ethel para apoderarse del anillo sin ser descubierta? He aquí el gran interrogante planteado.

Ethel, a pesar de ser algo gruesa, llevaba con bastante gracia los vestidos y las joyas que Carlos adquiría. Ella le prestaba ayuda eficaz en muchas de sus actividades, pero no le era posible, al parecer, dejar del todo sus antiguos hábitos. En las esferas policiales ella tenía ya cierta fama, como podía atestiguar su enorme suerte, pues la policía nunca había podido obtener prueba alguna para arrestarla. Ahora, con el cambio de actividades de Carlos y con la mejoría de su situación, le hubiese sido muy conveniente abandonar tales hábitos, lo que aparentemente le resultaba imposible. Siempre que regresaba a su casa, acostumbraba traer algún botín: relojes o cadenas de todos los estilos, carteras, etc. Y Carlos más de una vez había tenido dificultad para deshacerse de estos objetos.



Regan se quedó muy sorprendido al ver que Ethel subía sola y que se sentaba en el asiento frontero del alemán gordo.

Un día de julio, en que los habitantes de Nueva York se quejaban de la elevada temperatura ambiente, y que para Carlos la ciudad resultaba peor que una estufa, dirigióse éste a la estación Central para tomar el tren para Harmon, en donde lo estaba esperando Ethel. Cuando el tren ya había pasado la estación Tarrytown, Carlos se levantó lentamente y con un diario bajo el brazo se dirigió al coche comedor, pues le molestaban los ronquidos de su compañero de viaje, un señor gordo, aparentemente alemán, elegantemente vestido y que ostentaba un pesada cadena de oro, de la que pendía una medalla y una hermosa figurita de marfil.

Cuando Carlos llegaba al final del coche, algo atrajo su atención y lo hizo detenerse de inmediato. Automáticamente llevó las manos a los bolsillos, como si buscara algo, y cualquiera que lo hubiese observado, con seguridad que hubiera creído que se trataba de un señor que había extraviado su cigarrera u otro objeto. Lentamente se volvió y regresó a su asiento. Lo que Carlos había visto, y que lo hizo detenerse instantáneamente, eran una espalda ancha, una nuca, una oreja aplastada, casi pegada a la cabeza y un sombrero que le resultaban sumamente antipáticos y que él no hubiera deseado volver a ver en toda su vida, pues no pertenecían a otro que al sargento Regan, de la Policía Secreta de Nueva York.

Volvió Carlos a sentarse frente a su compañero de viaje y desdobló el diario para poder ocultar la cara y no ser descubierto por Regan. La rabia le hizo murmurar unas cuantas maldiciones; pero al rato se calmó y se dió a cavilar en cómo poder salir de esa situación molesta. La estación siguiente era ya Harmon, y Ethel subiría para encontrarse con él. Era completamente necesario que él abandonara el tren, pero no creyó justo que Ethel tuviera que atormentarse durante el largo viaje hasta Chicago, al no encontrarse con él, según habían convenido. Por otra parte, él no podía correr el riesgo de comunicarse con ella. Él debía dejar el tren sin que Regan se apercibiera y antes de que parara en Harmon. Ethel debía ser notificada. Pensó que, después de todo, era una suerte que él no hubiese ido el día antes a Harmon para buscarla a ella y seguir viaje en ese tren, porque en ese caso Regan los hubiese visto. En su desesperación comenzó a observar a los demás viajeros, para ver si así encontraba una solución para su asunto. El camarero no debía ser tomado en cuenta; con seguridad que lo conocía a Regan. Además, había una señorita con aspecto arrogante para quien con seguridad todos los otros pasajeros no existían; dos señoras charlatanas acompañadas de un niño de cuatro años; dos jovencitos, propablemente estudiantes, que estaban muy entretenidos en leer las últimas noticias de una revista gráfica, y varios pasajeros más que tampoco podían ser considerados. Por fin Carlos tuvo una inspiración. Rápidamente arrancó una hoja de su libreta de notas, escribió unos cuantos renglones para Ethel, y la colocó en un lugar en el que él no dudaba que Ethel la encontraría. Después de esto le quedó justamente el tiempo necesario para saltar del tren antes que éste entrara en la estación de Harmon y Regan se dispusiera a prestar atención, pues él, sin duda, esperaba que Carlos subiera con Ethel en Harmon.



Lo que Carlos había visto, y que lo hizo detenerse instantáneamente, eran una espalda ancha, una nuca y una oreja aplastada.

Al parar el tren, Regan se quedó muy sorprendido al ver que Ethel subía sola, y que se sentaba en el asiento frontero al del alemán gordo que aún seguía durmiendo. Inmediatamente decidió telefonear al Departamento Central de Policía. Se le informó desde allí que Carlos había sido visto en la estación Central del ferrocarril y que había subido en el mismo tren en que viajaba él. Esta noticia dejó como atontado al detective. No quedándole otro remedio, decidió que lo mejor sería seguir a Ethel. Pensó que Carlos estaría obligado a comunicarse tarde o temprano con ella.

Cuando regresó al coche, halló a Ethel leyendo tranquilamente una revista de cine. Ethel no se movió de su asiento hasta que el tren hubo pasado Pough. Regan, que no la perdía de vista, la vió entonces levantarse y dirigirse al lavatorio, en el cual acababa de entrar la señorita de aspecto arrogante. Como momentáneamente se encontraba fuera de su jurisdicción, Regan decidió hojear "La Vida de París", revista que había comprado esa mañana, pero que aún no había tenido tiempo de leer. Su tranquilidad no duró mucho, pues apenas habían pasado unos minutos cuando lo llamó el guarda del tren, que lo conocía.

—Dos señoritas —le dijo— están ahí, en el lavatorio. Una de ellas —continuó— se había quitado un anillo con brillantes para poder lavarse mejor las manos, mientras que la otra se enjuagaba en el otro lavama-



—Supongo que el señor detective no tendrá inconveniente en que lleve mi peine y mi jabón.

(Continúa en la página 39)

EL HERÓE ANÓNIMO

(Continuación de la página 11)

mes, y el jefe pidió a Peña que partiera de nuevo.

— Es una imprudencia — dijo Aurelia. — Debieran ir una sola vez.

— No temas...

—Parte, pues es tu deber, parte, pero no estoy conforme — dijo ella, serena y firme.

Así, un poco contrariados, un poco tristes, la despedida fué honda, y Peña, asomado a la ventanilla, la siguió mirando hasta mucho tiempo después de perderla de vista... había quedado flotando ante sus ojos...

El viaje fué muy feliz, sin un inconveniente ni demora. Llegó a Santiago, estuvo con Darré, y, en fin, todo marchó en forma regular.

A los cuatro días, llevando nuevas cartas sobre el pecho, emprendió el regreso.

Transcurrieron diez, quince, veinte días...

— Debe haberle ocurrido algo — dijo Aurelia al jefe del correo, a quien fué a pedir noticias.

— Creo que no... Peña es muy prudente. Hoy sale otro correo que lleva encargo de averiguar. Quizá alguna tormenta lo haya obligado a tomar una ruta extraviada. Esperemos diez días más.

Aurelia, fuerte, como le prometiera a Carlos, aguardó en silencio; al cabo de doce días fué a ver al jefe, con quien se encerró en su oficina.

— Tengo la convicción de que Peña ha sido muerto — le dijo, muy dueña de sí misma. — Bien, yo quiero reemplazarlo.

El jefe la miró atónito.

— Sí, no se alarme; estoy en mi juicio. Así como mañana iba a compartir la vida de mi esposo, tengo hoy derecho a compartir la de mi novio y continuarla. Tenga confianza en mí.

Aquello fué dicho tan sencilla y noblemente, que el jefe se convenció.

— Bien, señorita — le dijo.—De aquí seis días usted partirá como una simple viajera.

A la mañana del sexto día Aurelia partía para Chile; sólo el jefe de correos fué a despedirla.

En Zanjón Amarillo tomó al guía Nicasio, que tanto le elogiara Peña, y con buena fortuna hizo el viaje hasta Caracoles.

En Santiago se hospedó en el hotel Central y luego de pasear durante una semana, pasó por la legación, dejó su correspondencia y tomó otra, y sin prisa, como viajera que hace su gusto, regresó para la fecha que había indicado al guía Nicasio estuviera en Caracoles.

Algo llamaba la atención que una mujer tan joven, acaso tendría veintitrés años, viajara sola; pero bastaba ver su aire resuelto y enérgico para tener la explicación.

En Caracoles montó en mula y emprendió el regreso. Por sus ojos habían pasado el enorme panorama andino, cosas y hombres como en una fuga; mas sin darle un indicio de su novio. Esa doble vista del corazón o del espíritu, ese algo que está fuera de nosotros, le hacía buscar como seguro *el lugar en que había caído Peña.*

Precipicios, barrancos, cumbres, recodos, todo lo había escrutado. Y, sin embargo, Peña debía, *había* muerto.

Su mula seguía muy despacio al guía, quien, de tiempo en tiempo, se detenía a aguardarla.

— A este paso nos va a tomar la noche en el camino — le observó aquél — y tendremos que ganar un refugio.

— Eso no me alarma... Quiero mirar bien todo esto.

— Si es así, haremos noche en el primer refugio, y mañana de madrugada seguiremos viaje — dijo el guía.

— Me parece muy bien — aceptó Aurelia.

Al tardo paso de las mulas llegaron al fin al refugio. Una vez todo arreglado y cociéndose al fuego un pedazo de charqui, viajera y guía se trabaron en charla.

— Diez años de guía. ¡Qué enormidad! ¡Las cosas que habrá visto!...

— Sí, patroncita, cosas muy bravas...

— Grandes tempestades...

— ¡De todo! ¡De todo! Y más de una vez he tenido miedo, pero...

— ¿Por qué sigue con el oficio?

— Por mi mujer y mis hijitos. Tengo dos hijitos que quiero mucho.

Aurelia sacó de su maletín un frasco de ginebra.

— Beba un poco — le dijo. — Esto templa el estómago.

El guía alargó la mano y se contuvo.

— ¿Qué le pasa?

— Es que, ¿sabe, patroncita?, en cuanto bebo, parece que me hiciera mal...

— ¡No haga caso! Beba poco, en paz.

Y le ofreció de nuevo el frasco, que el guía tomó de mala gana, bebiendo un trago.

Cuando el charqui estuvo cocido, el frasco tenía una cuarta parte de ginebra; el guía se lo había bebido, pues Aurelia hacía buches que luego escupía.

— Usted debe haber visto cosas terribles — le dijo Aurelia, distraída, comenzando a comer.

— Sí, sí... Algunas — dijo el guía, en quien la bebida había hecho estragos. — Hará dos meses... ¡Diantre! Pero a usted ¿qué le importarán esas cosas?

— Cuénteme; así pasa más pronto la noche. ¿Hará dos meses hubo algo terrible?

— ¡Sí tal! Pero no tan terrible. Dos espías peruanitos tuvieron que *perderse* en el camino. Yo me les desaparecí... y... se perdieron. Aquí es muy fácil perderse, patroncita.

Aurelia sintió un escalofrío.

— Sí... Naturalmente — dijo con calma.

— Hay que servir al gobierno; de no, no podemos ser guías...

Aurelia le dió más bebida, pero el guía ya no la necesitaba.

— Hay que servir al gobierno — repitió, pensativo. — ¡Lástima que a veces sea un poco duro!...

— Duro, ¿por qué?

— Es duro... Ese mocito que se me había hecho tan simpático... ¡Qué lástima! ¿No?

— ¿Se perdió también?

— No, no. Esto fué terrible, como usted dice, patroncita. Lo tuve que empujar en un mal paso, cerca de Las Cuevas... Y allá se fué...

Aurelia, serena, con una tranquilidad prodigiosa, le dió más de beber.

— Un cuyano menos — dijo, como para sí.

— Era bueno el mocito. Le cobré simpatía. Y mire: cuando vi que estaba bien muerto el pobrecito, antes de arrojar al barranco su equipaje abrí su maleta y le saqué este pañuelo para recuerdo... — Y le enseñó un pañuelo blanco, con las iniciales "C. P." bordadas en un ángulo.

Aurelia examinó detenidamente el pañuelo, interesada en el bordado.

— ¡Pobre mocito!... — murmuró el guía.

No pudo decir más. En el instante que tendía la mano para tomar el pañuelo, ella, de un salto le clavó un puñal en el pecho. El guía quiso incorporarse y cayó al suelo.

Aurelia salió a respirar al aire libre.

Al amanecer montó en su mula y la dejó que la llevara.

Llegó a Mendoza.

Al descender del tren, miró hacia todos lados, como si hubiera perdido el rumbo, y descubriendo a un cochero amigo, lo llamó:

— ¡Al correo!

Entró directamente en el despacho del jefe, al que se quedó mirando agobiado sobre su trabajo. Aquél alzó los ojos, y al verla se incorporó lentamente.

Aurelia desenvolvió un paquete que llevaba y se lo presentó: era el puñal con que mató al guía.

— Peña..., ¿se mató?

— No. Lo mataron. ¡Y ya está vengado! — dijo con voz segura. — Tome todo esto, y... ¡adiós!

Dejó sobre la mesa el puñal y las cartas que trajera y se marchó.

Poco tiempo después Aurelia entraba de novicia en un convento.

Y sobre el escritorio del jefe del correo, por muchos años, hasta ayer, que yo lo vi, quedó el puñal, aquel puñal que vengó por mano de mujer la muerte de uno héroe.

FIN

¡HOLA!...



¿Con quién hablo?

Fifí. — No puede ser otra cosa que broma telefónica.

Lucio. — ¿Broma? Es preferible llamarle feliz casualidad.

Fifí. — Es usted inoportuno para usar ciertas palabras. Es la tercera vez que le llama "felicidad" a cualquier cosa.

Lucio. — ¿Cree usted que esta ligada telefónica es cualquier cosa?

Fifí. — No; es "ligada telefónica".

Lucio. — Que puede traer felicidad...

Fifí. — ¿Qué es felicidad?

Lucio. — Para mis oídos: su voz. El juego de frases huecas que su nerviosidad se empeña en formar. Felicidad: esta hora de atardecer en que se escuchan palabras de la mujer desconocida, llenas de encanto, de sugestión, de "atardecer".

Fifí. — Jamás entendí la charla telefónica con desconocidos. ¿Si yo, por ejemplo, fuera vieja?

Lucio. — Aseguro que es imposible.

Fifí. — ¿Quién lo dice?

Lucio. — Su defensa, su prevención para escucharme. Una mujer vieja cerraría los ojos para dejarse arrullar; mentiría juventud para no romper el embrujo. Tú te defiendes, porque sabes que me conocerás algún día...

Fifí. — ¡Cómo corre en el tratamiento!

Lucio. — Hoy o mañana..., lo mismo da. Hace hora y media que charlamos. Es como si fuéramos viejos amigos.

Fifí. — Y a propósito... Faltan diez minutos para marcharme.

Lucio. — ¡No te irás así! ¡Debes darme el número!

Fifí. — ¿A un desconocido?

Lucio. — ¡Tontuela! ¿Quién es el desconocido?

Fifí. — ¡Usted!

Lucio. — Sabes que mientes. ¡Cuántas veces has soñado conmigo en tu sueño de diez y nueve años!...

Fifí. — **(Interrumpe.)** Diez y ocho.

Lucio. — **(Ríe.)** En cualquier circunstancia de la vida, las mujeres están alerta a los números, ¿eh? Es una experiencia que no falla nunca!

Fifí. — ¿La probó en muchas?

Lucio. — No importa en cuántas. Importa que ya tengo un dato tuyo por tu propia boca.

Fifí. — Confieso que la audacia y el tono me agradan.

Lucio. — Y te agradaré yo, no dudes. ¡No te rías, no es jactancia! Se me van de las manos las ternuras que tenía reservadas para una mujercita como tú.

Fifí. — ¿Qué sabe de mí, señor pretencioso?

Lucio. — Menos tu nombre y tu número telefónico, todo lo demás. Eres mujer que se conoce en menos de hora y media, eres...

Una voz de mujer. — **(Interrumpiendo.)** ¿Plaza 00943?

Fifí. — **(Nerviosa.)** No señorita, corte.

Lita. — Déjate de pavadas, Fifí. ¡Como si no te conociera la voz!

Fifí. — Está mal, señorita.

Lita. — Bueno, hijita; no tengo humor ni tiempo de bromas. ¿Vas o no al baile esta noche?

Lucio. — No irá.

Lita. — ¿Quién es usted?

Fifí. — Un ligado, no hagas caso.

Lita. — ¿Vas o no vas?

Lucio. — No va.

Fifí. — Y "el hombre" "ése", tiene razón: no voy.

Lita. — ¿Pero estás loca? ¿Por qué no vas?

Lucio. — Porque yo la llamaré a Fifí por teléfono.

Lita. — Déjese de hacer el gracioso, ¿quiere? Estoy apurada.

Fifí. — Bueno, corta, Lita. Después te explicaré mi negativa

Lita. — **(Violenta.)** ¡Vete al diablo! **(Corta.)**

Fifí. — ¿Está contento?

Lucio. — Fifí... ¡Qué mal suena! Hasta para los sobrenombres hay que dar el frente... Yo te diré directamente: ¡Gatita!

Fifí. — ¡Muy bonito!

Lucio. — ¡Muy mimoso! Escucha... Ya te tengo al alcance de la mano como si te acariciara. ¿Irás al baile?

Fifí. — No iré.

Lucio. — Lo sabía, tesoro. ¿No sientes nada?

Fifí. — Deseos de no romper el embrujo, deseos locos de que todo sea verdad. Y... me voy, se hace tarde.

Lucio. — ¿Hasta luego?

Fifí. — Hasta cuando quieras. ¡Que no se rompa el embrujo!

La TELEFONISTA INDISCRETA

NUESTRO

LA MUJER

NOVELA de

HAROLD MAC GRATH

RESUMEN DE LO PUBLICADO

En un hotel cerca del pintoresco lago de Como ha ido a refugiarse Giácomo, perseguido por la justicia. Trabaja desempeñando las tareas más humildes. Llega una mujer muy bella, cuyo nombre se ignora, y que Giácomo cree haber visto en otra parte, aun cuando no recuerda dónde. Al propio tiempo se siente atraído hacia ella por un sentimiento que él mismo no se explica si es amor. Hasta que un día, hojeando una revista, Giácomo descubre que la desconocida no es otra que la famosa cantante Sally Stilwell. Ella abandonó sus compromisos teatrales y al hombre con quien iba a casarse. Una noche, embriagada por la belleza del lugar, Sally, sin darse cuenta de lo que hace, comienza a cantar, y Giácomo, sugestionado, inconscientemente, también canta, con una voz que sorprende a la diva. Llega el momento de las intimas confidencias: Giácomo le confiesa a Sally que tuvo un incidente con un hombre y lo golpeó gravemente. Ella le propone huir y burlar a las autoridades con el pasaporte de su chauffeur, cambiando las fotografías. Cuando ambos se han alejado del hotel y van a subir al bote que los pondrá en salvo, aparece la princesa. Tienen un momento de indecisión; pero Giácomo comienza a remar briosamente y se alejan del lugar. Mientras tanto, el "profesor" Wilson, que es un detective norteamericano, recibe un telegrama que dice: "Fuera de peligro", y se traslada inmediatamente a un hospital de Milán, donde se encuentra Mattioli, que fué herido por Giácomo. Wilson le ofrece a Mattioli una suma de dinero para que le firme un documento como declarándose culpable del incidente en que resultó herido. Mientras tanto, Sally y Giácomo pasan la frontera y llegan a territorio suizo. Pero Sally tiene un contratiempo al encontrar dentro de una valija de su equipaje las joyas que le había regalado su novio, a quien había abandonado en vísperas de casarse. Ella había encargado a su sirvienta que se las devolviera, pero ésta no había cumplido la orden. Los fugitivos, Sally y Giácomo, continúan su viaje, y ahora con rumbo a París. La cantante simpatiza cada vez más con Giácomo. Detienen la marcha para comer, y cuando lo están haciendo, llegan Jorge y José el pugilista, quienes los descubren, aun cuando ellos se ocultan y tienen el propósito de seguirlos para darles caza más adelante. Giácomo le confiesa a Sally que el motivo del incidente que él tuvo con Mattioli, que resultó herido, fué una bailarina. Giácomo, con objeto de desilusionarla le cuenta todos estos pormenores; pero Sally lo ama a pesar de todo. Llega la pareja a un hotel y se disponen a pasar la noche. Jorge y el ex pugilista, que la han venido siguiendo se introducen en el establecimiento, golpean a Giácomo y lo secuestran en una habitación. Sally ignora la suerte de su compañero, pues se halla en otra habitación Jorge llama a su puerta, y ella, no reconociendo su voz, queda sorprendida al encontrarse frente a él, quien le dice que viene a vengarse. Sally, en un arranque de valentía, se apodera de un candelero y con él golpea a su implacable perseguidor.



Giácomo tiró al aterrado posadero sobre una silla, e iba a salir de la habitación, cuando Sally, que había presenciado la escena, se encaró con él hecha una furia.

CAPITULO XIX

Al tratar de esquivar el golpe, Anthony volcó la mesa y la botella. Había visto el objeto en la mano de Sally, pero no fué lo suficiente ligero para esquivar el golpe. El candelero cayó fuertemente sobre su brazo. Sin embargo, no tardó en reaccionar. Sally, que se le había acercado, lo golpeaba en las manos y en la cabeza con sus puños cerrados y con una rapidez espantosa; pero el pugilista, que seguramente estaba afuera en acecho, apareció en la habitación en el momento que Sally, habiéndose posesionado nuevamente del candelero, golpeaba a Anthony sin compasión. El pugilista se acercó sin perder tiempo y la tomó por los brazos. Entonces Anthony la sacudió hasta que ella soltó el candelero.

—¡Bestia! ¡Bestia! — rugía ella.

De un puntapié arrojó Anthony el candelero hasta la puerta, y luego la soltó. Sally se sentó nuevamente en la silla, vencida. Y la amargura de su derrota no era por la victoria física de él, sino por reconocer que la culpa era de ella, pues había querido su dinero, y ahora él soplaría su reputación como se sopla una pluma de la palma de la mano.

—Voy a hablarle una vez más — dijo ella, tratando desesperadamente de encontrar aliento. —¿Han lastimado ustedes a ese pobre chauffeur?

Anthony se echó a reír.

—No. Está atado y amordazado en otro lado, y si el dueño de la posada llega a encontrarlo, no pensará de mí sino que soy un marino indulgente. Lo que hubiera podido ser quizá...

Puso su silla contra la puerta y encendió un cigarrillo.

Desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana, en total ocho horas, el hombre no cerró los ojos un momento, llenando la habitación con el humo de sus interminables cigarrillos. De tiempo en tiempo, Sally parecía quedarse aletargada, dominada por el sueño, pero cada vez que él se movía en la silla, ella abría los ojos.

Los primeros rayos de sol acariciaron sus párpados. Sally bostezó, y al tratar de estirar un poco su cuerpo, cayó al suelo. Ni aun entonces despertó bien del todo. Pero al mirar a su alrededor y ver la mesa caída, su mente pareció salir del letargo en que se encontraba. Al moverse para incorporarse, su mano tocó algo frío. Era una llave. Al lado de ella estaban un candelero y una pistola automática. Con un grito sofocado, se puso inmediatamente de pie.

Estaba sola; la puerta se hallaba abierta de par en par. Anthony se había ido. Inspeccionó la llave: número 7, la llave de la habitación donde Giácomo estaba prisionero. Sin vacilar un instante, fué corriendo. Lo encontró dormido en el suelo, el cuerpo torcido y en una posición desastrosamente incómoda, tal vez la más incómoda que se le ocurrió al malvado que lo había hecho. Le arrancó el pañuelo con que había sido amordazado y las sogas que rodeaban su cuerpo. El rodó por el suelo y se quedó dormido otra vez. Sally lo tomó por los hombros y lo sacudió.

—¡Jack!

Empezó a darle masajes en los brazos, y hasta llegó a pegarle fuertemente. La circulación de Giácomo estaba casi paralizada. Trató de sentarlo, pero él volvió a rodar por el suelo. Después de unos diez minutos consiguió que se incorporara, y entonces, tomándolo de un brazo, comenzó a pasearlo de un

FOLLETIN

QUE HUYE

lado al otro de la habitación.

—¡Dime lo que ha hecho ese gran canalla! —le inquirió él con dificultad, como si le costara trabajo pronunciar las palabras.

—El hombre que tenía delante me golpeó en la obscuridad. Antony, pues yo sabía que era él, estaba detrás de mí. ¿Qué es lo que ha hecho?

Brutalmente la tomó de los hombros.

—¡Pronto! ¿Qué es lo que ha hecho?

—Nada, Jack; salvo tenerme toda la noche encerrada en mi habitación.

—Y él, ¿dónde estaba?

—Conmigo. —Sally pensó que era mejor no ocultar la verdad; después de todo, estaba obligada, tarde o temprano, a pasar la vergüenza de haber estado toda la noche sola con un hombre dentro de una habitación de hotel. —¿Me entiende, usted?

—Sí —contestóle Giácomo, cuya voz iba paulatinamente adquiriendo sonoridad.

—Estuvimos toda la noche juntos, pero él ni siquiera trató de tocarme. Le dijo a la gente de la posada que yo era su esposa y que había huído con usted. Dentro de pocos días todo París lo sabrá. ¿Comprende usted? Mi reputación estará por el suelo cuando yo llegue allí... Salgamos en seguida de aquí. No intente nada, pues probablemente lo único que conseguirá es que los sirvientes lo pongan en la calle. El fué demasiado listo para mí, Jack, pero lo hecho ya no tiene remedio.

—¡Lo mataré!

—Entonces le creerán su historia... ¡Oh, Dios de mi alma! —exclamó ella.

—¿Qué le pasa?

—¡Las joyas, las joyas de él! Pensé tirárselas a la cara.

—Yo haré eso —contestóle Giácomo, riendo, pero el sonido de su risa hizo a Sally helar la sangre en las venas.

Cuando Giácomo se sintió repuesto del todo, tomó el equipaje, y llevándolo abajo, lo acomodó en el auto. Por la expresión de su cara se sabía que Giácomo no se sentía muy feliz. En la habitación de Sally había descubierto los rastros de la lucha: la mesa caída, los vidrios rotos y el candelero sobre el piso.

Al entrar nuevamente en la posada, encontróse con que Sally se retiraba del escritorio. Terminaba de abonar la cuenta y estaba guardando el vuelto en su cartera, cuando Giácomo observó que el propietario hacía un ademán muy sugestivo con las manos, dando a entender que estaba contento de sacarse esa basura de allí.

—El auto está junto al garage —díjole Giácomo. —Estaré en seguida con usted.

La sangre se le había subido a la cabeza a Giácomo; veía rojo. Con gesto amenazador se dirigió al escritorio. El dueño de la posada lo acogió con mal disimulada insolencia. Ese fué su error. Giácomo se adelantó inesperadamente, tomó al posadero por las solapas del saco y de un solo tirón lo obligó a ponerse de pie, frente a frente. El posadero, muerto de terror y cubierto el rostro de una palidez intensa, trató de forcejear débilmente.

—¿Habla usted francés? —le preguntó Giácomo.

—¡Sí!... ¿Cómo se atreve usted?... La policía...

—Cállese. Esa dama no es casada. Usted no le hizo ninguna pregunta; solamente aceptó la palabra de un canalla. Ella es la señorita Sally Stilwell, de la Opera Comique de París, y ese hombre la ha estado persiguiendo tenazmente. Ella huyó de París con el sólo objeto de esquivar su fastidiosa insistencia... Su participación en ese ultraje ha sido la de encubridor. ¿Le probó acaso ese hombre que ella era su esposa? No. Le dió una buena propina. Monsieur, por esto usted perderá su patente. Yo volveré por aquí.

Giácomo tiró al aterrado posadero sobre una silla, e iba a salir de la habitación, cuando Sally, que había presenciado la escena, se encaró con él hecha una furia.

—¡Pedazo de imbécil! Y si se le ocurriera llamar a la policía, ¿qué sucedería? ¿Nos creerían a nosotros o a él? ¿No le parece que ya he tenido que soportar bastante?

—Mi querida niña, ¿qué clase de hombre le parece que soy yo? ¿Qué fué lo que ocurrió en aquella habitación, con la mesa volcada y los vidrios rotos? Se vió usted en la necesidad de luchar con él, ¿no es así?

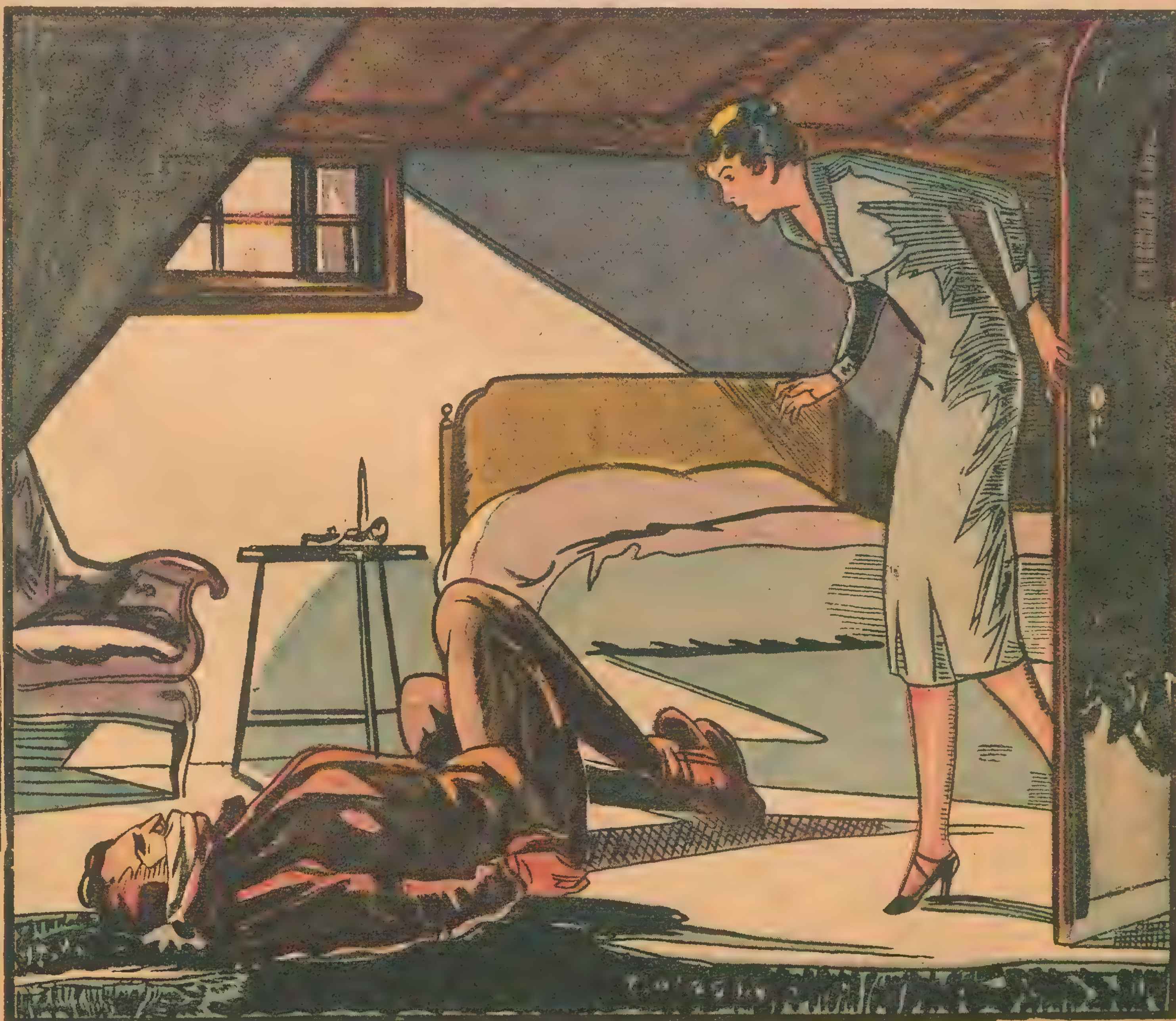
Y la furia que Giácomo experimentaba en ese momento era igual o mayor que la que la misma Sally sentía.

—Traté de matarlo, primero con mi revólver, luego con el candelero. De no ser así, él ni siquiera me hubiera tocado.

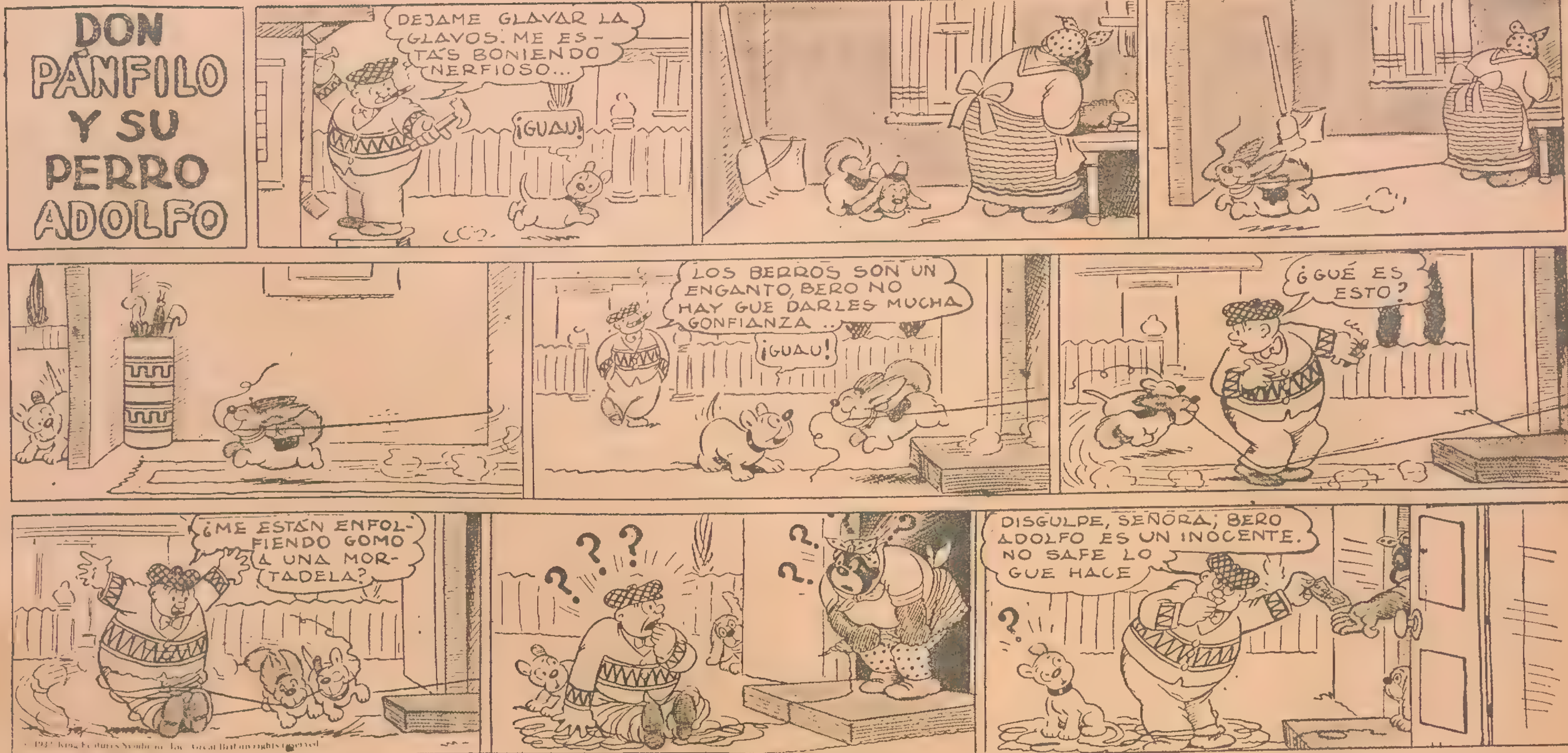
—¿Trata de defenderlo?

Por toda respuesta, Sally le aplicó una sonora cachetada en la mejilla. Instantáneamente después se apoderó de las manos de él con humildad.

—Le juro que no he querido hacer eso, Jack! ¡Estoy loca! ¡Estoy loca al pensar que en París no querrán creerme la verdad! No tardarán mucho en olvidarlo, quizá una semana nada más, pero yo estaré observando, observando siempre las señas equívocas y las miradas que se cruzarán a mi paso. Será una vida horrible, tratando siempre de adivinar en cada persona un gesto picaresco o una sonrisa burlona. ¡Es intolerable! Lo único que nos quedaba que hacer era salir de esta posada lo más dignamente posible, y usted lo ha echado todo a perder. Lamento haberlo golpeado; no fué esa mi intención. Son mis nervios. ¡Por favor, pronto! Lléveme al auto antes de que quede aniquilada



Lo encontró dormido en el suelo, el cuerpo torcido y en una posición desastrosamente incómoda, tal vez la más incómoda que se le ocurrió al malvado que lo había hecho.



por completo o vuelva a cometer otra barbaridad.

Diez minutos después el auto corría por la carretera. Sally, sentada junto a Giácomo, lloraba silenciosamente. El se sentía atormentado atrozmente por estarle prohibido el poder consolarla.

—Sally, voy a contarle mi historia. Sé que usted podrá consolarse en parte al conocer la historia de un hombre cuya situación, desde todo punto de vista, es infinitamente peor que la suya. Cuando yo le dije que le rompería los huesos a Anthony, uno por uno, fué solamente para darle a entender el odio que guardo hacia él. El fué quien se encargó de echar a perder mi niñez y mi juventud. Desde muy pequeño tuve que cargar con una maldición: mi timidez. Y ese hombre supo sacar ventajas de esa timidez que envolvía todas mis acciones. Cuando cumplí diez años, mi madre descubrió que yo era poseedor de una exquisita voz. Me hizo entrar al coro. Yo tenía una voz tan poderosa y dulce a la vez, que poco después el director me eligió para solista. Anthony era el encargado de todos los muchachos. A instancias de él, muy pronto los demás muchachos comenzaron a apodarme "Chiquita", cosa que no les fué difícil, pues todos ellos me tenían ojeriza por ser hijo de una princesa italiana.

Sally secó sus lágrimas. Demostró interés por el relato de Giácomo. Hacía tanto tiempo que deseaba oír su historia para descifrar el misterio que ella no dudaba existía en la vida de aquel buen muchacho.

—Las cosas llegaron a un punto tal —prosiguió Giácomo,— que en los bailes infantiles las chicas no querían bailar conmigo, pues sabían que después los muchachos les harían burla. Muchas veces pienso por qué los niños son tan crueles.

—¡Oh! Ya sé cómo son. Continúe.

—El norteamericano que había en mí se rebelaba contra ellos, pero mi corazón se hizo trizas. Mi padre era un hombre muy extraño, y lo es aún. Jamás pude acercarme a él para abrirle mi corazón y contarle mis penas. ¿Entiende lo que quiero decirle?

—Sí.

—Siempre fué cortés y bueno conmigo, pero yo me crié bajo la impresión de que él me repelía por algo que yo no podía comprender. Le juro que hasta el día de hoy no sé los motivos que tenía mi padre para odiarme. No me acuerdo nunca de que me haya dado un abrazo o un beso.

"A medida que pasaba el tiempo, me acercaba más y más a mi madre. Carne de su carne, no pasó mucho tiempo antes de que nuestros espíritus se entendieran. ¿Y quién sino una madre puede leer en el corazón de su hijo? Ella presentía la lucha de mi alma infantil contra la falta de cariño de mi padre y la crueldad de los otros muchachos. Yo sabía que podía matar al dragón del ridículo si hubiera tenido el coraje de hacerle frente a Anthony, aplicándole el correctivo que se merecía. Los otros chicos, ante el ejemplo, cambiarían de parecer y yo sería respetado. Pero mi maldita timidez anulaba todas mis ideas. Un muchacho, después de los primeros años de la infancia, necesita más la educación paterna que la materna. El padre es el que los hace fuertes y les enseña a hacer valer sus derechos; yo, desgraciadamente, carecí de todo eso. Mi padre colocaba siempre una barrera infranqueable entre él y yo, imposibilitándome de acercarme a él.

"El director del coro no sabía nada de lo que estaba pasando, pues de lo contrario sé que me hubiera aconsejado que peleara por mis derechos. Yo no le tenía miedo a Anthony; sólo experimentaba que estando en presencia de él existía un enemigo invisible que me hería a traición. Anthony era más listo que yo en palabras; jamás me atreví a discutir con él."

Sally se había acercado más a él y lo escuchaba con mucha atención.

El continuó:

—Siempre venían músicos a nuestra casa, cantantes y pianistas, y uno de ellos le dijo a mi madre que por ningún concepto me permitiera cantar entre los doce y los diez y siete años. Era posible que yo tuviera una gran voz y no debía correr el riesgo de echármela a perder.

"Por mi parte, yo aborrecía la idea de convertirme en un cantante; con ello no conseguiría sino aumentar el ridículo, pero mi madre se empeñó en ello tenazmente, y como yo la idolatraba, cedí a sus deseos. Fué entonces que intervino mi padre. No estaba de acuerdo con los deseos de mi madre. Primero tendría que graduarme en la misma universidad donde había estudiado él. Después de eso, y una vez cumplidas las tradiciones de la familia, podía dedicarme al canto, si esos eran mis deseos. Bien, después vino la guerra. Mi madre se fué a Italia, instalando un hopital en la villa. Antes de regresar a Estados Unidos, fué condecorada por el rey. Y hablando de la villa, yo puedo alquilarla o arrendarla, pero no puedo venderla sin permiso del gobierno italiano, el cual no me será concedido nunca."

—¿Usted era demasiado joven para ir a la guerra?

—Me enrolé para el campo de entrenamiento, cuando se produjo el armisticio. Fuí a la universidad, pero la maldad de Anthony me persiguió a través del océano. Me llamaban "Chiquita", "Soprano" y "Dago". Todos estos nombres se me pegaron, por no tener el coraje para rechazarlos con los puños, desde el principio. Dos semanas antes de terminar el curso, un día se me acercó el capitán del team de football. Había otros con él. Me tenía rabia porque yo no asistía ni tomaba parte en los partidos, y, por lo general, expresaba sus pensamientos en alta voz. Hacía mucho tiempo que, después de observar detenidamente mi desarrollo físico, me había pedido que formara parte del equipo y que comenzara a entrenarme. En lugar de eso, alquilé una casita fuera de la ciudad y comencé a cultivar mi voz. Aquel día, él me habló así:

"—Muchachos, observen bien a este mamarracho. Cuando durante el otoño pasado necesitábamos desesperadamente el uso de sus fuertes espaldas, se le dió por tomar lecciones de canto. "Chiquita", "Soprano" y "Dago". Ahora hemos encontrado un nuevo apodo que ha de gustarle más: "Cobarde".

"Como usted comprenderá, él no tenía derecho para hablarme así. Entonces yo, fuera de mí, le tiré una trompada que lo hizo rodar por el suelo. Se levantó instantáneamente. Volví a voltearlo de nuevo, y luego otra vez más; en total, tres veces rodó por tierra bajo la presión de mis puños. Me acordaré siempre de aquel hombre con admiración. Después que se hubo levantado, se quedó mirándome largo rato, sosteniendo la mandíbula entre sus manos.

"—Pido disculpas —me dijo.— No sé por qué no ha querido usted formar parte de nuestro team, y le aseguro que jamás nadie ha tenido el valor de tratarme en esta forma. Sé que he tenido una impresión errónea respecto a usted, pero seguramente usted tendrá sus razones. Olvidemos lo ha pasado; me gustaría estrechar su mano, Randolph.

"Nos estrechamos la mano, pero yo sentí en aquel momento unos deseos de abrazarlo y llorar sobre su pecho; sin embargo, contuve el impulso. ¡Había hecho uso de mis puños diez años más tarde de lo que debiera!"

—¡Oh! Lo comprendo, Jack. Yo sé...

—Mi madre falleció poco tiempo después de haber regresado a casa. Después de graduarme, fuí a Milán. Y ahí está toda mi historia.

Tomó una curva del camino, y luego permaneció en silencio. El final no satisfizo mucho a Sally. Había algo más, algo más profundo: la actitud extraña del padre hacia el hijo. Giácomo habría podido ignorar las causas que motivaron la actitud del padre, siendo niño, pero ahora ya no las ignoraba. Era por eso precisamente que se rehusaba a aceptar ninguna ayuda del padre, el cual no lo había ayudado moralmente en sus querellas infantiles. Ya no era Giácomo el que ocupaba el campo del misterio, sino su padre.

—Una mujer bonita tiene también sus pesadillas, Jack —díjole ella.— ¡Los hombres! Aun hasta los mejores se convierten en estorbos cuando una mujer quiere labrarse sola una carrera. Mis antepasados, como ya le he dicho, eran oriundos del Oeste. Dos cow-boys. Si yo hubiera agarrado mi revólver anoche, hubiera matado a Anthony. En un tiempo fuimos muy ricos, pero la civilización vino a interponerse en las actividades de mi abuelo y las invenciones terminaron por arruinarlo. El se negó a marchar con la civilización. Tal vez yo he trabajado demasiado, sin tener momentos de expansión. Lecciones de canto, los ensayos, y el fastidio de alejar a aquellos hombres que me asediaban con ofertas matrimoniales, han terminado por acabar con mis nervios. Hoy me siento desilusionada de la vida. Pero hay una cosa que quiero que usted me prometa, y es que dejará tranquilo a Anthony. Nada bueno resultará de un cambio de golpes de puño; por el contrario, tal vez conseguiría agravar más su situación actual. Prométamelo.

—Lo prometo—mintió él. Tenía que mentir; de otra manera, ella no le entregaría las joyas de Anthony cuando llegara el momento, y sin las joyas, no tendría una excusa para introducirse en el departamento de Anthony. Cuando Sally le entregara las joyas, él tendría un motivo para enfrentarse con aquel canalla. — Lo prometo — volvió a repetirle.

Giácomo sentía aún el cuerpo dolorido. Su almuerzo consistiría exclusivamente en un plato de sopa y otro de verduras. Era un milagro que el golpe recibido no le hubiera roto la mandíbula. Había sido tan fuerte y tan bien aplicado, que los músculos del cuello no habían recuperado aún su lugar del todo. Pero él sabía que podría conducir el auto hasta París sin levantar las manos del volante. Un encuentro cara a cara con George Anthony y después la desaparición de James Wilmot Randolph (hijo). ¿Dónde? El no lo sabía, ni tampoco le preocupaba mayormente.

Cuando llegaron a Lausana, Sally se acordó súbitamente de Francisco, del verdadero Francisco, su chauffeur. Al pensar en él experimentó cierta preocupación. Solamente su tía estaba enterada de su paradero. Encontrándose con que su pasaporte y sus papeles habían desaparecido, eran lógico suponer que Francisco se sentiría preocupado y que inmediatamente daría aviso a las autoridades, en la imposibiladad de poder comunicarse con su patrona.

A la tarde ya se divisaban las montañas de Jura, y la preocupación secreta de Sally iba tomando cuerpo a medida que iban dejando atrás, kilómetro tras kilómetro. Todo resultó bien en la frontera suiza, pero cuando Giácomo entró en la francesa, las manos de Sally comenzaron a humedecerse.

Giácomo parecía demorarse mucho allí. En estado de suma nerviosidad, vió que el empleado de guardia salía del edificio y se acercaba a su coche. En una de sus manos tenía el pasaporte falso. Sally pensó en sus abuelos.

— Su pasaporte, por favor, señorita.

— ¿Hay algo mal? — le interrogó ella con calma.

— ¿Este hombre es Francisco Gaudet?

— ¡Naturalmente!

— ¿El chauffeur a su servicio, señorita?

— Sí, señor.

— Aquí hay algo extraño.

— ¿Qué es lo que hay de extraño?

— Que este pasaporte ha sido dado como perdido o robado. Esta mañana recibimos el aviso.

— Pero debe haber algún error, seguramente — respondióle Sally sin pestañear.

Se acercaron dos empleados más. Sally los miró. Sus rostros eran graves y severos. ¿Qué querrían?

— Permítame ver el pasaporte de la señorita.

Sus ojos de lince miraban de un lado al otro, del pasaporte a la cara de Sally, y viceversa.

— Es la misma. Es mademoiselle Stilwell, de la Opera Comique. El invierno pasado la oí cantar en "Manón". Seguramente debe existir algún error en París.

Sally sintió unos deseos locos de besarlo; sin embargo, se contuvo y ni siquiera movió un músculo de su cara.

— Me es imposible poder comprender el error — dijo la joven bajando del coche.

— ¿Así que usted me oyó cantar en "Manón"?

— Sí, señorita, y puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que usted posee una de las voces más divinas que jamás he oído.

— Bien. Entonces me será muy grato cantar una romanza para usted.

Ante el hechizo de aquella voz, la oficina quedó completamente vacía.

Cuando ella terminó de cantar, se hizo un silencio profundo. En todos los rostros estaba pintado el respeto y la admiración que les produjo aquella magnífica voz de soprano. Sally misma se sentía algo cohibida por ese silencio que era para ella el más grande de los homenajes. El empleado se inclinó y le besó la mano.

Después se atusó el bigote cano y escudriñó el cielo, que ya comenzaba a teñirse con las tonalidades del crepúsculo. Nada le importaba que quizá al día siguiente perdería su puesto de encargado, después de los largos años que había batallado para conseguirlo. Veinticuatro horas de guardia le aguardaban aún, rígidas, inexorables, inhumanas; después quedaría en la calle. Sin embargo, se propuso correr el riesgo. Una hermosísima y famosa "prima donna", un joven desconocido de buena cuna y educación. Nada que indicara algo criminal, pero sí mucho que indicaba un romance...

No obstante, el lente había señalado bien claro la substitución de la fotografía en el pasaporte. Peso, altura, el color de los ojos, iguales a los que indicaba el pasaporte, y, sin embargo, ese joven no era Francisco Gaudet. Su francés era impecable, mas no podría confundírsele con un nativo. Tendría que dar aviso de la presentación del pasaporte. Afortunadamente, la comunicación recibida no daba otros detalles que los de haber sido perdido o robado. Esa joven había llevado el pasaporte a Italia para el uso de aquel muchacho. Si todo hubiera ocurrido el día anterior, no hubiese dado más que un vistazo al pasaporte. Comenzó a caminar de un lado al otro a lo largo del coche. Sally aguardaba con el corazón en la boca; Giácomo, a su vez, lo tenía en los pies.

De repente, el empleado ordenó con una seña que Giácomo fuera traído a su lado. Le alargó el pasaporte.

Debe ser algún error del departamento, monsieur. Mademoiselle, le deseo un feliz viaje a París.

Quedóse observando el auto hasta que desapareció en la curva del camino. No hay mejor tonto que un tonto viejo. ¿No había hecho bien acaso? Después de todo, no estaban en tiempo de guerra y el amor de dos jóvenes es lo más maravilloso que existe sobre la tierra.

Quince minutos después.

— ¡Jack, él sabía! Y, sin embargo, nos dejó pasar.

— Fueron su belleza y su voz, Sally. Y después de todo, ¿quién puede culparle? Yo estaba paralizado; creí que había llegado al final de mi escapatoria y que usted se vería muy comprometida, pero cuando oí su voz...

— Fué lo único que se me ocurrió. ¡Ojalá que no tenga que pagar las consecuencias! — dijo Sally, dándose vuelta como si aún pudiera divisar al hombre que los había salvado de aquel apuro.

— No comprendo cómo pude olvidarme de Francisco — dijo Sally, como avergonzándose de sí misma por el descuido. — No sabía nada que tenía sus papeles conmigo, hasta que tuve que mostrar los míos. Debí haberle telegrafiado en seguida. Pero mi cabeza era un torbellino. Le dije a mi tía, al despedirme, que no dijera una palabra sobre mi paradero, y sé que ella no se lo hubiera dicho ni al mismo Mussolini. Ni por un momento pensé en que Francisco podría afligirse por sus documentos.

— En fin, yo no lo culparía a Francisco por intranquilizarse — dijo Giácomo. — En lo que no puedo dejar de pensar es en lo que ha sucedido hace un momento.

— Usted quizá hubiera podido salir bien; pero lo que respecta a mí, todo estaría terminado. Todavía tendrá tiempo de detenernos a la entrada de París. Con seguridad que hemos de oír algo más de él.

Habiendo pasado el peligro, la imaginación de ambos comenzó a hacer planes para el futuro.

— Mañana, Dijón — dijo él en alta voz. — Pasado, donde podamos...

— Lo que es ahora, nada importa.

— Olvídese de Anthony.

— Gracias. Los ensayos me librarán de esa preocupación. ¿Dónde se hospedará usted en París?

— En un pequeño hotel.

— ¿Vendrá a Vesinet a visitarme?

— Seguramente, si así usted lo desea. — Pero Giácomo sabía que nunca iría a Vesinet. Una vez que ella le hubiera vendido las perlas, no lo volvería a ver más. ¿Qué tenía él para ofrecerle? ¡Nada!

Decirle a esa criatura divina cuánto la amaba, sería la más grande de sus locuras. ¿Y cómo podría evitar de hacerlo si continuaba yéndola a ver a menudo?

No debemos olvidarnos del profesor Wilson. Es por eso justamente que abandonamos a Sally y a Giácomo para seguir los pasos del viejo profesor. En seguida de llegar a París, se presentó ante la puerta de un antiguo hotel, en un barrio aristocrático.

Hizo una pregunta al portero, la que le fué contestada inmediatamente. Entonces se dirigió al Folies Bergere y luego a Montmartre, recorriendo los dancings.

Regresó a su hotel, en la calle de Rivoli, a las seis de la mañana, perfectamente satisfecho con la expansión con que se había regalado. Dentro de una semana regresaría a Nueva York, al que no veía desde hacía cinco años. Pero al desvestirse para meterse en la cama, descubrió que había perdido los anteojos...

Sally tomó el volante. En París, y en una voiturette, la señora maneja el auto con el chauffeur a su lado. Detuvo el coche ante un pequeño hotel al sur del Quai Voltaire.

— ¿Es éste?

— Sí, es éste — díjole Giácomo abriendo la portezuela y bajando del coche.

— Yo tengo el pasaporte. No me atrevo a permitirle que lo use usted.

— No importa.

— ¿Tiene dinero suficiente?

— Sí, gracias.

(Continúa en la página 39)

MODELOS OTOÑALES *para*



1. — Guantes en cabritilla blanca, con amplia faja en el centro en tono negro.

2. — Sencillo y elegante modelito emperatriz Eugenia, hecho en terciopelo y usado con un vistoso pañuelo de cuello.

3. — Tapado en terciopelo, con amplia banda cruzando diagonalmente su parte delantera. Cuello con adorno de pieles.

4. — Modelo de tapado con cuello grande cubriendo casi totalmente el pecho. Cinturón de cuero del mismo color.

5. — Vestido en crêpe satin negro. Con mangas balón rematadas en un largo puño de encaje. La falda se hace por secciones separadas.

6. — Vestido de tarde, en georgette rojo, adornado de voladitos, cuya amplitud está retomada por pliegues El canesú es muy cerrado.

7. — Vestido de una sola pieza, en crêpe, con pañuelo en negro, anudado al cinturón. Puede usársele con un saquito de pieles.

la MUJER ELEGANTE

8 9 10 11 12


13

8. — *Hecho en terciopelo negro, con pañuelo al cuello, en seda blanca, que pasa por debajo del cinturón de cuero.*

9. — *Modelo en azul pálido, que puede hacer buen juego con un saquito en negro o marrón. Efectos diagonales en el pecho.*

10. — *Para la mañana es este vestido en grueso jersey verde. El corpiño forma un saquito sobre la falda. Una écharpe escocesa completa este modelo.*

11. — *Abrigo que hace conjunto con el vestido anterior. Está adornado de un cuello volcado de piel. El corte delantero se prolonga hasta los hombros.*

12. — *Vestido en marocain verde, cerrado en el costado por varios botones. Un volado corta la parte baja de la falda y sube siguiendo el movimiento del corte de las caderas.*

13. — *Romántico sombrerito con adorno de pluma. Guantes blancos de cabritilla.*

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

Durante el tiempo que duró el lío Greta-Marlene tuve ocasión de hacer, lo confieso, comprobaciones innumerables; buenas, malas, peores, etc., etc.

Hallé las primeras en aquellas opiniones realmente aceptables, hechas a conciencia y motivadas por razonamientos serenos e imparciales. Se comprendía que sus autores habían encontrado en ello una ocasión magnífica de dejar no ya sólo verbal, sino también literariamente asentada una opinión, un concepto o, lo que es más, una convicción. Y esto fué lo que más me agradó.

EN ABRIL CUMPLEN AÑOS

Wallace Beery (46)	el	1
Nita Naldi (33)	"	1
Nancy Drexel (22)	"	5
Gavin Gordon (31)	"	7
Mary Pickford (39)	"	8
Thomas Meighan (45)	"	9
George Arliss (64)	"	10
Agnes Ayres (34)	"	10
Nick Stuart (28)	"	10
Virginia Cherrill (24)	"	12
Claire Windsor (35)	"	14
Charles Chaplin (43)	"	16
Fred Kohler (43)	"	20
Harold Lloyd (39)	"	20
Marceline Day (32)	"	24
Lionel Barrymore (54)	"	28
David Manners (30)	"	30

Pero, como lógicamente se supone, no todo había de ser de color rosado. Encontré también el tono negro, la nota baja, despreciable. Algo así como la "hiriente espina" a que todo poeta infaliblemente se refiere en su primer libro de versos. Pero como yo sospechaba la existencia de esas espinas tomé mis precauciones y calcé guantes. Por supuesto, mis lectores ya saben a qué me refiero. Se trata de los plagios que recibí, de cartas copiadas de artículos y notas aparecidas en periódicos y revistas de esta capital. Debo confesar, en mi descargo y para tranquilidad de mi límpida conciencia, que tales comprobaciones me causaron menos gracia que una película de Laurel y Hardy. Más aún, me dieron pena, una pena muy grande por la encuesta, por las cartas y, sobre todo, por sus autores. Casi todas ellas eran copias un poco arregladas, es decir, desarregladas, de artículos que, por fortuna, ya había yo leído. Sabiendo que la opinión no se publicaría si no venía firmada y con el domicilio del autor, muchos de ellos enviaron también su nombre y dirección, la exactitud de algunas de las cuales he podido, desgraciadamente, comprobar. No voy, sin embargo, a publicar esos nombres, pues me consuelo con saber que tales cartas no aparecieron aquí. En cambio, he de limitarme a sonreír con tristeza y a esperar, ¿por qué no?, a que mis buenos sentimientos me obliguen algún día a compadecerlos. Confieso que siempre fuí un gran admirador de Sarmiento. Y esto es lo menos que puedo hacer por ellos...

★ Puede remitir con confianza esos originales a la Cinematografía Manzanera, Tucumán 1460. Allí los leerán y verán si es posible adaptar su argumento a la pantalla.

a Novelista.

★ **MARIE DRESSLER es canadiense, de Coburg, donde nació el 9 de noviembre de 1871.** No, no tiene hijos, aunque hace muchos años fué madre de una criatura que falleció a las pocas horas de nacer. En efecto, el nombre verdadero de **NANCY DREXEL** es Dorothy Kitchen, aunque ignoro los motivos por los cuales se lo habrá cambiado. Como no sea porque "Kitchen" en inglés quiere decir cocina...

a Te amo, Nancy.

★ Atendido su pedido de que le perdone los errores de ortografía, paso a decirle que **MARILYN MILLER nació en Evansville (EE. UU.), el 1 de septiembre de 1900.** Su nombre verdadero es Mary Lynn Reynolds. Mide m. 1.58, tiene ojos verdes y cabello rubio. Es viuda de Frank Carter y divorciada de **Jack Pickford.** En Sunny era secundada por **LAWRENCE GRAY, JOE DONAHUE, CLYDE COOK** y **BARBARA BEDFORD.**

a In anbiguo.

★ **A LILY DAMITA** puede escribirle a **Radio Pictures Studios, 780 Gower Street, Hollywood, California,** incluyendo en el sobre veinte centavos oro en estampillas para el libre franqueo de la foto que ella le remitirá. **Está soltera,** aunque de novia con Sidney Smith, un actor teatral de Nueva York.

a Remero.

★ El director **JOSEPH VON STERNBERG** y **Riza Royce** se divorciaron porque no congeniaban. Además, parece ser que él gustaba ridiculizarla en público y especialmente delante de sus amistades, cosa que a ella le hacía menos gracia que un chiste alemán. Sin embargo, como el otro seguía con sus originalidades de sabio con melena de mosquetero y ojos de doncella, Riza se presentó ante el juzgado, donde de inmediato fueron iniciados los trámites para la obtención del divorcio. Resultado: ella recibió de su esposo un cheque por valor de 25.000 dólares, aparte de contar con una mensualidad de 1.200 durante cinco años consecutivos. Y **Joseph** dice que está conforme con pagar todo esto con tal que lo dejen en libertad para casarse con **Marlene Dietrich,** la cual tiene, a su vez, el divorcio en trámites y una hijita de siete años de edad... ¡Qué cosas se ven en Hollywood!

a Graciela Moran.

★ Sí; ese enojo entre **JOHN BARRYMORE** y **LOWELL SHERMAN** es cierto. Debido a eso **DOLORES** y **HELENE COSTELLO,** esposas respectivas de ambos, no se podían visitar, pero ahora que **Lowell** y **Helene** están separados viven juntas. A mí, en el cine, **LOWELL SHERMAN** me resulta personalmente muy simpático, no así **JOHN BARRYMORE,** a quien supongo muy poco accesible en su vida privada. Lo imagino un tanto orgulloso, otro poquito pretensioso y hasta, si se quiere, bastante engreído. Y no sigo porque ya saben los lectores que el chisme en esta página no pasa ni de contrabando...

a Ibis.



BARBARA STANWYCK



JOHN GILBERT



NORMA SHEARER



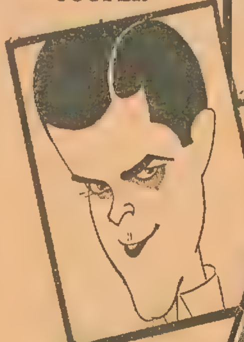
CLARK GABLE



GARY COOPER



JOAN CRAWFORD

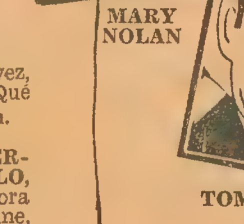


RAMON NOVARRO



NITA NALDI





MARY NOLAN



TOM MIX

★ Demasiado sé que **JOSE MOJICA** cuenta, en las provincias, con más simpatías que **RAMON NOVARRO.** Aquí mismo, por ejemplo, **JOSE** es muy cotizado. Sin embargo, de ahí a asegurar que si hiciera una encuesta entre ambos **JOSE** resultaría vencedor va una gran diferencia. Créame que **RAMON** es artísticamente superior a **MOJICA.**

a Dos amantes del arte.

★ **A JOAN CRAWFORD** y **GRETA GARBO** escríbales **a Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California.** Sí; puede enviar cualquiera de las dos cartas que usted menciona, pues ambas son pedidos de fotografías. Su dirección colóquela en castellano.

a El preguntón de R.

★ **A JEAN HARLOW** escríbale a **United Artists Studios, 1401 N. Formosa Ave., Hollywood, California.** Sí; creo que le enviará su fotografía. En cuanto a **Azucena Maizani** lo lamento, pero, como dice un amigo mío que es vigilante y provinciano, "io no me meto porque ese asuntito no es de mi juridisción"...

a Gaucho lindo.

★ En efecto, **NORMA SHEARER es canadiense,** pero naturalizada norteamericana. **PATSY RUTH MILLER, VILMA BANKI** y **CONWAY TEARLE** aún continúan en la pantalla filmando cuando los directores se acuerdan de ellos. **NITA NALDI** es actriz teatral. En cuanto al lío **GRETA-MARLENE** he decidido ponerle punto final. Y creo que ya era hora...

a Ramirc.

★ Su carta me ha parecido sumamente interesante. Muy atinadas sus observaciones, muy interesantes sus puntos de vista y muy serena su manera de juzgar. De nada... Lo único que no me agrada es lo que dice usted referente al aburrimiento que le provocan las películas de **GRETA.** Ya sabe que a la sueca debemos en esta página considerarla una reina por su reciente victoria sobre **MARLENE,** lo que quiere decir que todo el que se precie de buen marlenista debe callar, sonreír y, por sobre todo, disimular los bostezos cuando está presenciando una de sus cintas... **A JOAN CRAWFORD** escríbale la siguiente cartita a **Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California,** incluyendo veinte centavos oro en estampillas para el franqueo de la foto: **Dear Madame; would you be so kind as to send me one of your photos? I am one of your admirers and should like very much to have one. Thanking you for your kindness. I remain yours truly.** (Firma.)

a Flor de Loto.

★ Eso de que piensa marchar a los studios de la Paramount en Joinville (Francia), me parecería una cosa muy oportuna si hubiera usted tenido la precaución de decirlo en el Día de los Inocentes. Porque no otra cosa que una inocentada haría si emprendiera ese viaje. ¿Qué cree usted que haría allí? ¿Trabajar? ¿De qué? ¿De actor? ¡Deliráis! Porque allí nadie filma ya. ¡Las parlantes en castellano dan muy poco beneficio pecuniario... cuando no dan pérdida! Por consiguiente, lo mejor que puede hacer es quedarse aquí, en Buenos Aires, y esperar que esa fruta tan verde, aun que se llama Cinematografía Nacional, madure un poco...

a Futuro astro.

★ **JEAN MURAT nació en Perignaux (Francia), en 1880. Mide m. 1.72; tiene ojos negros, cabello castaño y está casado. LAWRENCE TIBBETT** está divorciado. En cuanto a eso de la amistad habida entre **GARY COOPER** y **LUPE VELEZ** nunca quise decir nada porque es un tema "non sancto", pero ya que me pide usted con tanta insistencia que le aclare el punto, se lo aclararé. Recuerdo que cuando recién comenzó a aparecer esta página, un lector me preguntó si **GARY** y **LUPE** estaban casados. Yo, que por aquel entonces todavía creía en los Reyes Magos y en la belleza física de **GRETA GARBO,** le respondí diciéndole que sí, que ambos habían ya pasado por el Registro Civil. ¡Pero qué! ¡Ni el uno ni el otro querían saber nada! **"¿Porque hemos de casarnos si podemos ser felices sin hacerlo?"** — exclamaba Gary. Y **Lupe** afirmaba: **"¡Claro! ¿No es una lástima gastar veinticinco dólares en la licencia matrimonial? ¡Viva la libertad!"** Y así permanecieron felices y contentos viviendo juntos hasta que, al asomarse las primeras nubes de la discordia, optaron por separarse. El hizo una jira teatral y poco después de su regreso ella marchó a Europa en compañía de **JOHN GILBERT,** con quien viajó durante varios meses, cosa que dió lugar a ciertos chismes que... ¡En fin! ¡No quiero seguir! ¡Es mejor que termine aquí, porque me parece que el lector ya debe estar empezando a dudar de la honorabilidad de **LUPE!... Fatalidad** se la recomiendo. Repito que esos amores de

TODAS ELLAS SON MADRES

- Gloria Swanson
- Esther Ralston
- Norma Shearer
- Bebe Daniels
- Eleanor Boardman
- Marlene Dietrich
- Nancy Carroll
- Dolores Costello
- Leatrice Joy
- Irene Rich
- Mae Murray
- Lita Grey
- Florence Vidor

JEANNETTE MAC DONALD son falsos. lo que pasó es que ella, al ser presentada al príncipe Humberto de Saboya, le habrá hecho alguna caída de ojos más o menos cinematográfica. Y esto dió motivo a los periodistas para que lanzaran a los cuatro vientos esa noticia absurda a que usted se refiere.

a **Piruli.**

★ **ANITA PAGE nació en Flushing (EE. UU.) el 4 de agosto de 1910.** Se llama, en realidad, Ana Pomares; **mide 1.60 metros, tiene ojos grises, cabello rubio y está soltera.** Agradecido por sus bondadosas palabras marlenísticas. Si sigo recibiendo frases y consuelos como el suyo organizaré una manifestación y haré que a **MARLENE** se le levante una estatua recordatoria de su match con **GRETA...**

a **S. Escudero.**

★ Su pedido está satisfecho y yo quedo agradecido por la franqueza. ¡Viva la amistad!

a **Loly.**

★ El nombre verdadero de **BARRY NORTON** no es, como usted dice, **Juan José López,** sino Jesús Pérez y Sánchez de Fernández. **GRETA GARBO** tiene contrato con la Metro y desconozco la dirección de esa actriz teatral.

a **Ojos negros.**

★ Es inútil que le escriba usted a **MARIA ALBA,** pues ella no le enviará la foto. Por otra parte, aunque yo le publique aquí esa foto que usted le pide, va a ser casi imposible sacar una reproducción buena de ella y menos aún una ampliación. Si gusta, dentro de un par de meses puede escribirme y tal vez le facilite la dirección exacta de **MARIA ALBA** en Méjico.

a **Guillermo B. Marini.**

★ **JOHN DARROW nació en Smoky HOLLOW (EE. UU.) el 17 de julio de 1907.** Se llama, en realidad, Harry Simpson, **mide 1.78 metros y tiene ojos castaños.**

a **Lucio Voly.**

★ ¿El hobby de **RAMON NOVARRO?** Hacer caídas de ojos delante del espejo. **¿EL DE JEANNETTE MAC DONALD?** Hacer creer a todo el mundo que ha tenido relaciones amorosas con un príncipe. Eso que me dice usted de **MARLENE** es todo cierto. Y en en cuanto a lo otro..., hechos, y no palabras...

a **Your Kind Queen.**

★ **WILLIAM HAINES nació en Staunton (EE. UU.), el 1 de enero de 1900** y debutó en la pantalla debido a que el director Samuel Goldwyn hizo, en vista de la escasez de actores elegantes, un llamado general a todos los jóvenes de buena presencia que quisieran someterse a una prueba de cámara. **WILLIAM** acudió, se probó, gustó, filmó... y la pegó. Esa rubia que actúa con **LIONEL BARRYMORE** en **Manos culpables** es **MADGE EVANS,** que acaba de filmar **El hijo del destino** con **RAMON NOVARRO. DENNIS KING** se halla actualmente sin contrato, aunque por ello no ha de pasar hambre, pues trabaja de cantor de radio en una estación neoyorquina.

a **J. Ada Aprei.**

★ La última que tenemos aquí de **RAMON NOVARRO** es **El hijo del destino** con **MADGE EVANS.** ¡No! ¡Yo no me pongo celoso porque me pida datos de **RAMONCITO!** ¡Al contrario, pues estoy encantado con que ambos compartamos el entusiasmo suyo! Por lo menos, así tengo la probabilidad de endosárselo todo a él y quedar yo libre de tan dulce carga...

a **Una discreta.**

★ Que la encuesta **GRETA-MARLENE** provocó enorme entusiasmo entre los lectores, lo comprueba la cantidad de cartas recibidas y la calidad de las publicadas. ¡Hay que ver las cosas que han hecho mis clientes para participar en ella! ¡Es algo notable! Aquí tengo, por ejemplo, una muestra de lo que digo. Se trata de un lector tan terriblemente entusiasta que, dejándose llevar por su apasionamiento (sin duda debe ser muy joven), copió casi todas las frases aparecidas en la primera carta que se publicó y que estaba firmada por Eduardo Crespo, le estampó una X como firma y la envió... No sé por qué, pero sospecho que cuando puso la carta en el buzón debió haber bajado los ojos. No de vergüenza, por supuesto, sino de rubor, temeroso de que alguien estuviera presenciando tal arranque de entusiasmo... ¿Verdad, lector, que este señor merece nuestro aprecio? ¡Pues concedámoselo, aunque no sea más que por la "plancha" que hizo!...

a **X.**

★ **MARY CLAY** era la heroína de **Bajo la mirada de Dios.** Luego de filmar esa película marchó a Hollywood, incorporándose a la cinematografía con el nombre de **Mira Rayo** y logrando filmar, según creo, nada más que una cinta. Está soltera, y no sé por dónde anda. ¿Que como hago yo para tener tantas pebetas que me rinden adoración? Pero ¿es que cree usted que mis lectoras me adoran? ¡No, hombre! ¡Está usted equivocado! Y si no lo quiere creer pregúnteselo a las garbistas!... ¡Verá cómo me adoran!

a **A Sueldo.**

★ **NORMA SHEARER** se pronuncia **Norma Shírer, y cumplirá 28 años el próximo 10 de agosto. MARLENE DIETRICH** (¡lástima grande que ya no puedo endilgarle más elogios!) se pronuncia **Málin Ditrik,** y **GARY COOPER** es **Geri Cúper. GRETA GARBO** (¡lástima grande que ya no puedo hablar mal de ella!), **cumplirá 27** (¿verdad que es jovencita nuestra reina?) **el 18 de septiembre.**

a **Una cordobesa curiosa.**

★ Opino que **RICARDO CORTEZ** es un actor bastante bueno. El es quien en realidad hace el papel de galán en **Ansia de amor.** ¿Quién va ganando la encuesta **GRETA-MARLENE?** Este... ¿por qué no hablamos de otra cosa más divertida... para mí? La sueca en **Inspiración** me pareció simplemente discreta. Tiene películas mucho mejores que esa. **JOHN GILBERT** filma parlantes en la actualidad. Puede enviarme esas caricaturas, aunque no le doy seguridad de publicárselas pronto.

a **Higa.**

★ En nombre de Erato, musa de la poesía lírica, en nombre de **GRETA GARBO,** en mi nombre y en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que todo lo perdonan, le agradezco el envío de su opinión en verso sobre la encuesta. ¡Pero prométame que no lo volverá a hacer más!

a **A. Truszkowski.**

★ ¡Cómo corren los años! ¡O mejor dicho, cómo los hacen correr! ¡Hasta nietos me han salido a mí! ¡Como que si sigo así, dentro de poco voy a tener que celebrar el centenario de mi nacimiento! Bueno, nietecito del alma, escucha lo que voy a decirte; para empezar te diré que haces mal en faltarle al respeto a tu abuelo al preguntarle, aunque disimuladamente, si **MONA MARIS** ¡grrr! ha muerto. Y para terminar te diré que debes padecer de alguna enfermedad en la vista para no darte cuenta de que esos bigotes que usa **CHESTER CONKLIN** en sus películas son postizos. En cuanto a **RICARDO CORTEZ** puedes verlo en **El halcón de Malta,** con **BEBE DANIELS** y **UNA MERKEL.** Y a ver si me envías una foto tuya para añadirla al álbum de **Familiares desconocidos** que estoy formando

a **King (nieto).**

★ **A HOOT GIBSON** y **TOM MIX** escríbales a **Radio Pictures Studios, 780 Gower Street, Hollywood, California.** Casi todas las películas de cow-boys son filmadas dentro de los studios cinematográficos y en las extensiones de Arizona (Estados Unidos).

a **Kid Carfax.**

★ La próxima de **JOAN CRAWFORD** aquí será **Esta era moderna,** con **NEIL HAMILTON** y **PAULINE FREDERICK.** Acaba ahora de filmar **Posessed** (sin nombre en castellano), con el galán **CLARK GABLE.** Físicamente creo que la belleza de **JOAN** es soberbia, sobre todo en lo referente a las líneas de su cuerpo. El astro más rico en Estados Unidos es **CHARLES CHAPLIN.**

a **Charles B.**

★ ¿Que Greta detesta la materialidad de ciertas cosas? ¡Cómo no! ¿Que es espiritual, fina, delicada y refractaria por completo al ambiente en que está obligada a vivir? ¡Cómo no! Pero todo eso no le ha impedido pedir a los directores de la compañía en que trabaja tres mil dólares más de sueldo por semana si ellos quieren renovarle el contrato que expira este mes... Y espero que no me vendrá usted diciendo que para **GRETA** los dólares tienen poesía...

a **Soñadora.**

★ La última de **GRETA GARBO** es **Susan Lenox,** con **CLARK GABLE** y **JOHN MILJAM.** La de **ROBERT MONTGOMERY** es **Con la soga al cuello** secundado por **IRENE PURCELL,** y la de **RAMON NOVARRO, El hijo del destino,** con **MADGE EVANS.** De nada.

a **Elsa.**

★ Sí; **TOM MIX** ya está totalmente repuesto de la enfermedad y dispuesto a filmar nuevamente esas deliciosas películas de cow-boys, de diligencias, del ganado marcado, de capataces de estancia que terminan invariablemente por ser los que le robaban el ganado "al padre de la muchacha", ligándose también por parte del "muchacho" una paliza que los dejaba inútiles por cuatro meses... ¡Las calamidades que se nos vienen encima!

a **E. Guarail.**

★ ¿Que yo le intereso personalmente? Y... dígame... ¿cuánto le darán sus padres de dote el día que usted se case?

a **Quica.**

KING

ruega a sus lectores y lectoras que antes de hacer preguntas en este correo tengan en cuenta las siguientes contestaciones:

1º Ramón Novarro nació en Durango (Méjico) el 6 de febrero de 1899.

2º Sí; Greta Garbo calza el 42.

3º No; Mona Maris no ha muerto.

El procedimiento de absorción devuelve la juventud

(Del "Home Maker")

El éxito ha coronado el esfuerzo de los hombres de ciencia que durante tantos años han estado buscando un método efectivo de quitar la piel exterior del rostro, en los casos en que dicha piel, debilitada y avejentada por el desgaste, da a la cara un feo aspecto de vejez prematura. El procedimiento descubierto no causa dolor ni daño alguno; y es tan económico y sencillo que sorprende que no haya sido antes puesto en práctica. Está plenamente demostrado que la cera pura mercolizada, en venta en todas las farmacias, absorbe la cutícula gastada, vigoriza el cutis que hay debajo, y permite su aparición, hermosamente sonrosado y lozano. Dicha cera se usa por las noches, retirándola a la siguiente mañana con un poco de agua tibia. Este procedimiento tiende también a limpiar los poros obstruídos, facilitando la función respiratoria de la piel, conservando así el color natural y hermoso del nuevo cutis.

Una moda que se ha impuesto

Nos referimos a los cabellos claros, que hoy están en boga y hacen furor en las grandes ciudades europeas.

Personas recién llegadas de París nos afirman que toda niña y hasta las damas que se precian de elegantes, lucen sus cabellos color oro, obteniendo así en el rostro ese aspecto agradable de juventud y belleza, no igualado por ningún otro medio.

Con este motivo se han preparado productos de tocador que realizan a la perfección el maravilloso cambio de los tintes del cabello.

Entre los más renombrados cabe destacar la manzanilla verum, que hasta ahora ha dado entera satisfacción por su resultado insuperable y su sencilla aplicación. Se usa en casa como una loción y en 3 o 4 días da al cabello el tono de color deseado. En las buenas farmacias se obtiene la manzanilla verum, pronta para el uso y envasada en frasco que alcanza para varias aplicaciones.

Los DRAMAS del MAR

Un cuento de ROBERT MAC DONALD

EL "Mary" era un queche de la flota pescadora de perlas de Broome. Resolvimos con Big Sam que sería más fácil regresar en él a lo largo de la costa a nuestra base que realizar el viaje por tierra. Habíamos pasado varios meses en exploraciones y cateos, internados en las cordilleras de Leopoldo, y unas bocanadas de brisas marinas nos resultaban cambio agradable.

Remolcando a Aquinili, el buzo oriundo de Manila, sobre el fondo del mar, a quince brazas de profundidad, el "Mary" se deslizaba a lo largo de un arrecife que emergía pocos pies sobre la superficie del mar y culminaba en una meseta de rocas negruzcas de unas tres varas cuadradas, sobre la cual se posaban innumerables aves marinas, vigilándonos.

De repente el buzo transmitió señales desde la hondura y fué izado a bordo. Cuando se le hubo destornillado el casco, exclamó:

— Hay muchas ostras perleras allá abajo. Me parece que aquí es donde Wung Lung pescó la Perla del Obispo.

— Sí — dijo "Pickles", el propietario del queche, con cierta vacilación. — Wung Lung era mi buzo por esa época, y el único chino de su profesión que tenía a bordo, pero desde entonces nunca quiso...

"Pickles" observó que el buzo lo escuchaba con ansiedad y se interrumpió sin declarar qué fué lo que Wung Lung no quiso hacer nunca. Aquinili, después de haber descansado un rato, fué descendido nuevamente al fondo del mar...

— ¿Qué es ese cuento de la Perla del Obispo, "Pickles"? — preguntó Big Sam, mientras contemplábamos las burbujas de aire que ascendían a la superficie y se quebraban sobre el sitio en que había desaparecido el buzo.

— La Perla del Obispo fué notable por su forma caprichosa — explicó "Pickles". — Eran cuatro perlas unidas en forma de cruz. Los chinos limpiadores de ostras de Broome son supersticiosos, y cuando la encontraron me la trajeron. Se la regalé al capitán B., y él aseguró que en ese momento sus pecados le pesaban inmensamente, y se la remitió al papa, en la creencia de que se le recompensaría con una indulgencia plenaria. Desde entonces se la conoce con el nombre de Perla del Obispo. No tengo por qué ocultarles que al pilotear el "Mary" hasta estas aguas abrigaba la esperanza de pescar algo parecido a aquella perla.

En ese momento apareció una redada de ostras excepcionalmente finas enviada desde abajo por Aquinili, y Big Sam dijo que "Pickles" era afortunado al tener un buzo tan bueno.

— Sí, Aquinili es bueno, aunque un poco cobarde. No le gusta verse en líos con tiburones u otros animales allá abajo. ¿Supongo que ustedes, los buscadores de oro, siguen siendo muy atrevidos?

— ¿Por qué? — pregunté cautelosamente.

— Se me ocurrió que podrían aceptar trabajo si Aquinili se asusta.

— ¿Por qué había de asustarse? No veo qué pueda temer.

— Icelo — dijo Sam. — Quisiera ser el descubridor de una perla famosa.

Yo también me declaré dispuesto a oficiar de buzo, pero lo echamos a la suerte con una moneda, y gané yo, siendo designado de inmediato para relevar a Aquinili. Cuando lo sacaron del agua se sorprendió mucho al ver que se me colocaba su escafandra.

Empecé a hundirme, y después de un espacio de tiempo que me pareció enormemente largo, toqué fondo en un diminuto bosque submarino de corales ondulantes.

Ya anteriormente había revestido una escafandra, pero un hombre acostumbrado al aire libre y a la inmensidad del corazón de Australia, no se acostumbra en seguida a respirar la atmósfera aceitosa y con sabor a goma del interior de un casco de buzo. Me sentí, al asentarme sobre el fondo, algo mareado. Me senté, y peces de todas las formas, colores y tamaños imaginables me inspeccionaban con curiosidad. Al avanzar el queche por encima mío puso tirante la cuerda y me obligó a ponerme de pie. Grandes masas de algas raras me rodeaban. Por todas partes se movían y nadaban peces y mariscos de figura grotesca, y me rodeaban manchones de coral hermosamente frondoso. La luz del sol penetraba el agua muy transparente e iluminaba todo el fondo.

Había verdaderos bancos de ostras perleras; algunos totalmente al descubierto y otros semiocultos por corales y algas. Me acerqué a uno de ellos, y llenando la red, la envié para arriba. Un cardumen de peces la siguieron. Antes de que fuera bajada de nuevo junté más ostras. Me encontraba entregado a esa tarea, cuando de repente me sentí arrancado de aquel sitio.

Me hallé suspendido sobre una cueva en el fondo del océano, y por sobre mi cabeza, discernía vagamente las paredes a pique del arrecife que sobresalía del agua. Al atravesar por sobre aquel abismo tenebroso, una masa de algo que relucía en coloraciones de cambiantes rojos y verdes, se acercó a la pared vertical y se sentó sobre una camada de glóbulos en forma de huevos que parecían estar adheridos a las rocas.

En el fondo de los mares se desarrollan a veces tragedias tremendas. Los hombres que trabajan bajo el agua, los buzos, son agredidos con frecuencia por monstruos terribles y tienen que luchar desesperada y heroicamente para defender su vida. Tal es lo que le ocurre al protagonista del cuento que publicamos. Un pulpo gigantesco lo ataca, y sólo con gran trabajo logra libertarse de los tentáculos que lo envuelven y lo asfixian.

Pude hacer pie en un reborde y examiné "aquello". Parecía ser una especie de extraño cascarón de unos cuatro pies de diámetro con otro cascarón más pequeño encima, como si fuera una cabeza. Unas cosas alargadas se enrollaban alrededor de "aquello" y se hallaban cubiertas en su superficie con objetos semejantes a pequeñas arandelas metálicas. Se me ocurrió que dos agujeros de brillo opaco que distinguía en el cascarón superios eran ojos. Entré en sospechas de que el extraño objeto pudiera ser algo peligroso y lo toqué para cerciorarme si estaba vivo o no. ¡Aquello tenía vida! Como un relámpago la cosa se convirtió en un montón de energía, las graciosas formas alargadas fustigaron en todas direcciones y revelaron ser desmesurados tentáculos. Uno de ellos se aferró a mi cuerpo, y comprendí que los objetos que parecían arandelas eran bocas a modo de ventosas.

No distinguí nada más, porque aquel ser emitió una oleada de fluído negra que obscureció las aguas y me impidió ver nada más. ¡Había tropezado con una hembra de pulpo que incubaba su nidada de huevos!

Tal vez me olvidé en esos momentos terribles del sitio en que me encontraba. Desenvainé mi cuchillo de buzo, y después de cortar la especie de látigo musculoso que me envolvía, tiré navajazos locos a los otros tentáculos que me asaltaban desesperadamente en el silencio impresionante del abismo.

Dos tentáculos se me anudaron y me alzaron en vilo, pero logré

seccionarlos, y a continuación sentí que la cuerda de remolque me arrastraba nuevamente.

Estaba libre otra vez, y mientras descansé, el agua clareó y percibí que las paredes del arrecife estaban a pocas varas. El animal se deslizó de sobre aquella pared y desapareció en la sima submarina. Llené mi red con ostras, y probablemente hubiera seguido juntándolas, si en ese momento no hubiera distinguido otra masa pulposa que avanzaba con sus gigantescos tentáculos, deslizándose o nadando hacia mí por sobre un lecho de algas. Entonces hice señales con las cuerdas para que se me izara.

— Además de ostras, ¿hay algo más allá abajo? — me preguntó "Pickles".

Respiré ampliamente el aire del Océano Indico, mientras Aquinili se preparaba para descender nuevamente.

— Me parece que hay un pulpo — respondí. — Por lo menos, le corté varios tentáculos.

— Eso no es nada. Le crecerán otra vez. ¿Vió uno sólo?

— Parece que temieras que uno de esos tentáculos saliera del agua y te persiguiera hasta aquí, — exclamó Big Sam riéndose.

— ¡Hum! No sé — rezongó "Pickles". — Cuando sacamos a Wung Lung de aquí traía adheridos pedazos de tentáculos de treinta pies de largo. Dijo que allá abajo había un pulpo en una cueva, con un cuerpo tan grande, como un pez luna de dos mil libras de peso. Le seccionó un tentáculo; el monstruo tenía diez. Después de ese encuentro renunció al buceo, y ahora es propietario de un almacén de objetos chinescos en Broome. Cree que el animal espera su regreso, y no volverá a bajar aquí ni por una docena de Perlas del Obispo.

— El que yo encontré debe haber pertenecido a la misma familia. Era lo suficientemente grande para hacerme renunciar al oficio de pescador de perlas.

— El asunto no se presenta muy agradable para el pobre Aquinili. ¿No hubiera sido mejor que descendiera usted "Pickles"?

— Eso sí que no. Me falta coraje. Juzgué que ustedes pudieran hacerle frente al animal por puro espíritu deportivo, pero constato que el afán de aventura ha desaparecido. Icen a Aquinili, negros indecentes. Nos vamos a acercar al otro queche.

Cuando Aquinili estuvo sobre cubierta y se le quitó el casco, preguntó por qué lo habían sacado del agua.

— Hay muchas ostras allá abajo. ¿Por qué movieron el "Mary"?

"Pickles" respondió:

— Allá está el diablo de Wung Lung, Aquinili. No pretendo asustarte, pero si te agarra, ¿de dónde saco otro buzo?

— ¡Oh!, el diablo grande está muerto. Lo maté esta mañana. No queda más que la hembra y es pequeña. Y, al fin y al cabo, esos diablos grandes no pueden pelear mucho...

FIN



LA VENGANZA

(Continuación de la pág. 5)

—Y a propósito de tu señora: ¿cóco está? ¿Siempre guapa? ¡Hace tanto tiempo que no la veo! Desde aquella noche en la cena de Ivan, ¿recuerdas?

—Sí... — dijo Dietrick, a quien el recuerdo de aquella cena tornó taciturno.

—¡Qué hermosa estaba Marcza aquella noche! Y tú siempre fuiste el mismo estúpido; te habías vuelto celoso... ¡Celoso de mí! ¡De tu mejor amigo!

Dietrick permaneció callado y comenzó a acelerar el paso. Aaron Chercot, con morbosa fruición, continuó su charla torturante:

—Siempre tuve predilección por ella. Es increíble que se haya fijado en tu cara. Y hasta en tu mismo tipo, porque no me negarás que pareces un espantapájaros... Y, en cambio, ella, ella sí que es bonita... ¡Algún capricho de mujer! ¡Tienen cada ocurrencia!...

Y viendo que el compañero permanecía mudo, Aaron, golpeándole suavemente el hombro, le preguntó:

—¿Estás triste, Ismael? ¡No tengas miedo por ella, yo te la cuidaré hasta tu vuelta!

—Ya sé, Aaron..., ya sé...

—Cumplirás poca condena...

—¡Por lo menos, quince años!

—No es mucha que digamos por un crimen tan grande — dijo con sorna Aaron. — ¡Merecerías cadena perpetua!

—¿Cadena perpetua? — dijo Dietrick elevando los ojos al cielo.

Aaron lanzó una carcajada, y palmoteándole en la espalda, contestó:

—Anda, cobarde: ¿ya tienes miedo?

—No... No... ¡Es por ellas!...

—¿Por tus hijas? ¡Bah! De eso me encargo yo..., ya lo sabes.

—No es eso, amigo Aaron. Es otra cosa que me parte el alma... Es algo...

—¿Qué cosa? — inquirió Aaron con curiosidad. — ¿Tienes algo de valor?

—Sí... Sí... Tengo un secreto, Aaron — dijo Dietrick, acercándosele al oído. — Un secreto que vale muchos miles de pesos..., y sabe Dios lo que puede suceder en quince años...

—¿Y qué clase de secretos puedes tener tú?

Dietrick hizo un guiño, y con aire satisfecho, al llegar a la esquina, se detuvo y díjole:

—Hace dos años he cometido un robo de piedras preciosas...

Aaron Chercot no alcanzaba a comprender cómo ese hombre con cara de estúpido, de ojos de gato y de alma tan simple, podía haber cometido un robo, y, sobre todo, un robo de piedras preciosas, y tenerlo oculto sin contárselo a nadie, ni a él mismo, que se creía su mejor amigo. ¿Le estaría mintiendo? No. Eso no era posible. Dietrick era tan cobarde como incapaz de mentir Y no pudiendo resistir la tentación de una pregunta, dijo:

—Dime, mi querido Dietrick: ¿cómo has podido hacer eso tú?

—La oportunidad, amigo Aaron — respondió Dietrick, alargando su cara y sonriendo. — La oportunidad... El joyero Zanglanky tuvo necesidad de salir una noche de su casa llevándose a su esposa a un sanatorio, y me dejó al cuidado de la joyería... Figúrate... Cuando volvió, estaba la casa sin cuidador y sin piedras... ¡Ja, ja ja! ¡Qué cara habrá puesto el joyero, amigo Aaron! ¡Qué cara habrá puesto!...

—Debo confesar que me estás resultando todo una revelación. No creía encontrar en ti esas dotes, te lo aseguro, Dietrick.

Dietrick le miró de soslayo, y conforme con el gesto de su amigo, mientras se acariciaba suavemente la perilla de pelusa rojiza, preguntó:

—¿Te gustaría, Chercot, ver las piedras?

—¡Es que me las tendrás que entregar! ¿No soy yo tu amigo? ¿Quién mejor que yo puede cuidarlas en tu ausencia?

—Eso mismo pensaba yo, Aaron Chercot; nadie más que tú puede cuidarlas... Sí... Sí... Pero te recomiendo mucho secreto; nadie sabe el asunto.

—¿Ni tu misma esposa?

—Ni ella.

—¡Magnífico! Eres un portento, Dietrick. Tampoco conocía en ti esa virtud: la prudencia. Me siento orgulloso de tenerte por amigo, querido Dietrick. ¡Eres todo un hombre!

Ya frente a la casa de Dietrick, ambos amigos penetraron en ella, y después de encender la lámpara de petróleo que pendía de uno de los tirantes del techo, Dietrick presentó en la mesa, donde ya Aaron Chercot se había ubicado, un trozo de tocino ahumado y cuatro botellas de vino. Después trajo unas rodajas de pan negro y comenzaron a comer con avidez.

—Estamos solos — dijo Chercot.

—Seguramente se cansaron de esperarnos y se fueron todos a dormir. Mejor así, amigo Aaron; nadie se enterará del escondrijo de las piedras.

—Sí... Tienes razón..., — dijo Aaron Chercot haciendo saltar el corcho de las tercera botella de vino y llevándola a la boca sin hacer uso del vaso que Dietrick le había colocado junto al plato.

—¿Sabes que tu vino es admirable?

—Sí; es muy bueno... — respondió el amigo, alcanzándole otra botella. — Toma, bebe, hombre que bien poco nos ha costado...

Aaron bebió. Su mirada comenzó a vagar, y al despegar la botella de los labios, el líquido corrió, chorreando, por sus barbas. Dirigió su mirada hacia una puerta que supuso que daba al dormitorio, y con los ojos brillantes, los labios húmedos y su palabra indecisa de ebrio, preguntó:

—Tienes todavía algo mejor que el vino... Yo lo sé, y tú... también lo sabes... ¡Cómo no que lo sabes!

—No tengo nada más, amigo Aaron — dijo Dietrick sin querer comprenderle. — ¡Tú bien sabes que mi casa es pobre!

—Tienes a Marcza..., ¿verdad?

Dietrick enrojeció de rabia. Ambos se miraron fijamente. Después Chercot, sonriendo, dijo:

—No te enojarás conmigo, Dietrick. Mañana a estas horas estarás entre rejas... Y yo... te aseguro que a ella no le faltará nada... ¿No tienes confianza en mí?

—Sí, te creo mi mejor amigo... — Y agregó Dietrick: — Aaron Chercot, ¿quieres ver las piedras preciosas?

—¡Las piedras! ¡Vamos, Ismael Dietrick, vamos a verlas!

—Ven, acompáñame...

Y tomando una pequeña linterna, abrió una puerta y se internó por un obscuro corredor, mientras que Aaron Chercot, tambaleándose por la ebriedad, le seguía. Terminado el corredor, Dietrick abrió una pequeña puerta de hierro y en ese instante un aire caliente invadió la atmósfera.

—¡Esto es el infierno! — dijo riendo Chercot.

—No le temas. Es el aire caliente de los hornos de la fundición de hierro.

Diciendo esto, penetraron en un amplio local, donde una infinidad de caldereros y hornos llenos de hierro aún candente producían un calor sofocante. Entre esas enormes probetas caminaron tropezando continuamente con trozos de hulla o gruesas vigas de hierro dispuestas para laminar.

—¿Adónde diablos me llevas? — gritó Chercot.

Dietrick se detuvo frente a una enorme caldera cuyo contenido aún enrojecido despedía un calor atroz.

—Ya estamos, Aaron.

—¿No tenías un escondite mejor que éste?

—No. ¿Quién se puede imaginar que allá arriba, entre el hueco que forman dos ladrillos, se hallan las piedras? Nadie... Sí... Nadie... Y pueden requisar por todos lados en mi casa, que no las encontrarán...

—Es verdad; únicamente el diablo ha de ser el habitante de este infierno. Pero ¿cómo te las arreglas para ir tan alto?

—Mira — dijo Dietrick haciendo correr las manivela de arranque de un polispasto eléctrico. — ¿Ves? En un segundo te hallas allá arriba.

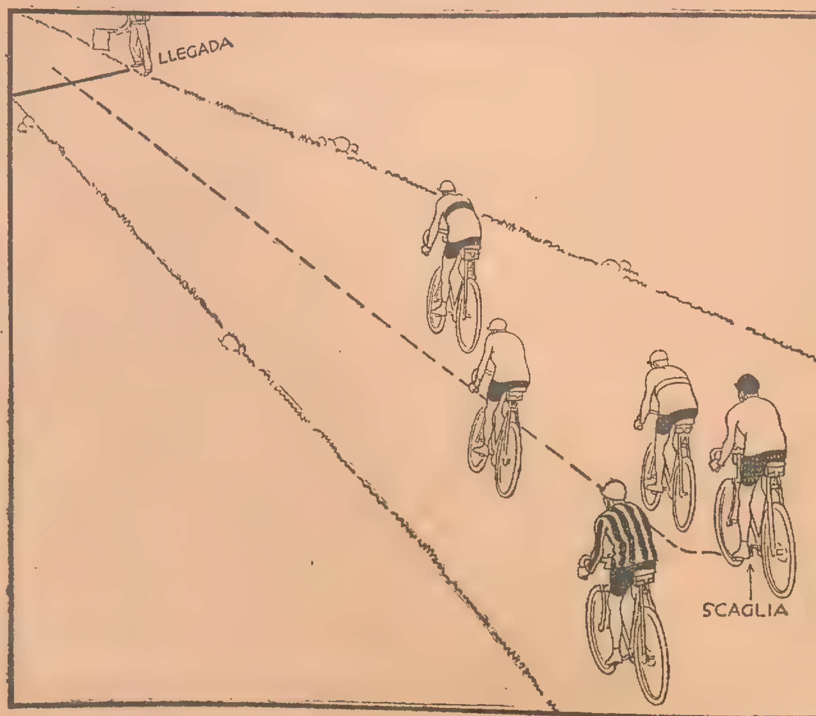
—¡Admirable! Eres todo un ingenio.

Ditrick atravesó sus piernas formando un lazo con los cables del aparato, y después, tomando nuevamente la lámpara, que momentáneamente había depositado sobre la tierra, indicó:

—Oye, Aaron, mueve la manija del tablero hacia la derecha; después, cuando quieras bajar, hazlo en sentido contrario, en dirección a la flecha... ¿Comprendes?

MI TACTICA FAVORITA

Por FERNANDO SCAGLIA



Entre los cultores de nuestro ciclismo, ha logrado destacarse el joven aficionado Fernando Scaglia, quien se inició en la práctica del mismo siendo niño. Cuando contaba trece años, participó por primera vez en una prueba para menores, luciendo los colores del Club Ciclista Nacional, los mismos que hasta el presente defiende. En esa oportunidad no logró clasificarse, pero ello no amenguó en nada su gran entusiasmo, y así en 1928 se adjudicó el título de campeón argentino de velocidad. Ese mismo año integró el equipo de su club que conquistó la Copa Presidente Roque Sáenz Peña, trofeo que volvió a ganar en 1930 y 31. En este último año obtuvo la Copa de las Naciones y se clasificó segundo en la disputa de los campeonatos argentinos de velocidad y resistencia. La Federación Argentina lo seleccionó para integrar el equipo que la representó en 1930 en la disputa del Campeonato Ríoplatense.

Este aficionado que en la actualidad sólo cuenta 20 años, está llamado a conquistar nuevos lauros y es uno de los que más se destacan entre los corredores de la nueva generación, pues cuenta con cualidades especiales para el deporte, y como posee entusiasmo y gran cariño por el ciclismo, es fácil augurarle nuevos éxitos.

Entrevistado para que dijera a nuestros lectores, cuál era su táctica favorita, durante la disputa de las pruebas, la relata en los términos siguientes:

"Es muy difícil poder decir que uno siente predilección por cierta o determinada táctica, por cuanto muchas veces no es posible realizar con justeza lo que antes de la prueba uno se ha propuesto ejecutar durante el desarrollo de la misma. Sin embargo, uno se siente tentado y hasta se inclina por cierta táctica, razón por la cual puede denominarse la favorita. Por ejemplo; yo prefiero cuando intervengo en carreras de fondo y en especial cuando el recorrido es de más de 100 kilómetros, la siguiente:

"Una vez en carrera, me preocupo de observar las maniobras que realizan los demás competidores, cuidando siempre de hacer el menor tren posible, sin que por ello deje que se distancien. Me preocupo mucho de administrar mis energías, en forma que al final de la prueba pueda disponer de ellas y emplearlas en el esfuerzo supremo que exigen los últimos tramos. Trato, pues, de estar siempre con buena colocación entre el pelotón de la vanguardia, para lo cual trato de marchar siempre a una rueda de algún adversario, a fin de que así, escondido, pueda aprovechar la ventaja que siempre ofrece la resistencia del viento. En esta forma, cuando me acerco a la meta, pongo atención a cualquier movimiento de los contrincantes y espero que ellos inicien el embalaje. Cuando así ocurre, salgo de mi puesto de expectativa y me lanzo decididamente en busca de la raya.

"Siempre que he podido poner en práctica esta táctica, que, claro está, depende de una serie de circunstancias favorables, el resultado me ha sido satisfactorio, y por ello podría decirse que esta es mi táctica favorita. Hay ocasiones, también, en que ninguno de los rivales se decide a entrar en el embalaje, y en esos casos y cuando conceptúo que mi chance ha de serme favorable, soy yo quien lo inicio, seguro de mis recursos y convencido que la reserva de mis bien administradas energías, han de llevarme triunfante hasta la ansiada meta."

—Sí, hombre. ¡Es tan fácil!

Aaron movió la manija hacia la derecha y Dietrick se sintió elevarse rápidamente. Una vez llegado al hueco de la pared e introduciendo una mano en él, gritó:

—Aaron, hoy están más brillantes que nunca. Fíjate: ¿las ves? Mira qué hermosas...

—No veo... No se distingue nada... Tráelas abajo.

—No... Eso sí que no... Si quieres verlas, sube tú también, pero no hay que moverlas de ese lugar...

—¡Eres un canalla! — rugió Chercot. — Bájate, que las iré a ver yo.

Después que hubo descendido Dietrick, Aaron Chercot, bien amarrado entre los cables, se dejó elevar. Ya junto al depósito de las piedras, hurgó con las manos el hueco, y al sacarlas teñidas de negro, exclamó exasperado:

—¡Eh, farsante! ¡Miserable! ¿Dónde están tus piedras?

En ese instante el aparejo se corrió por los rieles, y cuando Aaron Chercot vió a sus pies la enorme caldera de hierro enrojecido, sintió que los cables se aflojaban y una ola de calor abrasaba su carne haciéndole perder las fuerzas, y, queriendo gritar, el eco de su voz se perdió entre la masa ignescente al hundirse su cuerpo.

Una carcajada atroz resonó entre el chillar de la carne. Era Dietrick, que subido sobre una escalera, reía al ver el cuerpo que se sumergía del que momentos antes era su verdugo.

—¡Aaron Chercot! — gritó Dietrick. — ¡Es bella mi Marcza! ¿Verdad? ¡Es bella! Pero dile al diablo que te limpie el alma primero. Después veremos, Chercot... Después veremos...

FIN

LA MUJER QUE HUYE

(Continuación de la página 31)

—Creo que mañana mismo podré vender sus perlas. De cualquier manera, esté aquí a las dos.

—Y no se olvide de las alhajas de Anthony.

—Está bien. Pero recuerde que tengo su promesa.

—Tiene mi promesa.

Sally se quitó un guante, extendiéndole la mano. Respetuosamente él se la besó. La vería una vez más, y después... ¡Bonjour! ¡Bonne nuit!... ¡Adieu!

—¡Hasta mañana — le dijo la joven, sonriendo con amargura, al tiempo que Giácomo ponía en marcha el motor.

A medida que el auto corría acercándose al Sena, la barbilla de Giácomo descansaba casi en su pecho. Luego detuvo el coche y se encaminó audazmente hacia el hotel.

—Una habitación — le dijo a una señora muy gruesa que atendía el escritorio.

—¿Y el equipaje de monsieur?

—No traigo equipaje.

—¿Entonces monsieur pagará una semana por adelantado?

—Pero es claro que sí, señora.

Ella le alargó una tarjeta para que él escribiera su nombre. Giácomo escribió su nombre completo.

—¡Ah! ¿Monsieur es norteamericano? ¿Y el pasaporte de monsieur?

Giácomo colocó un billete de cien francos sobre el mostrador.

—Se me ha perdido. Daré aviso inmediatamente a la embajada de mi país.

—Comprendo — dijo la mujer, al tiempo que hacía desaparecer el billete de cien francos. ¿Monsieur recuerda el número del pasaporte?

Sí, Giácomo se acordaba del número, pero no podía decir dónde lo había perdido. Escribió el número, calculando que tendría, por lo menos, cinco días de libertad antes de que las autoridades pudieran descubrir que el dueño de aquel pasaporte era buscado por la policía italiana.

Examinó su habitación, se lavó y salió. Atravesó el Sena hasta la calle de Rivoli y gastó varios cientos de francos en adquirir ropa interior, un traje, medias, zapatos y una valija. Regresó al hotel y se bañó.

Una vez que se hubo vestido, bajó al pequeño escritorio y solicitó la guía telefónica. George Anthony vivía en la Avenida Hoche. Pero antes de dirigirse allí, fué al correo a preguntar si había correspondencia para él. Una carta, la única que esperaba. Era suficiente. Mattioli podría salir del hospital dentro de dos semanas.

Salió del correo algo mareado por la alegría que experimentaba. Cuando mucho, le tocaría un sólo mes de prisión. La vida nunca le había parecido tan brillante como en aquel momento.

Llamó un taxímetro y se hizo conducir a la avenida Hoche. Era una casa nueva de departamentos, en uno de los cuales habitaba Anthony. En el zaguán angosto pudo ver un conmutador telefónico, una escalera y un ascensor. Regresó a su hotel y desde allí le habló a la telefonista de la casa de Anthony.

Monsieur Anthony estaba en casa casi siempre entre las cinco y las siete, a excepción de cuando se hallaba fuera de la ciudad. ¿Estaba fuera ahora? No; monsieur acababa de llegar de Suiza.

Giácomo no necesitaba saber nada más. Abandonando el teléfono, salió nuevamente a la calle. Una vez allí, miró de un lado al otro, como si estuviera estudiando su plan. Estaba decidido. Una vez que terminara con el asunto Anthony, volvería a Milán y se entregaría a la policía. Le darían quizá seis meses de prisión. Después, tal vez, dos años bajo armas o algo por el estilo.

Para ese tiempo, Sally ya le habría olvidado, y él, por su parte, se acostumbraría a la necesidad de no volver a verla nunca más.

De repente, comenzó a reír. Se apoyó en la pared. ¡Gran Dios! Se acordó que no podría entrar en Italia para entregarse a la policía sin tener pasaporte. No había leyes de extradición para aquellos que armaban peleas en las calles; así que la policía italiana no podría sacarlo de Francia para llevárselo allá.

Era un mundo loco, y una botella de champaña no contribuiría a hacerlo más loco aún. Una vez que la botella estuvo vacía y debidamente abonada, Giácomo inició su regreso al hotel. Se encontraba algo alegre, y aun cuando no era hombre predispuesto a la bebida, experimentó una tentación fuerte de beber una segunda botella. Cuando llegó al hotel, estaba un poco ebrio. Madame le anunció que desde Vesinet querían hablarle por teléfono.

—Y no se olvide de las alhajas de ¡Vesinet! ¡Sally! Tuvo que esperar veinte minutos para obtener la comunicación, echando pestes por el pésimo servicio telefónico de París.

—¡Hola! — gritó él.

—¿Jack?

—Sí. ¿Encontró a todos bien en su casa?

—Muy bien, incluso los perros.

—Tengo una noticia para usted: Mattioli podrá salir del hospital dentro de quince días, más o menos.

—¡Pero eso es maravilloso, Jack! Yo también tengo noticias para usted.

—Soy todo oídos.

—¿Aceptará usted siete mil dólares por esas perlas suyas?

—¿Siete mil?

—¿No le parece suficiente?

—No es eso. Es que pensé que no valdrían tanto...

—Creo que fué un golpe de suerte. Mi joyero se interesó inmediatamente. Tiene un cliente. Lo fuí a ver en seguida después de separarnos. Mañana a las tres le traeré el dinero. El cliente desea ver las perlas a las cinco, a la luz del día. ¿No le parece que ha sido una gran suerte?

—No creí que eso existiera en mi horóscopo. ¿Se puede saber quién es el comprador?

Una pausa.

—No permitirá usted que sus sentimientos tomen intervención en la venta, ¿verdad?

—Mucho me temo que tenga que dejar todo eso de lado. Necesito el dinero.

—Bueno, entonces le diré que las perlas serán para una de las bailarinas del Folies Bergere. ¿No tiene inconveniente?

Nueva pausa, esta vez de parte de él.

—No, no tengo inconveniente. Le debo a usted un gran favor. ¿Cómo podré pagárselo?

—No se preocupe usted por eso.

—Bueno, entonces será hasta mañana, a las tres. Eso me dará tiempo para depositar el dinero en el banco.

(Continuará en el próximo número)

UN ROBO EN EL TREN

(Continuación de la página 26)

nos. Y resultó que al darse vuelta la dueña del anillo para tomar su toalla, su anillo le desapareció. Inmediatamente llamó al camarero y pidió a la otra señorita que aún seguía lavándose las manos, que no se retirara hasta que se hubiese encontrado su anillo. El camarero en seguida me llamó a mí, y como yo sé que usted es de la policía, les he dicho que esperen, que vendría a buscar a usted para aclarar este asunto.

El detective acompañó al guarda y al entrar en el reservado recinto de las señoras, se inclinó para hacer una reverencia burlona a su conocida amiguita Ethel. Esta estaba sentada tranquilamente en una de las esquinas del pequeño lavatorio, apretando entre sus manos su "necesaire" de viaje. A pesar de la minuciosa revisión, no apareció el anillo de brillantes. Todo lo que la víctima pudo decir, es que ella se había dado vuelta para tomar la toalla, mientras la otra seguía lavándose las manos, y al volverse nuevamente ya su anillo había desaparecido como por arte de encantamiento.

El detective Regan miró a Ethel.

—Venga usted conmigo, jovencita — le dijo, — nosotros bajaremos en Albany. — Y volviéndose a la otra señorita, prosiguió: — Usted pronto tendrá noticias nuestras, si quiere dejarme su dirección. Si el anillo no está en este lavatorio, yo sabré encontrarlo. Conozco a esta señorita y puedo garantizarle que ella lo tiene.

—Supongo que el señor detective no tendrá inconveniente en que lleve mi peine y mi jabón — dijo Ethel, abriendo su "necesaire".

—Siempre que usted me entregue después el "necesaire" — dijo Regan con mal tono.

Ethel y el detective dejaron el tren en Albany.

Después de una semana de constantes investigaciones, el pobre detective Regan no sabía más que el día de la desaparición del anillo. Tampoco Carlos había tratado de comunicarse con Ethel. Esta había sido puesta en libertad por no haber podido la policía encontrar rastro alguno del anillo, a pesar de la minuciosa revisión. Habían registrado tanto su "necesaire" como su ropa y su persona, y como no encontraron nada no tuvieron más remedio que ponerla en libertad. Durante ese lapso, ella no recibió comunicación alguna de Carlos.

¿COMO ENCONTRO ETHEL EL MENSAJE DE CARLOS? ¿QUE HABIA SUCEDIDO CON EL ANILLO DE BRILLANTES?

Vea la solución en la página 61.

El gigante rojo

Por H. S. MUNOZ

EL día de San Juan era un día de duelo y de dolor para los humildes habitantes de Villa Bella, el pintoresco pueblecito de casas blancas que se levantaba a la vera del gran bosque.

Todos los años, en la noche de víspera de San Juan, desaparecía un niño del pueblo. Según se decía, era el Gigante Rojo el que raptaba al niño.

Como el gigante se llamaba Juan, y era muy devoto de la carne humana, todos los años, en el día de su santo, quería tener el placer de darse un banquete almorzándose a un pobre niño.

Y es así que cuando llegaba la festividad de San Juan, todos los padres de Villa Bella temblaban por la vida de sus hijitos. Durante la noche precedente al día nefasto, ninguno se entregaba al sueño. Cada uno en su casa, todos se disponían a pasarse la noche en vela, pero... ¡he aquí lo terrible, lo monstruoso, lo sobrenatural!, una mano invisible parecía posarse sobre sus párpados, y éstos se cerraban al contacto de esa mano poderosa. Cuando a la mañana siguiente se despertaban, una terrible angustia se pintaba en su semblante. Aterrorizados, corrían hasta el lecho de sus hijitos, y al comprobar que estaban allí, una gran alegría les llenaba el corazón; entonces daban las gracias a Dios por haberles librado del inmenso dolor de perder a un ser tan querido.

Esto ocurría en todas las casas de Villa Bella, menos en una: en esa en la que en la mañana de San Juan faltaba siempre un niño. El llanto desgarrador del padre y de la madre atraía a todos los demás padres, que se deshacían en frases de consuelo para mitigar el dolor de aquellos infelices desventurados. Alguien siempre proponía:

—Debemos ir al bosque a rescatar al niño y dar muerte al gigante.

—Sería inútil —intervenía otro.— ¿No sabemos ya que el bosque está lleno de peligros y que el gigante es invencible?

—Es verdad —intervenía un tercero. — ¿No os acordáis que el año pasado dimos cuenta al gobernador, y que éste envió un ejército para combatir y rendir el gigante, y que dicho ejército tuvo que volverse maltrecho y jurando no volver a intentar la captura de tan temible gigante?

Desechada toda idea de ir al bosque a tratar de salvar al infortunado niño que ese día serviría de manjar a la gula del gigante, se organizaban en el pueblo los funerales por el alma del desaparecido, y todo volvía a seguir su curso sempiterno, sin otra novedad que un gran duelo en el corazón de los padres tan cruelmente despojados.

Un día de San Juan, mientras se hallaba todo el pueblo congregado en la casa del duelo, una voz suave y dulce que nadie sabía de dónde partía, interrumpió el amargo llanto de todas las madres que acompañaban en su dolor a la despojada del gran tesoro de su hijo:

(Continúa en la pág. 48)



DELFINO Y "LA HORA DE LA SANTA PACIENCIA"

He aquí la forma cómo Enrique Delfino, el popular Delfy, se presenta ante sus oyentes. La música desacompasada y risueña de este pequeño organillo anuncia la presentación del humorista ante el micrófono.

Con su armónium, que él ha dado en llamar "fiambrera", y con cuya música deleita a los innumerables radioescuchas que lo siguen en cada una de sus transmisiones.

Con Domínguez, el popular speaker de Radio Splendid a quien Delfy trata en cada una de sus transmisiones de hacer hablar. Pero es en vano, pues Domínguez se limita con reír ante las ocurrencias de aquél.



Aquí lo tenemos leyendo las cartas de sus muchos admiradores. Delfy asegura que un noventa por ciento de las cartas han sido escritas por manos femeninas. Sin embargo, nos cuesta creerlo. Se ha puesto demasiado serio al leer la que tiene en la mano...



Con el serrucho y el piano, instrumentos éstos que Delfy toca simultáneamente, causando la admiración de sus oyentes.



Con una facilidad y una habilidad que asombran, el conocido humorista radiotelefónico Delfy ejecuta piezas con piano y bandoneón a un mismo tiempo. Músico habilísimo, buen cantor y charlista ameno, Delfy ha triunfado en la radio gracias a su innegable personalidad de artista.

LAS ENCUESTAS DE

¿DEBE o NO APLICARSE un

¿Conviene el impuesto a los solteros? ¿Es un gravamen justo? ¿Sus consecuencias serán beneficiosas?

"Mundo Argentino" no omitirá esfuerzos para que el resultado de esta encuesta sea el verdadero sentir de todo el pueblo de la república. Para ello promete para en breve una original manera de obtener este reflejo tan necesario, para que el nuevo Congreso pueda tener más base donde orientarse sobre este asunto.

• •



El escritor José Fernández Coria opina que en vez de imponer gabelas al celibato, se le debería prohibir, sencillamente, y considerarlo como un delito.

Opina el doctor JOSE FERNANDEZ CORIA (CASADO)

El señor José Fernández Coria tiene bien ganada reputación como profesor y hombre de letras. Se ha especializado en estudios sobre el lenguaje y su enseñanza, y a este fin ha concurrido a las principales universidades y liceos de Francia y España. El año 1918, uno de su libros, "La Enseñanza de la Literatura en las Escuelas Argentinas", conquistó el premio nacional de literatura. De este libro, agotado a poco de publicarse, se espera una nueva edición. Ha colaborado en los principales diarios de Buenos Aires y con mayor frecuencia en la revista "El Hogar". Como escritor se distingue porque sabe ajustar el tono de su estilo a la índole de la materia que trata. Así, cuando el tema lo exige, fluye fácil su vena de humorista, como podrá verse por la forma en que ha contestado a nuestra encuesta sobre el impuesto a los solteros.

Con el impuesto a los solteros ocurre lo que con todos los impuestos. Lo censuran los que deben soportarlo. Lo aplauden aquellos a quienes no afecta.

No sé si el impuesto será o no justo. Desconozco los fines que tienen en cuenta los que lo propician. Pero creo que si este proyecto llega a convertirse en ley, su aplicación equitativa va a ser extremadamente difícil.

En el celibato hay distintos grados y matices. No se deberá, entonces, imponer a todos los solteros la misma tasa, ni graduar ésta en relación a la fortuna o bienes de los afectados por el gravamen.

¿Don Hipólito Irigoyen es soltero con la misma intensidad y en la misma medida que el doctor Carlés? ¿El celibato del doctor Palacios tiene las mismas causas y los mismos efectos que el del doctor Ricardo Cernadas? ¿Las consecuencias de la soltería del doctor de la Torre son idénticas a las originadas por la soltería del doctor Villanueva?

Las dificultades para responder a las anteriores preguntas, que se refieren a personas de conocida actuación solteril, nos indican que el problema es muy complejo. El doctor Palacios que, como todo el mundo sabe, es absolutamente soltero, podrá, en su carácter de legislador y de hombre que conoce a fondo la cuestión, establecer, cuando se discuta el proyecto, una clasificación de los solteros, y de acuerdo con ella, una escala de impuestos gradual y progresiva.

Ahora bien: yo creo que si en el impuesto a los solteros se han tenido en cuenta razones de orden público, se va por mal camino. En lugar de imponer gabelas al celibato, se le debería prohibir sencillamente, considerarlo como un delito y penarlo con severidad.

Claro es que no todos habrían de sufrir las mismas condenas. Hay quien, para justificar su estado y para que se le aplicara una pena mínima, podría alegar su falta de atractivos físicos, su timidez u otras circunstancias atenuantes. En cambio, algunos solteros contumaces deberían sufrir todo el rigor de la ley por cometer el delito de soltería con los agravantes de premeditación y alevosía. Y en cuanto a los solteros crónicos, como los señores Irigoyen, de la Torre, Carlés, Llavallol, Lubary, Villanueva, Palacios y algunos otros, habría que considerarlos tal cual son considerados los reincidentes de los delitos comunes. ¡Duro con ellos!

Una última cuestión:

Muchos creen que si se proyectan impuestos a los solteros es porque éstos son seres privilegiados, que gozan de ventajas extraordinarias y de una felicidad alcanzada a poca costa, de la cual están excluidos los casados. Pero algunas fotografías que han aparecido en MUNDO ARGENTINO con motivo de esta encuesta, parecerían demostrar lo contrario. Así, por ejemplo, el simpático don Jorge Mitre, que es reincidente como casado, muestra una sonrisa de hombre plenamente feliz. Y aunque yo creo que un hombre puede ser feliz aun siendo casado, me parece que esa sonrisa de don Jorge es un hábil camouflage para que se le confunda con un célibe. En cambio, el exquisito poeta don Alvaro Melián Lafinur, que es completamente soltero, tiene una expresión de profunda tristeza. Cualquiera diría que es casado.

"MUNDO ARGENTINO"

impuesto al HOMBRE SOLTERO?

De PEDRO MIGUEL OBLIGADO (SOLTERO)

"Un impuesto, sí, pero a las solteras"

Pedro Miguel Obligado es una de las figuras más interesantes de nuestra literatura. Versos de hondo lirismo, prosa igualmente llena de sugestión poética, estudios críticos de maestro, como el notable que ha hecho sobre Samain. Hay en su producción valores que no podrían perderse. A través de las meditaciones íntimas de sus ensayos, aparecen con nueva significación los héroes de la literatura universal. Nadie habrá leído sin impresionarse su evocación de "Ofelia" o "La tristeza de Sancho". Fuí a interrogarlo, para la encuesta de "Mundo Argentino", no sólo con interés periodístico, sino con verdadera curiosidad sobre lo que diría. Fuí dispuesta a oírle una disertación en tono gris.

Pero sólo me hizo manifestaciones en tono alegre, con respuestas ingeniosas. Apenas le hube formulado las preguntas de la encuesta, me respondió:

—¿Y no valdría mucho más un impuesto a las solteras?

Yo le expliqué la finalidad importante y práctica del proyecto, procurando que, aparte de las reflexiones que quisiera hacer en sentido cómico, expresara su verdadera opinión en serio.

—Veo —me dijo— que usted no me ha entendido. Supone que propongo el impuesto a las solteras con espíritu de broma. Y es que las cosas más serias, en este mundo lleno de incongruencias, aparecen como risibles. Yo miro la vida tal como es y no con ideas hechas. Seamos sinceros con nosotros mismos y veamos las consecuencias positivas que traería el proyecto que opongo al de la encuesta de MUNDO ARGENTINO. Uno de los hechos más desagradables de la vida social, que más contrarían la armonía de los sexos, es la mala costumbre, o el prejuicio, que obliga a las mujeres a colocarse en un pedestal, aguardando, como reinas, el ruego de los hombres. Es una situación falsa, convencional. En realidad, ellas tienen tantas ganas de hacer el amor como nosotros. Pero las mentiras convencionales las han hecho pretensiosas, coquetas, y con frecuencia inaccesibles. Fingen desprecios que íntimamente no tienen. De ahí, para los pobres hombres, que generalmente son muy ingenuos, toda clase de disgustos. Un impuesto a las mujeres solteras tendría la virtud de hacerlas menos pretenciosas y más accesibles. Porque como son impresionables, más impresionables que el hombre, más susceptibles a cualquier cambio, verían en la nueva ley un aviso, un cambio de costumbres. "Puesto que el Estado nos amenaza con un impuesto —se dirían— si no buscamos marido, cualquier reticencia nuestra se consideraría definitiva. Yo no podemos jugar con los sentimientos del hombre. El impuesto a nuestra soltería los protege. Es mejor llegar a un acuerdo."



El poeta Pedro Miguel Obligado dijo a nuestra cronista que el impuesto debería ser para las solteras, pues tendría la virtud de hacerlas menos pretensiosas y más accesibles.

—¿Y si se hicieran de pronto demasiado exigentes? ¿Demasiado festejadoras?

—¡Oh! Eso sería muy divertido y siempre preferible a sus actitudes de persona inabordable. Ya el hombre inventaría los medios de contrarrestar el ataque de las mujeres. Mucho más peligrosas son ahora. Ahora son las enemigas subrepticias del hombre.

—¿Y si ellas, con el pretexto de la ley que usted propone, establecieran la costumbre de pedir la mano del hombre que han elegido?

—Ahora también la piden, pero hipócritamente. Un impuesto a las solteras aclararía mucho las relaciones sexuales. En cambio el impuesto a la soltería masculina sería una intromisión injustificada. Todas las mujeres quieren casarse, pero no todos los hombres. No sería justo hacer una ley que intente violar la libertad de los hombres. En cambio, el impuesto a las mujeres sería decirles, sinceramente: "¿Quieren ustedes casarse? Pues a decirlo lisa y llanamente, ahí están los hombres que las esperan."

—Sin embargo —le objeté,— sería una verdadera tragedia para la mujer rechazada en su pretensión galante.

—Para las mujeres desagradables, querrá usted decir. ¡Bah, no sé que ahora ningún hombre sensato festeje a una mujer desagradable y excesivamente fea! ¿Usted cree, señorita cronista, que un impuesto a los solteros conseguiría marido para las mujeres desagradables? En tal caso sería una ley todavía más deplorable, más condenable. ¿Qué ganaría la sociedad con un desdichado más? Es preferible protegerlo. Porque el soltero es un hombre inofensivo, que no hace mal a nadie. Dejémoslo tranquilo. Generalmente es más bueno que el hombre casado, porque tiene menos disgustos. ¿A qué perseguirlo? Con las que hay que acabar es con las solteras, con las solteronas. Esas sí que son malas. Gazmoñas, chismosas, amargadas, comprometen la tranquilidad de todo el mundo. Yo dejaría en paz a los solteros y obligaría a casarse a las solteronas.

—¿Con quién? ¿Con los casados? Porque si es necesario respetar la tranquilidad de los solteros...

—Es verdad. No se podría acabar con las solteronas sin atentar contra la libertad de los solteros. Entonces ¿será preciso que las sociedades soporten perpetuamente este mal de las solteronas?

—Y usted —le pregunté— ¿piensa casarse?

—¡Oh, eso no interesa para nada al objeto de la encuesta!

—Sí, sí, doctor Obligado. Porque no sólo buscamos opiniones autorizadas e interesantes, sino también tratamos de que el público pueda apreciar el valor circunstancial de cada respuesta. Por ejemplo, es curioso que todos los solteros sin excepción, hasta ahora, se declaren enemigos del impuesto. Por eso insisto en preguntarle, ¿piensa casarse?

—¡Es algo tan cómico el casamiento! Ahí tiene usted una cosa cómica que en la comedia humana aparece envuelta en gravedad.

—Pero usted, en fin, ¿no está dispuesto a transigir con ese paso cómico?

—¿Y usted cree que los cronistas tienen derecho a explorar la conciencia íntima de los solteros?

Nuestros amiguitos las MASCARITAS del INTERIOR



Nelly Caraballo Celeri, de fantasía circense (Santa Fe).



María Esther y Ana Rosa Pagani, de dama antigua y abecedario, respectivamente (Rosario).



Tita Caviglia Mendiondo, de mariposa (Bahía Blanca).



Jorge Eduardo Locatelli, de gauchito (Bahía Blanca).



Gladys Caraballo Celeri, de fantasía circense (Santa Fe).



Magdalena Antón Masanés, de "fado" (Zárate).



Fidel Alvarez Costas, de doctor (Tucumán).



Bebita Varisco, de paje (Paraná).



Porotita Salva, de turquita (Santa Fe).



Chanita Firpo Arocena, de esclava (Casilda).



Amalia Elena Primick Cannin, de abanico (Concordia).



Huguito César Huarte, de gaucho (Mar del Plata).



Yolanda Teresa Pierozzi, de gitana (Santa Fe).



María Muñoz, de marinero, y Rosa Benegas, de "La nieta del Zorro" (Rosario).



Irma Clara Entratico, de reina de las hadas (Guaminí).



Elvira Esther Edelman, de dama antigua (Neuquén).

MENÚ
PARA TODA LA SEMANA

En nuestro propósito de contribuir a hacer menos pesadas las tareas de las amas de casa, en lo que a las comidas se refiere, continuamos en este número la publicación de nuestro menú diario para toda la semana. Seleccionado con el mejor criterio, estamos seguros que ha de resolver satisfactoriamente este problema, que es, sin duda, uno de los más engorrosos de cuantos se plantean en todos los hogares.

MIERCOLES

Almuerzo	Comida
Fiambre. Bacalao gratinado. Carne de vaca a la samela. Chauchas en ensalada. Fruta.	Pecho de cordero a la mariscala. Merluza frita. Croquetas de papas. Dulce de zapallo.

JUEVES

Almuerzo	Comida
Calamares. Arroz con pollo. Berenjenas a la turca. Hígado de ternera a la milanesa. Duraznos al natural.	Macarrones al gratin. Sesos de vaca en caldereta. Tortilla de espinacas. Budín de sémola.

VIERNES

Almuerzo	Comida
Pate de Foie Mondongo a la florentina. Papas rellenas. Merluza con salsa mahonesa. Fruta.	Capón a la manin. Acelgas rebozadas. Huevos estrellados. Compota de ciruelas.

SABADO

Almuerzo	Comida
Sardinas en escabeche. Albóndigas de carnero. Repollitos rellenos. Hígado de cerdo estofado. Manzanas con merengue.	Sopa a la reina. Riñones de ternera a la brochette. Tortilla de papas. Mermelada de damasco.

DOMINGO

Almuerzo	Comida
Salpicón de atún. Arroz a la milanesa. Costillitas a la Villeroy. Huevos pochés con jamón. Aspic de frutas.	Blanqueta de ternera con arroz. Anchoa al horno. Croquetas de papa. Manzanas asadas.

LUNES

Almuerzo	Comida
Fiambre. Sopa juliana. Carne de vaca estofada a la cubana. Tortilla a la francesa. Fruta.	Sopa de arroz. Milanesas con ensalada de remolacha. Ropa vieja. Budín de pan.

MARTES

Almuerzo	Comida
Fiambre. Asado con ensalada. Sesos a la criolla. Huevos a la rusa. Fruta.	Lentejas a la casera. Jamón con espinacas. Pejerrey frito. Compota de peras.

EL PLATO DEL DOMINGO

HUEVOS POCHES CON JAMON

Se pone al fuego una sartén con agua y sal. Cuando hierva, se retira del fuego; se rompen dos huevos en el cucharón y se ponen despacio en el agua de la sartén. Se dejan así un momento, luego se pone la sartén al fuego; cuando las yemas se cubran con una tela blanca y las claras estén cocidas se retiran los huevos con la espumadera. Se pone al fuego otra sartén con una cucharada de manteca y dos rebanadas de jamón; se dora el jamón y se retira. En la misma sartén se ponen a freír dos rebanadas de pan francés. Una vez listas se ponen en una fuente las tostadas, encima de cada una de estas el jamón, y encima los huevos. Se sirven solos o con alguna salsa al gusto.

MEDITE USTED SOBRE ESTE PROBLEMA DIARIO

SEMBRAR FELICIDAD *es lo que* IMPORTA *en la* VIDA

Por MISIA REMEDIOS

EXISTEN cientos como ella en todas las clases sociales. Es la muchacha que tenía tan buena cabeza, que era tan bonita, alegre, popular con los muchachos, y que, sin embargo, no prosperó después del matrimonio.

—¡Ay, querida! — dirán sus antiguas compañeras veinte años después; — no vale la pena que yo vaya a ver a Mariquita. Simplemente, no tenemos nada que decirnos. Nuestros intereses son muy opuestos.

Es que sus compañeras han progresado. Son mujeres del mundo. Viajan por otros países; son madres modernas; llevan ondulación permanente y las uñas manicuradas y teñidas. También leen mucho, tanto revistas como libros.

Mariquita, con toda su popularidad de la juventud, se casó y cometió el suicidio de encerrarse, y toda su belleza se marchitó, se perdió sin ningún provecho, porque después del casamiento, puede afirmarse en sentido figurado, que jamás volvió a arreglarse la preciosa cabellera.

¡Es ridículo! Haberse perdido así... A sus amigas les extraña que aún pueda retener el cariño de su esposo, tan pulcro, tan atildado... Toda mujer debe a sí misma mantenerse atractiva todo el mayor tiempo posible. Si tiene hijos, ellos se abochornarán de tener una madre tan "cache". No es que no pueda pagarse lo que se le antoje. Su esposo siempre le está exigiendo que se arregle. ¡Algún día ella tendrá una sorpresa desagradable!



Mariquita lo comprende. Es imperdonable que su pelo se esté manchando de gris. El día menos pensado va a arreglar eso y a presentársele a su esposo como una de esas rubias platinadas tan populares y que llenan las páginas ilustradas de los diarios. A él le gustaría eso, aunque cuando ella se lo dice, no parece concederle demasiada atención al asunto. Tal vez no lo toma muy a lo serio, aunque está de acuerdo con que Mariquita se preocupe más del aspecto de su persona... "Sí; pero hay tanto que hacer en la casa", arguye ella.

Mariquita es una maravilla para trazar planes. No le permite a su marido descansar sobre los laureles. Lo está incitando siempre a hacer algo. A lanzarse en nuevas aventuras. Ella fué la de la idea del nuevo plan de estacionamiento para autos y del ensanche de las avenidas, que tanta nombradía le granjearon como ingeniero.

Fué de ella la idea, pero cómo lo acosaba la pobre para que la llevara a la práctica.

Eso es lo que resulta de vivir con una mujer como Mariquita. No le da tiempo para envejecer tranquilamente: está tan llena de ideas relacionadas con el bienestar de los demás, que mantiene a su hogar lleno de curiosidad sobre las novedades que se le puedan ocurrir.

Sus hijos protestan contra esas modalidades de su madre.

Y no se preocupa sólo de su familia, Mariquita. También se ocupa del bienestar del señor Rodríguez, que ha envejecido en su empleo del correo, y de la señora de Martínez, inválida por la ciática. También contribuye a que el sobrino de su marido estudie derecho y a que su hija, Camila, obtenga honores literarios y triunfos en el colegio.

Es notorio el hecho de que cuando Mariquita se encuentra en el círculo de sus antiguas relaciones, se patentiza que "no se ha mantenido al día".

— Te lo debes a ti misma — le dice Ada, una de sus íntimas amigas. — Estás jugando con tu suerte, querida. Tu marido, con toda su grandeza, no es más que un hombre, un hombre con debilidades muy humanas...

Esto asusta a Mariquita. Sí; es necesario que se sobreponga; que haga "las cosas" que conservan jóvenes a las mujeres; jóvenes, encantadoras y perpetuamente interesantes para sus maridos. Corre al espejo. Se mira... ¡De veras que está imposible! Ese pelo... ¡Esas uñas! Decididamente, debe cambiar de vida...

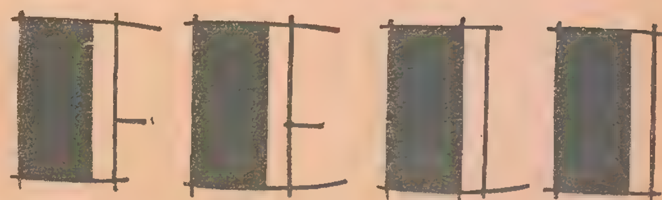
Entra el marido de la calle y se ponen a discutir la forma de que su hijo entre en el estudio de uno de los más famosos arquitectos de la ciudad. Y es entonces que se le ocurre lo cómico que resultaría arreglarse para su marido, que jamás sabe lo que lleva una mujer o cuál es el color de sus ojos.

Sin embargo..., Ada tenía razón: una se lo debe a sí misma.

Pero coincidió que aquella fué la semana en que toda la familia de Rupertín enfermó de viruelas y fué necesario ayudar a Ricaldoni a evitar la bancarrota y Camila deseó tan ardientemente ese tapado de armiño. Ella se sacrificó y no hizo nada por sí misma.

Ahora tiene cinco años más de descuido, más ajada y más canosa cada vez. Ha quedado retrasada en cinco años, pero mientras tanto entre la muchedumbre de sus amistades han tenido lugar divorcios, desilusiones, se han deshecho familias y se han roto corazones.

Todos, su marido, sus hijos, su amiga Ada y toda la lista larga de sus viejas amistades concuerdan en declarar que ella es un "espectáculo" y que habría que tomar algunas medidas. Ella continúa proponiéndose hacerlo, pero jamás lo hace, lo que no obsta para que su marido, sus hijos y sus amistades la proclamen "una gran cosa". Es que ha hecho mucho bien en el mundo. Ha sembrado mucha felicidad. ¿Qué importa lo demás?

Contra lo que muchos creen, "la felicidad es una lindísima pompa de jabón que hacemos nosotros mismos, y que, como todas, estalla en cuanto la tocamos con la mano". Tales son las palabras de uno de los personajes de este relato, y por cierto que no puede ser más exacta la definición.

EL discurso de Arrigo, hecho al final de la comida, no tenía ninguna importancia y nada nuevo decía. Sólo la palabra "felicidad", con que lo terminó hizo volver a todos los ojos como hacia un Oriente lejano.

Y Horacio dijo:

—¡Ah, la felicidad! ¿Quién la ha encontrado? Nadie, quizá, pero todos creen haber pasado al lado de ella. Y no era la felicidad, sino una ilusión. En esto yo me encuentro, como dicen los franceses, "fixé". Porque a mí me ha ocurrido el tener clara, precisa, límpida la sensación de una felicidad que sólo debía extender la mano para alcanzar, y en seguida, por una sola palabra, he comprendido que aquella felicidad era falsa. Desde entonces creo que lo que llamamos "dicha" es un simple impulso de nuestro espíritu hacia un deseo, y nada más. No se basa en la realidad, y hasta podría decirse que es el polo opuesto.

Y esta peroración fué oída un poco más atentamente que la primera. Alguien dijo:

—Es inútil preguntarte si esa sensación de felicidad fué provocada por un deseo amoroso. Generalmente es así.

—Y yo no soy la excepción — replicó Horacio riendo.

Tenía éste el carácter alegre, y su saneada y abundante renta le permitía llevar una vida tranquila y agradable. Contaba nueve lustros y era furibundo jugador en invierno y turista en verano. El verdadero tipo del solterón que toma la vida como viene, o, mejor dicho, como va. Así que al oírle hablar de la felicidad con cierto dejo de melancolía, surgió una aguda curiosidad. A la gente le gusta que alguien sea distinto de lo que parece ser. Diríase que es una diversión. Así se explica que cuando peca un hombre honrado, todos se apresuran a vilipendiarlo para hacer resaltar el contraste entre la fingida y creída honradez y la indignidad que se revela a plena luz.

Todos los comensales se volvieron hacia Horacio, diciéndole:

—Cuéntanos esa historia, hombre.

Y el interpelado comenzó diciendo:

—Hará de esto siete u ocho años. Tenía yo entonces treinta y seis; tal vez algunos más, como pensará en este momento mi buen amigo Arrigo, que ha sido mi compañero siempre y especialmente en aquel período de mi vida.

"Frecuentaba entonces la casa de una señora de mi edad, madre de una jovencita de diez y siete años. Ya sé lo que estáis pensando: que quién me atraía allí, si la hija o la madre. En ésta no me había fijado. Hay personas con las que se habla "sin ojos" y a las que se contesta "sin oídos", como si se dirigiese uno a un mueble. La muchacha era lindísima, con unos ojos inmensos, una voz y una sonrisa dulcísimas. Pero yo tampoco la veía.

"Veinte años de diferencia ponen un velo entre un hombre y una mujer. El velo puede desgarrarlo un huracán, pero no un sentimiento.

"A ella le gustaba hablar conmigo porque yo le demostraba afecto y la entretenía con mis cuentos amenos; pero no se me había ocurrido la idea de que un sentimiento más tierno pudiera nacer entre nosotros. Yo me decía: "Dentro de dos o tres años esta jovencita se convertirá en una mujer apasionada. Dichoso del hombre a quien quiera."

"Pero no se ocurría envidiarlo.

"Aquella perfecta serenidad fué turbada, precisamente, el último día del año, uno de esos años que transcurren semejantes a los demás.

"Estábamos reunidos en la casa varios amigos íntimos. María — llamémosla así — había estado sentada lejos de mí en la mesa, pero desde mi sitio yo podía contemplar el puro perfil y el cuello y hombros de una blancura de nieve que contrastaban con el tono vivo del traje, el primero descotado que usaba.

"Cerca de ella había un muchacho de unos veinte años que le sonreía casi sin cesar. Y yo pensé: "¿Será éste?"

"Pero no me hizo sufrir tal idea. La cena había pasado como todas las cenas, y el año nuevo entró cautamente. Nos levantamos para los brindis: yo hablé, y sentí que una ardiente mirada se posaba en mí largamente.

"Cuando salimos del comedor no tuve más remedio que dar el brazo a María y atravesamos algunos salones. Sobre la puerta de uno de éstos estaba colgado un ramo de muérdago.

"—En Inglaterra — dije a mi encantadora compañera—existe la costumbre de que cuando un hombre y una mujer pasan bajo un ramo de muérdago, se besen. Pero tranquilícese: seré generoso y no le impondré semejante sacrificio.

"Estábamos solos, pues las otras parejas se habían alejado. Y de pronto oí su voz dulcísima que decía:

"—¿Por qué dice usted eso? No sería un sacrificio.

"Y antes de que yo pudiese hacer un movimiento, sentí en mi mejilla unos labios frescos que me produjeron una impresión terrible, inolvidable.

"Todavía recuerdo aquel beso, que nada ha podido borrar. Qué tonto era, ¿verdad?... ¡A los treinta y seis años!

"Aquella noche no pude volver a dirigirle la palabra. ¿Y qué le hubiera dicho? Estaba completamente atontado.

"¿Era una coqueta? ¿Una ingenua? Aquel beso, ¿era la indiferencia hacia el hombre viejo o el cariño naciente al que creía digno aún de ser amado?

"Toda la noche la pasé despierto, dando vueltas a mi cabeza, sintiendo aquellos labios, frescos y abrasadores a un mismo tiempo.

"Pasados unos días volví a verla. ¡Qué poder de disimulo tienen las mujeres! Me recibió como siempre; y, sin embargo, creí notar en ella una reserva no habitual en nuestras amistosas relaciones.

"Yo sentía nacer, crecer en mí algo grande, inmenso. ¿La amaba? ¿Y ella? ¿Aquel beso no había sido un principio de declaración?

"Llegó un día en que me convencí de que la quería profundamente, y pensé en casarme con ella. Sí, no os riais. Aquella fué la época más dichosa, más dulce de mi vida. Y creo que ella había adivinado mi amor, porque en sus constantes atenciones había un pudor más tierno, una reserva más cariñosa. Parecía que dijese:

"—Lo sé, lo sé... Y agradezco tu vacilación, hija del verdadero amor.

"Si yo retardaba el momento de hablar a la madre era por una especie de vergüenza al confiar a alguien que yo, casi viejo, me había



enamorado de una niña.

"Antes de dar el paso decisivo resolví confiarme a alguien. ¿Habéis notado que casi siempre el porvenir de un amor depende del confidente que elegimos? Entre nosotros, animales sociales, hay un tal instinto de buscar la aprobación ajena, que confiarse no quiere decir muchas veces sino buscar consejo. Y de una palabra amarga o benigna que nos dicen respecto a la persona que amamos, depende muchas veces que el hilo que nos liga a ella se rompa o se haga más fuerte.

"Yo tenía entonces un amigo. ¿Se había dado cuenta de mi amor? Lo cierto es que le confié mi pequeña historia amorosa: la noche de la cena, el beso y todo lo que yo había sacado en consecuencia.

"Recuerdo que al contárselo bajaba los ojos ruborizándome como un colegial y temía yo que se burlase de mí.

"Primero se echó a reír a carcajadas, y luego, más tranquilo, me dijo:

"—¡Qué ridículo estás, Dios mío! Has tomado en serio la ocurrencia de una niña que sólo ve en ti a un viejo amigo al que se puede besar impunemente, de una coquetuela que ha querido reírse de ti bajo su aspecto de ingenuidad.

CIDAD

UN CUENTO SENTIMENTAL
De C. GIORGIERI CONTRI

"Y como permaneciese perplejo, dudando y tratando de defenderme, el otro agregó:

"— ¡A tu edad! ¿No te avergüenzas? Mira: voy a serte franco. Ha sido un pequeño complot entre ella y yo, para ver si caías en la trampa. A mí también me besó, y después dijimos: "Hagamos una prueba con Horacio."



Estábamos reunidos en la casa varios amigos íntimos.

"— ¡Cómo! — balbucí. — ¿Te había besado a ti también?

"— Sí. ¿Qué tiene de malo? También yo soy un viejo amigo. Me besó aquí.

"Y me indicó un lugar de su cara, cerca de la boca.

"Aquella simple confidencia orientó mi vida. Decir que no sufrí, sería engañaros. Se habían burlado de mí, o por lo menos yo había dado importancia a lo que no la tenía. Coquetería o inconsciencia, no había otro camino. Y como no me parecía inconsciente, me atreví a juzgarla como coqueta. La perdonaría sonriendo, pero, ¿soñar en tomarla a lo serio, en casarme con ella? ¡Nunca! ¡Veinte años nos separaban!

"Siempre había sido contrario al matrimonio, y me burlaba de aquello que yo tomara como amor y que no era sino ilusión de los sentidos. Mi felicidad no estaba allí. Pero entonces, ¿por qué se me había aparecido tan clara?

"Sin decir nada tomé una resolución heroica: alejarme. No me retiré a un desierto, ni me dediqué a dar la vuelta al mundo. Viajé cómoda y banalmente, dejando que los días pasaran una esponja sobre mi dolorido corazón. Transcurrió el tiempo y, creyéndome curado, volví. Un día me encontré casualmente con la madre, quien me dijo:

"— ¿No sabe que María está de novia? Se casará dentro de un mes. Supongo que se alegrará usted. Era un buen amigo nuestro, ¿verdad? Venga a visitarnos muy pronto.

"¿Casada? Sonreí. Finalmente sus ingenuas artes habían servido para algo, y sus redes se habían cerrado sobre el codiciado tesoro. ¿Alguien a quien había besado otro final de año bajo la rama de muérdago? Tal vez no, porque el tiempo le había dado mayor seriedad. Pero, sin duda, alguien la había besado y ella correspondió gentilmente a aquel beso.

"Lleno de curiosidad fuí a visitarla. No me olvidaré de aquel día: una tarde de invierno, gris, brumosa, pero en la que se adivinaba un no sé qué, presagio de primavera. Un día ambiguo, dulce y amargo, que parecía decirme: "Aún estás a tiempo. Prueba, cree...", y por otro lado: "¡Estúpido! ¿Todavía esperas? ¿No has sepultado aún esa ilusión?"

"Sí; la había sepultado. La imagen de la joven que tan querida me había sido, desaparecía. Aquel beso podía haber sido ingenuo o calculado, pero la emoción de María al verme, era real. Sonreía al aproximarme yo y su simpatía era evidente. Pero, ¿me amaba? De todos modos, era tarde ya. No se rompen compromisos ni se falta a la fe jurada con tanta facilidad.

"María estaba en casa y salió sola a mi encuentro: su madre, según me dijo, estaba vistiéndose.

"Me pareció que había cambiado mucho. Era más mujer, naturalmente, aunque una reserva más visible suavizase la gracia ardiente de su juventud. Sólo el rostro tenía una palidez impresionante, y sus ojos tenían una mirada de ansia.

"— Nos hemos cansado mucho en estos días y por eso...

"¿Quería buscar un motivo a su palidez? ¿Por qué?

"En este momento la madre entró, afanada, nerviosa.

"— Cuando se casa una hija — explicó, — usted comprende...

— Sí, sí, comprendo — musité con un hilo de voz.

"María, inmóvil, callaba. A la luz que venía de la ventana veía yo su perfil, como lo había visto aquella noche en la mesa. Puro y bello siempre, pero perdido en la sombra, como si se alejase de mí.

"— ¿Es usted feliz? — pregunté, aprovechando un momento en que nos habíamos quedado solos.

"— Sí — contestó ella, mirándome sin mayor fijeza.

"No sé qué había en aquella mirada, pero me pareció ver en ella el brillo de las lágrimas. Me llamé "idiota", quise decir alguna frase, felicitarla al menos, pero el recuerdo de aquella cena odiosa, borró en mí todo sentimiento, y hasta llegué a acusarla de haber besado a todos los que estábamos allí esa noche inolvidable.

"Y me fuí. Al estrecharle la mano, la noté helada, muerta o abandonada. Los ojos obscuros parecían decirme:

"— ¡Llévame! ¡Llévame!

"Pero yo no fuí capaz de darles crédito. Tuve algo así como miedo.

"Han pasado seis o siete años, y aquel recuerdo aún perdura en mí, más firme que ninguno. Pero, ¿a qué ha venido el contaros todo esta historia? ¡Ah! Ya recuerdo: era para daros, con mi ejemplo, la definición de la felicidad, que no es sino una ilusión del pensamiento, del deseo. Yo sabía muy bien, después de lo que me había dicho mi amigo, que aquella muchacha se había burlado de mí y de mis inclinaciones sentimentales. Sabía muy bien que era ridículo pensar que pudiese amarme. ¡Y sin embargo!... Desde entonces me digo que la felicidad es una lindísima pompa de jabón que hacemos nosotros mismos. Y que, como todas, estalla en cuanto la tocamos con la mano, dejándonos, ¿qué?, un poco de acíbar."

La frase última gustó a medias. Arrigo se levantó, y tomando del brazo a uno de los invitados más próximos, dijo, entre alegre y preocupado:

— ¿Quieres saber algo bueno? ¡Ah, ah!... Es para morirse de risa. ¿Quién iba a imaginarse que Horacio estaba realmente enamorado de aquella muchacha? ¡Me daba una rabia terrible verle perder la cabeza, sin remedio, a él, un hombre serio, por una tonta, por una ingenua!

A lo que el otro repuso no sin bastante acritud:

— Pero ¿a ti qué te importaba? ¿Acaso Horacio te dijo algo?

— Yo fuí el confidente al que aludía en su relato. E inventé lo del beso que me había dado María, para que mi amigo no perdiese la chaveta. Una mentira siempre es permitida, ¿verdad?

— ¡Pero entonces su felicidad existía, realmente! — balbuceó su interlocutor. — Y tú... y tú...

— No hice nada malo — prosiguió Arrigo. — Si no fuese un terco, debiera convencerse de que mi definición de la felicidad es mucho mejor que la suya. El dice que la felicidad es lo que se desea: yo había dicho que es lo que se teme. A él le daba terror el matrimonio, y por eso le parecía tan hermoso. Yo lo alejé de él, y creo que hice bien.

— ¡Pero destruiste su felicidad! — protestó el otro.

— ¡Bah! No sería tan firme, cuando se deshizo por tan poca cosa.

FIN

EL GIGANTE ROJO
(Continuación de la pág. 40)

ñaban en su dolor a la despojada del gran tesoro de su hijo:

— Un momento, señores. El Gigante Rojo todavía no ha sacrificado al niño que se ha llevado esta noche. Y ese niño podría salvarse.

Todos miraron extrañados hacia donde partía la voz y vieron que quien les hablaba era Pulgarcito, el eterno Pulgarcito que apenas levantaba un dedo del suelo.

—¿Dices tú que aún podría salvarse mi hijo? — imploró la madre inclinándose hacia él: — A ver, dime, ¿cómo? Si tú lo salvas te daremos todos los bienes que poseemos, que son esta blanca casita, la vaca, la mula y las gallinas.

— No — dijo Pulgarcito. — Yo no quiero nada. Yo lo salvaré de las garras del gigante, y, si es posible, le daré a éste la muerte más horrible.

Todos le volvieron la cabeza con incredulidad. Nadie concebía que un ser tan insignificante como él pudiera realizar semejante proeza. Sólo los padres del niño raptado creyeron en él. Y le preguntaron:

—¿Qué necesitas para salvar a nuestro hijo?

— Muy poca cosa — respondió Pulgarcito. — Me basta con que me procuréis cien arañas y un fósforo.

—¿Cien arañas y un fósforo? — exclamaron todos con admiración y burla. Y Pulgarcito repitió:

— Cien arañas y un fósforo. Pero ha de ser en seguida.

Se recorrieron todos los techos artesonados de las casas y se reunieron las cien arañas que Pulgarcito necesitaba. Con ellas y un fósforo fuése al bosque y se acercó cauteloso al lugar donde el gigante se hallaba en ese momento, durmiendo, presa del sueño más profundo.

¿Qué se proponía hacer Pulgarcito con sus arañas y el fósforo frente a aquel coloso capaz de elevarlo hasta el cielo con solo su respiración? Abrió la cajita en que guardaba las arañas y poniéndolas en libertad les dijo:

— Como sabéis, necesitamos salvar al niño que el gigante ha raptado esta noche, y darle a éste la muerte que se merece. Vosotras podréis ayudarme. ¿Lo haréis?

— Sí — respondieron todas las arañas a coro. — ¿Qué hay que hacer?

— Tejed inmediatamene vuestras redes alrededor del gigante hasta que le hayáis amarrado por completo, que yo entonces entraré en su cueva y libertaré al niño prisionero.

Solícitas, las arañas dieron principio a su trabajo. Con sus hilos finísimos e interminables fueron atando al gigante dormido contra el árbol en que se apoyaba. Esta tarea, que desempeñaban las arañas con gran entusiasmo, pronto estuvo cumplida. Cuando Pulgarcito vió al gigante fuertemente atado penetró en su cueva y se apoderó del niño, que, echado sobre un montón de pajas húmedas, lloraba angustiosamente temiendo su próximo fin. Al ver que era Pulgarcito quien acudía en su ayuda, sus ojos dejaron de llorar y sus labios tuvieron muchas palabras de agradecimiento para su valor y su generosidad.

Cuando, acompañado del niño, Pulgarcito regresó a donde estaban el gigante amarrado y las arañas, aquél, forcejeando inúltimente por soltarse, blasfemaba iracundo. Pulgarcito le dijo, entre burlón y sentencioso:

— Durante muchos miles de años tú has sido el terror y la angustia de todos los padres de Villa Bella; pero tú bien sabes que no hay nada eterno sobre la tierra. Tu imperio ya se ha acabado. Dios ha querido inspirarme el modo de libertarlos a todos de tu temible presencia. Ahora sólo te resta morir, y morirás como lo mereces.

Frotó el fósforo contra una piedra. Cuando lo hubo encendido, acercó la azulada llama a los cabellos del gigante y éstos empezaron a arder como si fueran de estopa. En breves instantes el cuerpo del gigante era una hoguera, cuyas llamas se alzaban hasta el cielo.

En medio de su terrible agonía, el gigante profería alaridos de dolor que debían oírse a muchas leguas de distancia. Cuando cesaron sus alaridos, la hoguera se extinguió, y en su lugar vieron los ojos de Pulgarcito y del niño salvado, una montaña de cenizas.

Aquel día de San Juan fué el día de más júbilo en Villa Bella. Pulgarcito, que siempre había sido mirado con indiferencia, como si se tratara de un ser inútil, desde ese día fué el ídolo de todos los vecinos, que le depararon la más feliz de las existencias.

Y a todas horas, cuando veía a alguien debatirse desesperadamente frente a un problema complicado, Pulgarcito le decía burlón:

— Toma las cosas con calma, amigo, que ya sabes que en todas las cosas de la vida, vale más maña que fuerza...

FIN

Grandes momentos en la vida de los grandes seres.

Mahatma Gandhi

Vale más la palabra que la espada

Fortaleza, no siempre es poder. De no ser así, muchos de los principales sucesos que han hecho progresar al mundo no habrían acontecido. Es así cómo un hombrecillo pequeño y delgado vive sus grandes momentos desafiando a una gran nación y haciendo que los fuertes oigan sus palabras, y, lo que es más, inclinen su voluntad ante ellas. Cuando Mohandas Karamchad Gandhi conferenció con el virrey de la India, vivió indiscutiblemente su más grande momento, no por él mismo, sino por su país, porque pudo con ello demostrar que la fortaleza no siempre es poder y que el poderoso no siempre tiene razón. Nació este hombre en Porbander, cerca de Ahamabad, en 1869. A los diez y nueve años marchó a Londres, en una de cuyas universidades estudió Derecho. Luego de cumplidos sus estudios y ya de regreso en Natal, comprobó que los boers consideraban a los hindúes como aborígenes, por cuya razón decidió luchar para cambiar tales creencias. Pese a que sus relaciones con la Gran Bretaña eran bastante tirantes, colaboró con este país en la gran guerra europea, lo que lo rodeó de un marco de simpatía entre los británicos. Pocos años después y ya de retorno en la India, Gandhi inició su famosa resistencia pasiva. Quizá sea él el primer hombre que ha logrado unir a los jefes muslines con los hindúes. Muchas veces él mismo aseguró que a menos que ambas razas marchen de acuerdo será poco menos que imposible obtener la libertad de la India. En este país Mahatma Gandhi es un semidiós. Su modo de vivir, su humildad y su dulzura llaman poderosamente la atención en todas partes. Como resultado de las conferencias sostenidas entre él y el virrey de la India, el leader hindú ha obtenido concesiones para su gente que no habían sido jamás dadas. Y todo esto sin perder una sola vida ni derramar una sola gota de sangre. Es uno de los que creen que el mundo no cobrará normalidad completa mientras los países no cedan sus propiedades coloniales dando al mismo tiempo plenos derechos y libertades a quienes los explotan. No hace aún mucho tiempo este hombrecillo se sentó ante los concurrentes a la Conferencia de la Tabla Redonda, tratando con su elocuencia de demostrar que la palabra puede muy bien ser más poderosa que la espada. Allí mismo, en Londres, ha dado un ejemplo de gran humildad, viviendo poco menos que pobremente, pudiendo hacerlo rodeado de grandes comodidades. Veremos, pues, qué logra este hombre que con tanto fervor expone sus ideas ante los mandatarios de la Gran Bretaña.

"No debemos unirnos ni levantarnos en pie de guerra — ha dicho Gandhi, — sino organizarnos para la paz y demostrar al mundo que sabemos gobernarnos solos."

El cuarto amor de...
(Continuación de la página 20)

con Gloria. En todo caso, yo que lo he visto puedo asegurar que es un buen mozo y que tiene unos modales encantadores.

— Quisiera que usted conociera a la señorita Swanson — le dijo Virginia.

— ¿Quién es la señorita Swanson? — preguntó Farmer.

Virginia no tuvo más que repetir las palabras de Michael Farmer, para que Gloria se intrigara. ¡Tantos jóvenes tenían deseos de conocerla! Y resultaba que se encontraba con uno que parecía que ni siquiera la conocía de nombre.

Fué convenida una presentación, y Farmer invitó a cenar a Gloria. De acuerdo a lo que cuenta la señorita Bowker, Gloria lucía un magnífico modelo de Chanel. Estaba regia. Farmer había acudido a buscarlas en traje de calle.

— No iremos de etiqueta — díjole Farmer.

Gloria, algo disgustada aunque encantada, cambió su toilette.

Otro romance amoroso había nacido. Gloria estaba enamorada de nuevo. Virginia, que ha sido como una hermana para ella, se embarcó con la pequeña Gloria, de regreso a su hogar.

Gloria llegó en el Aquitania el 14 de agosto de 1931, acompañada por Michael Farmer. Vestida por los mejores modistos de París, estaba elegante y atractiva, como para interesar a cualquier joven; hasta a Michael Farmer, que según se afirma, pasaban de mil las mujeres enamoradas de él.

Dos días después Gloria se casaba con Farmer, en Dudley Field Malone. El mayor John E. Murray, que los unió, juró guardar el secreto. Se susurraba el casamiento, pero Gloria lo desmentía categóricamente.

Un día en que le hablé por teléfono

(Continúa en la página 52)

En el próximo número comenzará la publicación de "LAS TRAGEDIAS Y LOS TRIUNFOS DE MARY NOLAN", contados por ella misma, cuyo primer capítulo se titula: LA VIDA HA SIDO MI MEJOR ESCUELA.

LOS GRANDES INVENTOS ARGENTINOS

¿Serán imposibles los choques y las catástrofes ferroviarias?

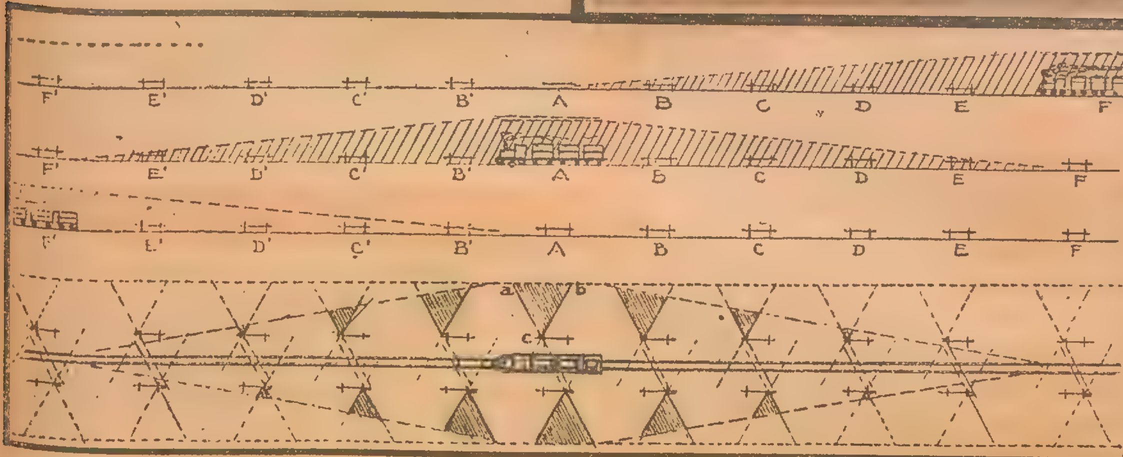
Dos argentinos realizan un invento para evitar los accidentes ferroviarios

TODO inventor es un precursor, es decir, un vidente, un visionario. Lo fueron también los grandes profetas, los descubridores, tan inventores como Stephenson o Bell, puesto que inventaron mundos, sistemas sociales o filosóficos que importaron cambios decisivos en los destinos humanos. Jesús, Mahoma, Platón y Colón, dedicados a la mecánica hubieran sido inventores... Es que en todos ellos arde un fuego sagrado, el de la inspiración, que llega a constituir la finalidad de su vida. El inventor como el redentor todo lo sacrifica a su tenaz idea fija, el descanso, la posición económica, la vida misma. Por eso es digno de respeto y de ayuda, y por eso cuando se nos dijo que dos jóvenes argentinos habían descubierto un sistema para evitar las frecuentes catástrofes ferroviarias.

Decidimos entrevistarlos, aunque nos sintiéramos algo escépticos, pues es frecuente que se presenten en las redacciones personas que pretenden haber descubierto o inventado las cosas más peregrinas. En el caso presente, empero, se nos garantizaba la seriedad del asunto.



Los inventores con su modelo de demostraciones en el local de la Avenida Alvear. El tren que se ve se ha detenido por existir un obstáculo a la salida del puente.



EFECTO DE LA INTENSIDAD DEL ALERTA

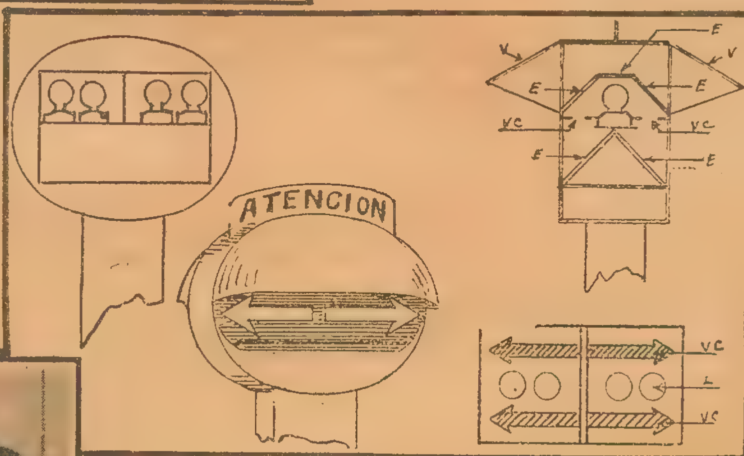
Las letras indican barreras y faroles; el sombreado es para dar idea de la intensidad de la señal de prevención al público. Al acercarse el tren, desde una distancia de cincuenta metros antes de llegar a la barrera o más, se produce la corriente eléctrica que da paso al convoy, y mantiene herméticamente cerradas las barreras, pero si hubiere cualquier obstáculo o si la barrera estuviera abierta, funcionan los frenos y el tren se detiene automáticamente. Al mismo tiempo se encienden las señales y suenan los timbres o sirenas de alarma.

Se llaman Scévola Mattei y Ernesto N. Yzetta. Denominan a su invento, "Sistema de señales preventivas y detención automática de trenes." El primero es mecánico electrotécnico, y el segundo arquitecto. Compañeros de muchos años, cierto día, horrorizados ante una catástrofe ocurrida en vías cercanas a la capital federal, se dijeron:

— ¿No habría medio de perfeccionar los sistemas de señales en uso?

Debía haberlo, pero eran muchos los existentes en todos los países del mundo. Se dedicaron a estudiarlos. Todos, invariablemente todos fallaban por una u otra causa. Especialmente porque para su perfecto funcionamiento era necesario contar con el elemento de la "atención humana". Esa era, a juicio de Mattei e Yzetta, la deficiencia que había que eliminar en una forma u otra. Con ese propósito fijo se pusieron a trabajar. Planearon ante todo un sistema de señales luminosas. Para probarlo construyeron con trenes de juguetería, dínamos e instalaciones eléctricas, una pequeña red ferroviaria con sus desvíos, pasos a nivel, túneles, agujas, cambios y

(Continúa en la página 61)



Modelo de los faroles luminosos que se colocarían en las barreras para prevenir a los vehículos la proximidad.
V. visera; E. espejos; V. C. transparente coloreado; L. lámparas.



Los señores Yzetta y Mattei en compañía del representante del Ferrocarril del Sur, ingeniero Gow, del ingeniero Mayne y otras personas que inspeccionaron el interesante invento.

Una existencia de intrigas y episodios trágicos de otras épocas.

● ●



LAS NOVELESCAS FAVORITA

La historia galante de la corte francesa en tiempos de los Luises, abunda en intrigas e infamias que no se detenían ni ante el asesinato. Tales prácticas fueron introducidas en Francia por la italiana Catalina de Médicis y florecieron hasta el reinado de Luis XIV, en que un proceso célebre dió en la cárcel con brujos, magos, adivinas y envenenadores. La famosa madame de Maintenon se vió envuelta en las actuaciones, acusada de asistir a misas herejes, y sólo se salvó por su vinculación con el rey Sol.

CORRIA el año 1667. Aquella joven contaría unos 26 años. Envuelta en una capa y oculto su rostro por un antifaz, marchaba apresuradamente por las callejas estrechas y mal iluminadas del barrio de Saint Severín, sobre la margen izquierda del Sena. Desoeillets, su mucama y confidente, la acompañaba. Llegaron a la calle de la Tannerie. Desoeillets reconoció una casa, y volviéndose, murmuró muy quedo:

—Aquí es, madame.

Apenas la mucama alzó el pesado aldabón de hierro forjado, la puerta se abrió para darles paso. Era evidente que se las esperaba.

Una mujer gruesa y baja, que sostiene una antorcha en la diestra, les franquea el paso. La joven ahoga un movimiento de repulsión y levanta su altiva y hermosa cabeza.

—¿Está todo listo? — pregunta con orgullo.

—Todo, señora. Dignaos seguirme.

Penetraron en una pequeña estancia, en cuyo fondo se alzaba un altar con un crucifijo, flanqueado por dos altos blandones. De pie, al lado del altar, se veían dos hombres. Uno era de elevada estatura, emaciado, de ojos fulgurantes, extraordinariamente pálido y revestido de estola y casulla, como si se dispusiera a decir misa. Se trataba del capellán Mariette, párroco de Saint Severín. Su acompañante era un sujeto contrahecho y de avieso mirar. Contemplaba con aire cazurro y sonrisa fisgona a la recién llegada y aparecía grotescamente revestido de una especie de túnica con mangas de color negro y toda cubierta de dibujos exóticos y cabalísticos. En la cabeza, llevaba un alto bonete cónico y puntiagudo. Llamábase Lesage y era el mago de quien ocupaba a la chita callando todo el París galante. El había trazado para la joven elegante el horóscopo del rey, según el cual el monarca había de casarse en segundas nupcias con una mujer que no sería de sangre real.

—¿No desearíais descubriros, señora? — tornó a preguntar la mujerzuela obesa, que era, a no dudarlo, la Voisin, en cuyo poder misterioso tenía tanta confianza Desoeillets.

En contraposición con la vulgaridad con que se expresaba, la bruja lucía un magnífico vestido de ceremonia, de terciopelo carmesí, bordado con una multitud de águilas bicéfalas.

La joven entregó su capa a Desoeillets y con altivo desdén se quitó el antifaz.

El prelado se adelantó, y colocándose frente al altar improvisado, le dijo:

—¡Arrodillate, hermana mía!

Ella obedeció, y aquel hombre tenebroso, que se jugaba su alma al par de la de ella, comenzó a salmodiar extrañas plegarias en latín, en las cuales invocaba a Astaroth y Asmodeo. El mago de rostro diabólico cantaba el "Veni Creator Spiritus" con voz ronca y quebrada. A continuación, secundado por el mago, el prelado ejecutó una serie de actos rituales que constituían una burla, una profanación, una blasfemia. Tomando una biblia de sobre el altar, la posó sobre la cabeza de la joven y leyó un capítulo. Luego, cerrando el libro, dijo en tono conminatorio e impresionante:

—¡Repite, hija mía, la invocación poderosa que voy a recitar!

Fueron fórmulas de magia, abracadabrantes, de demoníaca malignidad; maldiciones terribles en las cuales se pedía a los poderes infernales en forma detallada y precisa que aniquilaran, ajaran y extirparan la belleza, la salud y la vida de Luisa de La Valliere.

Terminaron las tremendas oraciones y el clérigo entonó una espantosa invocación.

Las luces de los blandones se apagaron misteriosamente, y el oficiante apareció envuelto en una nube de incienso luminoso. Su voz resonaba profunda y grave:

—¡Adonai! ¡Adonai! ¡Adonai!... ¡Ved; Él viene! ¡Viene el amo y señor de la luna, que gobierna la vida de la mujer! ¡Lo acompaña la serpiente que ella domeñó, para que Él no pueda negarse! ¡Ahí viene! ¡Ahí está el que nadie se atreve a nombrar, el Bajísimo, más fuerte que Dios y más fuerte que la Vida! ¡Pídele lo que quieras, hermana mía, y te será concedido!

La joven no titubeó al encontrarse frente a lo sobrenatural. En tono firme y claro voceó su pedido:

—¡Pido el cariño del rey! ¡Solicito que abandone a La Valliere y ni siquiera la vuelva a mirar. ¡Quiero obtener del rey todo lo que ambicione para mí y mi familia! Pido que la reina sea estéril y que el rey abandone su lecho y su mesa por mí! ¡Pido que la reina sea repudiada, y que yo, Francisca Atenaida de Rochechouart-Mortemart, marquesa de Montespan, me libre de mi esposo y contraiga enlace con el rey!...

Conversaba con La Valliere en el modesto pabellón adyacente al jardín del palacio real, montado y alhajado por Luis XIV para ser habitado por la niña tímida y bondadosa que se sacrificó por él durante seis largos años.

La Montespan jugaba con su víctima, a

Practicaba la magia negra y vivió secundada por asesinos y ladrones.

● ●

Desprendiéndose de la capa, la Montespan se tendió sobre el colchón que habían puesto sobre dos bancos. Empezaba la misa negra.



AVENTURAS de la de un REY

quien tenía catequizada demostrándole ferviente amistad y comunidad de ideales, sobre todo religiosos.

— Estáis encantadora hoy, "chere amie". Nunca os he visto tan radiante de belleza.

— ¿De veras? A veces me asusto tanto; temo ponerme fea. ¿Me encontráis, de verdad, bien hoy?

— ¡Os aseguro que sí! Su majestad ya lc habrá notado.

El rostro de la incauta favorita se nubló.

— Su majestad no ha venido aún. Espero que no se vea impedido de venir. ¡Tiene tanto que hacer en estos días!

— Bien — pensó Atenaida, — el rey no ha venido aún.

Eso significaba que podría llegar en cualquier momento y la encontraría allí. A pesar de la seguridad de la magia, en la que creía ciegamente, era tan difícil ser observada por el soberano. Infatigablemente ocupado con los asuntos del reino, que gobernaba tan autocráticamente, más absorbido que nunca por sus preparativos para la guerra de Flandes, rara vez se le veía, y cuando aparecía en público, lo hacía en actitud jupiterina, majestuosamente, aislado del común de los mortales. Casi nunca dirigía la palabra a las damas generales de la corte. Pero ella se encontraría con él...

— No os atormentéis, querida Luisa. Una fidelidad de seis años es costummbre que no se quebranta fácilmente.

La Valliere suspiró y exclamó:

— ¡Seis años! Me asustan... Seis años es mucho para un rey. Lo asedian tantas tentaciones. De noche no me es posible conciliar el sueño, imaginándomelas. Hay tantos seres malvados en la corte. Todas las mujeres no son como tú, Francisca.

La aludida también suspiró hipócritamente.

— ¡Por cierto que no! Hay muchas que se burlan de la virtud. Pero las pequeñas veleidades de su majestad no debieran preocuparos, querida Luisa. Son flores de un día... Si su majestad no viene hoy, seguramente estará aquí mañana.

La Valliere, agitada, la asió de un brazo y dijo con angustia:

— ¿Piensas que no vendrá hoy? ¿Por qué? ¿Qué sabes? ¿Alguna intriga otra vez?...

La Montespan sonrió inocentemente.

— Querida mía, nada sé. Naturalmente, en la corte se murmura siempre esto o aquello. Basta que su majestad sonría o que diga una media palabra, para que se dé suelta a la lengua... Pero os juro, querida, que no estoy enterada de nada.

Luisa se retorcía las manos.

— ¡Sí, sí! — gritaba. — Estoy segura de que sabes algo. ¡Dímelo, Francisca! ¡Dime la verdad! ¡Sólo en ti puedo confiar! ¡Dime lo que sepas!

Atenaida sacudió los bucles de oro de su cabellera y se contempló fugazmente en un espejo embutido en la pared: estaba espléndida. Soberanamente hermosa. Como nunca. ¡Si llegara el rey!

— No, querida mía — dijo, — nada puedo decir porque nada sé.

La Valliere lloraba desconsoladamente y se lamentaba. ¡Amaba tanto al rey!

Y temía perderlo. Las lágrimas le corrían por las mejillas, trazándole surcos que la afeaban y enrojeciéndole los ojos, lo que la afeaba mucho más. La Montespan la contemplaba con interés. ¡Si siquiera el rey llegara en aquel momento!

Afuera se oyó el pesado rodar de una carroza, que se detuvo rechinando. Se escucharon en seguida voces. ¡El rey!

La Valliere saltó, delirante de alegría, riendo y sollozando al mismo tiempo.

— ¡Su majestad! — exclamaba. — ¡Ha venido a pesar de todo!

Atenaida se puso de pie como para marcharse.

— Me retiro, querida Luisa, pero seca tus ojos antes, mi buena amiga. Su majestad no debe encontrarte así.

— ¡No, no, querida Francisca! No me abandones. Ayúdame a componerme para parecer hermosa otra vez.

— ¿Hermosa otra vez? Pudiera ser — pensó la Montespán.

Y con toda hipocresía se dedicó a enjugar el rostro lacrimoso de la favorita. Le ordenaba las ropas, le arreglaba los bucles, pasando todo el tiempo posible en esas operaciones.

Se abrieron las puertas y un ujier anunció en alta voz:

— ¡Su majestad!

Ambas da-

(Continúa en la página 59)

CONQUISTE AMIGOS SI QUIERE TRIUNFAR

(Continuación de la página 13)

aun más esenciales para la felicidad. Y el éxito sin felicidad no es verdadero éxito.

Por tanto, para conquistar un lugar, poder, honor y felicidad, comience por granjearse amigos, asidua y desinteresadamente. La verdadera amistad no puede comprarse con dinero: puede comprarse únicamente con amistad.

Para tener amigos, ¡sea un amigo!

COMO CONQUISTAR UN CIRCULO DE AMIGOS

Muchos hombres dicen: "Nací lo bastante rico para conquistarme un buen círculo de amigos", o "No tengo el don de hacerme amigos: parece que los rechazo", o "Mi vida se desarrolla en un campo de acción tan estrecho, que no tengo la oportunidad de conocer gente y granjearme amigos."

Jesucristo, simplemente considerado como un hombre, es uno de los mejores ejemplos que ofrece la historia de cómo pueden conquistarse amigos poderosos. Él comenzó por ser amable y útil a los pobres pescadores y cuantos le rodeaban. Él trató de ayudarlos mentalmente, de ser su amigo. Su deseo de ayudarlos era tan firme, tan persistente, que vinculó estrechamente a su persona y a su causa la gente pobre que le rodeaba, que más tarde estuvo dispuesta a dar la vida por él. Y con el correr del tiempo, esta firme devoción de gente humilde se ha desarrollado en la amistad de los hombres y mujeres más poderosos de la tierra. Él no vivió para ver todo esto, pero los veinte siglos de historia nos demuestran en una escala gigantesca, el proceso por el cual usted, en su lapso de vida, puede hacerse amigo de la gente que le rodea, y ésta, con el tiempo, llegará a ser rica y poderosa. No puede atraer de buenas a primeras a los ricos y poderosos, excepto de vez en cuando por una excelente casualidad. Si lo hiciera, sus esfuerzos caerían inmediatamente bajo la sospecha de un designio egoísta, y la amistad jamás existe en una atmósfera egoísta.

Muchos hombres son descuidados en su hábito de cultivar amigos. Se contentan con divertirse con meros conocidos, o sienten cierto desagrado de conocer a extraños.

¿Está usted tratando ahora de ensanchar el círculo de sus amigos? ¿Ve en cada persona con quien tiene alguna vinculación un ser humano que podría valer la pena de cultivar, y decide consciente y regularmente en su propia mente si debiera tomarse la molestia de hacerse amigo de esa persona?

Pase lista a sus conocidos, luego a los vecinos, después a los conocidos casuales.

¿Cuál de ellos debiera cultivar, como un verdadero amigo, estrechar la relación para que sea más duradera?

Cuando usted quiera por amigo a una persona, lo qué debe hacer es vigilar la oportunidad para hacerle un favor y ser servicial. Si la persona parece apreciarlo, hágale otro servicio. Si es indiferente, no pierda mucho tiempo con ella; busque otra persona que pueda ser más agradecida.

FIN

¡ESPIAS!...

(Continuación de la pág. 19)

ficio y encendió el petróleo. Salió con ligeras quemaduras y se consideró un milagro que no perdiera la vida. Su acción evitó que las reservas de petróleo y cereales cayeran en poder de los alemanes, lo que acortó la campaña submarina de éstos."

El sistema de espionaje ruso fué singularmente eficaz al principiar la guerra. A esa altura de los acontecimientos, la Galicia constituyó un dramático ejemplo de la táctica de espionaje ruso. Para ese fin, habían sido adiestrados clérigos en Moscú, San Petersburgo y Kieff.

El servicio de espionaje ruso operó principalmente desde los países escandinavos y en Suiza, a la par de los demás aliados. Cierta vez un espía fué enviado a Constantinopla para procurar toda la información posible sobre los movimientos militares turcoalemanes. Era en noviembre de 1914. El espía hablaba perfectamente el idioma turco. Convenientemente disfrazado, consiguió un puesto de importancia en el ministerio de guerra otomano, valiéndose de documentación falsa que se procuró. He aquí lo que él mismo refiere:

"Pronto se supo que yo hablaba correntemente el ruso, y no demoró en acercárseme un oficial turco, quien me hizo comparecer ante dos jefes del estado mayor alemán, agregado al generalísimo Luman von Sanders.

"Después de alguna discusión en turco, se convino en que, por una gruesa suma de dinero, me trasladaría al Cáucaso para tratar de descubrir todo lo que me fuera posible sobre los movimientos de los rusos y sus propósitos militares. Acepté aparentemente.

"El oficial del servicio turco que me dió instrucciones, me reveló todos sus planes secretos, que se relacionaban con el avance de Emir Pasha sobre los rusos para tomarlos de sorpresa, realizando marchas forzadas por entre escabrosas sendas montañesas. Para ello se habrían elegido cuidadosamente las tropas que debían componer el tercer ejército.

"Mi tarea consistía en llegar hasta el comando ruso y hacer circular una versión falsa sobre la línea probable del avance ruso. A mi juicio era atrevido y audaz el plan, que se proponía complementar, en caso de ser derrotados los rusos, por una marcha al través del Afghanistan, para atacar a Inglaterra en la India.

"El ataque de frente debía ser llevado por un solo cuerpo de ejército, mientras que otros dos, cruzadas las montañas, caerían sobre la retaguardia rusa cerca de Sarikamich. Logrado el triunfo, el tercer ejército atacaría a Kars.

"No demoré en hallarme entre mis compatriotas, a quienes les conté todo. Después de consultar el caso con el estado mayor general, un oficial del servicio secreto me pidió que regresara a Constantinopla, donde fuí recibido con los brazos abiertos y despachado nuevamente hacia Rusia, con nuevas instrucciones. "Nos dará usted más informes en Kars para enero", me dijeron.

"Tenía bastante dinero y juzgué prudente, en vista de los acontecimientos que debían sobrevenir, volver a mi regimiento.

"El último día de diciembre de 1914, los turcos aparecieron, pero el ejército ruso estaba preparado; todos sus movimientos fueron frustrados y aniquilados. Los dos cuerpos encargados de la sorpresa fueron destruídos en las montañas, y el ejército turco quedó deshecho el 5 de enero de 1915, en el Cáucaso. Contaba con 90.000 hombres el 6 de diciembre de 1917. Setenta mil perecieron y el resto regresó a Constantinopla."

FIN

EL CUARTO AMOR

(Continuación de la página 48)

le pregunté si ya se había casado.

—Debía estar más enterada —me contestó. —¿Por qué he de casarme antes de que se resuelva mi divorcio con Henri? Recién se resolverá el 7 de noviembre.

No quiero decir con esto que Gloria se haya portado conmigo falsamente. No podía conducirse de otra manera, ya que le habían dicho, después de su nuevo enlace, que podía ser arrestada por bigamia, y que tendría las mismas dificultades que tuvo Rodolfo Valentino cuando se casó con Natacha Rambova antes de obtener el divorcio definitivo.

He aquí cómo contestó Gloria a los repórteres que le hicieron una interviú en Pasadena. Al preguntarle cuándo se casaría con Farmer, ella no sólo contestó indignada que no existía tal compromiso de matrimonio, sino que dijo:

—¡Es fatal esto! Cada vez que le sonrío a un hombre, ya dicen que estoy comprometida.

Y en aquel entonces Gloria ya estaba casada. Se han dado muchas razones del porqué de ese matrimonio, realizado con tanto apuro el 16 de agosto, y mucho también se ha hablado sobre la probabilidad del arresto de Gloria Swanson, por bigamia.

El mismo día que el divorcio se hizo efectivo, Gloria y Michael volvieron a casarse en Yuma. Con esta nueva ceremonia quedó anulado el primer enlace.

La gente que estima a Gloria espera que su esposo número 4 será su última aventura, y que por fin encontrará la felicidad completa, si esto es posible para una persona que cambia tan a menudo su modo de pensar.

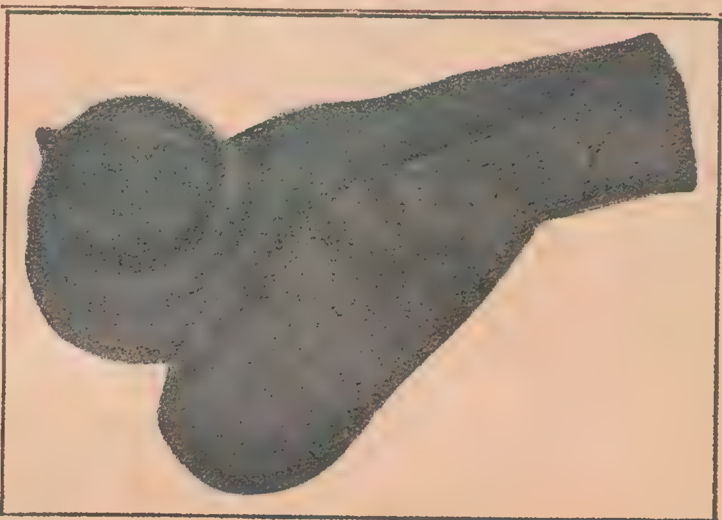
En Hollywood se dice que Gloria se casó con Farmer para que su boda tuviera lugar antes que la del marqués de la Falaise y Constance. Creo que en esto hay algo de maldad para con ella, puesto que ella está nuevamente enamorada.

FIN

Elegantes y fáciles Modelos en Punto Crochet







1.—Pull-over escoces primorosamente ejecutado al crochet. Esta prenda es muy sentadora, según puede verse en el grabado de la derecha.

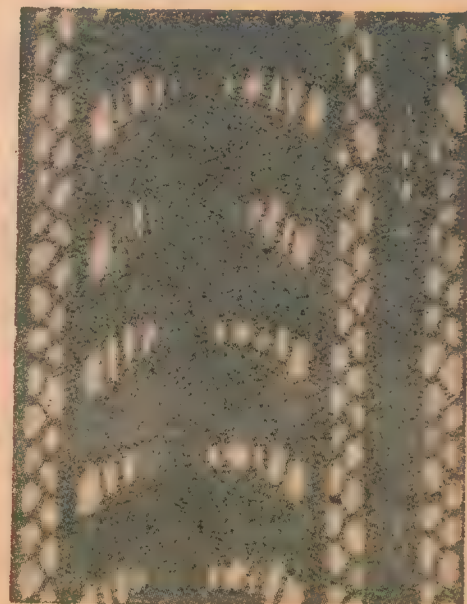
2. — Sombrero y écharpe hechos al crochet, que revelan un exquisito gusto. Véase cómo quedan en el grabado de la izquierda.



3. — Modelo [illegible] de lana para confeccionar una blusa de invierno. Como se ve, el trabajo es muy fino, pero sólo requiere un poco de dedicación de las delicadas manos femeninas. El modelo terminad[illegible] abajo.



4. — Cuello y plastrón bordados en lana de tonos vivos que constituyen un adorno muy llamativo y gracioso. Es un trabajo fácil de ejecutar y en el cual pueden emplearse los restos de lana. El dibujo se borda sobre crêpe de China blanco, según puede verse en el modelo de abajo.



5. — Blusa en encaje de lana. Este trabajo que se ejecuta a la aguja hace factible la confección de una blusa muy elegante. Para hacerlo correctamente hay que tener el dibujo trazado en tela de arquitecto. En la parte delantera del compiño se aplica un motivo de plastrón.



PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"



ESTE ES EL NIÑO POR EL CUAL HAN REZADO TODAS LAS MADRES DEL MUNDO

Este es el niño del cual está pendiente el estremecido corazón del mundo. Las madres de los dos hemisferios han alzado sus plegarias por él, y por él la atención humana se ha desviado momentáneamente de los campos de batalla y de las desazones económicas. Si hasta mentira parece que tan tierno montoncito de carne rubia, que tan delicioso muñeco de ojos azules y cándida expresión sea protagonista del drama sombrío. Tal el pensar más íntimo de los recios hombres del Norte, de los ciudadanos de la gran nación productora de todo lo extraordinario. Tal entonces el pensar más íntimo del mundo entero, ya que el mundo entero se rige en lo que a lo sensacional se refiere, por los cánones que impone la moda del septentrión americano. Detengámonos, pues, y huyamos de la presunción y de la literatura, cuando en nuestro espíritu la humanidad íntegra no sea sino una madre que ruega por el niño raptado, que ruega por él en la forma más fervorosa, más honda, más íntima en que puede rezar una madre...

Detengámonos y regocijémonos. No es posible que la angustia y la ternura de todas las madres del mundo dejen de dar fruto. Los padres del pequeño pueden estar tranquilos. Hay una fuerza más poderosa que todo velando por ellos. Y acaso esa fuerza habrá dado ya su flor de alegría cuando estas palabras de "Mundo Argentino" vean la luz pública.

LAS UÑAS DESCARNADAS

He aquí un remedio por demás sencillo para curar esta dolencia: se moja el pie en agua caliente, en la que debe dejarse el mayor rato posible. Luego se seca muy bien y se pone sobre la uña descarnada una solución hecha con los ingredientes que detallamos a continuación:

Cloroformo...............	80 partes
Gutapercha..............	10 "

Durante el primer día se realiza esta cura cuatro veces, debiendo disminuirse las veces en los días subsiguientes.

Cdo. a "Hibernia", de Pergamino.

✣ ✣ ✣

EL PELIGRO DE LOS ANILLOS

Esa inflamación de la boca de que usted nos habla en la carta, tiene por causa, como usted misma cree, el mascar anillos. Esta costumbre de dar anillos a las criaturas para morder cuando empiezan a echar los dientes, es muy perjudicial, ya que, como acaba de ocurrirle a su nene, suele causar inflamaciones, sin contar con que al mismo tiempo puede producirle inoculaciones microbianas. Aparte de esto, semejante ejercicio no apresura la salida de los dientes como algunas creen. El boticario puede prepararle algo para disipar la inflamación.

Cdo. a "Entrerriana", de Concordia.

TODA MADRE SANA DEBE AMAMANTAR A SU HIJITO.

CONTRA EL MAREO

Próxima a embarcarse con sus niños, todos muy sensibles al mareo, nos solicita usted una receta a fin de contrarrestar sus molestias.

Ante todo le diremos que son innumerables las recetas que existen para ello; sin embargo, vamos a recomendarle a usted una nueva, debida a un famoso médico europeo, que, por cierto, no puede ser más práctica y barata.

Como se sabe, la causa inicial del mareo reside en el lóbulo del cerebro, cuya sensibilidad sobreexcitada influye extraordinariamente en el estómago, determinando, como lógica consecuencia, esa poco agradable y angustiosa indisposición del mareo.

He aquí, pues, la receta del hombre de ciencia en cuestión: al empezar a sentir los primeros efectos del mareo, deben éstos contrarrestarse respirando con fuerza y a cortos intervalos. De este modo la sangre se carga de oxígeno, y éste insensibiliza el lóbulo origen de tan poco agradable malestar.

Cdo. a "Iris Bell", de Puerto de Bahía Blanca.

✣ ✣ ✣

EL INSOMNIO

Nada más penoso que una noche de esas en que el sueño huye de los ojos a pesar de todos los esfuerzos para llamarle: se agita uno en el lecho, cambia de postura, todo en vano, el sueño se niega a prestarnos su calma bienhechora y los más tristes pensamientos pueblan nuestro espíritu fatigado. A veces el insomnio es parcial; de vez en cuando hay una especie de amodorramiento, acompañado de breves pesadillas que nos hacen despertar sobresaltados para reproducirse a los pocos minutos. Al levantarse de la cama se encuentra uno más fatigado que en el momento de acostarse.

Tanto en los niños como en los mayores, el insomnio puede proceder de graves preocupaciones mortales, de exceso de trabajo mental, de falta de ejercicio físico y de malas digestiones, acompañadas casi siempre de sacudidas nerviosas. Se ha observado que en las personas que pasan una noche entera sin dormir, la temperatura del cuerpo baja grado y medio, y a veces dos grados bajo la normal. Si la falta de sueño persiste, hay una sensación general de fatiga y como de tedio de la vida, los ojos parecen hundidos en las órbitas, el apetito es voraz y la digestión muy penosa; toda concentración de pensamiento produce dolor de cabeza y vértigo, y se apodera del insomne una melancolía para la que no hay consuelo ni atenuación. Para combatir tan peligroso estado, que propende a hacerse crónico si se descuida, hay varios medios que deben emplearse en el orden que los exponemos aquí, para no usar los más radicales, sino cuando hayan fracasado los otros. El más sencillo es hacerse verter sobre la cerviz y nuca, poco antes de acostarse, una jarra de agua a chorro delgado. Una vez en la cama rechazar las ideas que preocupan y fijar la atención en alguna futilidad, por ejemplo, en contar del uno en adelante. Si esto no da resultado se tomará, antes de acostarse, una buena taza de flor de tilo, renunciando a leer o escribir después de la cena. Generalmente bastará con esto. Mas si el insomnio persiste, no habrá más remedio que apelar al hidrato de coral, medio seguro y poco recomendable, porque, convertido en costumbre, casi imposibilita el sueño espontáneo; pero en todo caso es preferible al peligro gravísimo de un insomnio rebelde, que en ocho días perturbaría la razón más firme.

✣ ✣ ✣

EL BIBERON

Es un error dar a los niños el biberón en otra forma que no sea sosteniéndolo en los brazos como cuando se les da el pecho. También debe tenerse la precaución de que el líquido llene por completo la tetina, evitando así que el niño, al succionar, aspire aire en lugar de alimento.

Cdo. a "Manuela", de Lanús.

SELECCIONE LOS ALIMENTOS DE SUS HIJOS: ES MUY IMPORTANTE.

PARA LAS QUEMADURAS

En números anteriores hemos contestado cómo pueden curarse las quemaduras. Le recomendamos consulte dicho número que es el 1105. Ampliando aquella contestación vamos a informar a usted de otro procedimiento eficaz, que es el siguiente: colóquese sobre la parte quemada un trozo de carbón. Esto calma inmediatamente el dolor, y al cabo de una hora ya se ha pasado por completo.

Cdo a "Elena T. H.", de la capital.

✣ ✣ ✣

LA "MARCHA DE PATO"

Si, como usted nos dice en su carta, su nena, al caminar, lo hace en esa forma especial llamada "marcha de pato", es indudable que sufre de luxación del fémur, luxación que ha traído al nacer y que no ha podido usted observar hasta que le ha visto dar los primeros pasos.

Nuestro consejo es que le haga hacer una radiografía para ver la posición anormal en que se encuentra la cabeza del fémur, a fin de proceder a su tratamiento, que no es delicado ni molesto.

Cdo. a "M. L. C.", de Colonia Alvear.

✣ ✣ ✣

INTOXICACIONES

He aquí el contraveneno más indicado para las intoxicaciones causada por el sulfato de cobre. Debe provocarse el vómito del paciente y darle en seguida leche y lactosa, o agua azucarada en gran abundancia.

Cdo. a "Pampeana", de Realicó.

Señora: ha llegado el otoño; no descuide a sus niños

HACE DOS MIL...

(Continuación de la página 7)

EL PRIMER MATCH INTERNACIONAL DE POLO

Un ejemplo típico de lo que significaba en la suerte y en los destinos de un soldado su habilidad en el juego del polo en aquellos tiempos, puede apreciarse por la leyenda del príncipe persa Siawush y el rey turcomano Afrasiab, relatada en lenguaje tan pintoresco, que haría ruborizar de envidia al más arriesgado de nuestros actuales cronistas deportivos.

La crónica pertenece al "Shanamah", la "Ilíada" persa, terminada por el poeta Firdansi, en el año 1008 de nuestra era.

Siawush era un joven guerrero famoso por su temeridad, quien, a pesar de sus pocos años, poseía todos los conocimientos militares de un viejo guerrero, habiendo conquistado su justa celebridad en varias campañas. Pero su mayor timbre de gloria era el ser un extraordinario jugador de polo.

Los poetas de la época habían extremado los recursos del arte y agotado su florido lenguaje para alabanza de sus proezas en ese juego. Tratándose de una crónica persa, es natural que en ella figurara una mujer, y que ésta apareciera complicada en las dificultades que le sobrevinieron. Sea cuales fueran las razones, lo cierto es que cayó en desgracia en la corte de su padre, y que, viéndose forzado a salir de su país, fué a refugiarse en la corte de Afrasid, enemigo tradicional del Irán.

Afrasid, además de ser un gran conquistador y heroico soldado, poseía un generoso espíritu deportivo. Conociendo la fama de su huésped en el juego del polo, vió la oportunidad de efectuar un partido internacional de ese juego en sus dominios. Puede decirse que éste fué el primer "match" internacional de polo que ha habido en el mundo. Lo disputaron encarnizadamente el Irán y el Turán.

La idea se presentó en un banquete dado por Afrasid en honor de Siawush. El rey estaba de excelente buen humor. Ya había contado varias anécdotas, las cuales eran recibidas con la acostumbrada admiración por parte de sus cortesanos. Después la conversación llegó al tópico favorito: el sport nacional de los persas. Alguien propuso que Afrasid y Siawush eligieran y capitanearan cada cual un equipo en un juego de polo, en el cual el príncipe persa invitante pudiese seleccionar su equipo entre los jinetes del rey.

Pero Siawush, conocedor de las intrigas de las cortes, sugirió que deseaba jugar en el equipo del rey. (Como puede verse, los "hinchas" deportivos y su peligro no han nacido en la barriada boquense, como algunos creen.) Finalmente, se decidió que cada uno eligiese un equipo de su propio pueblo. Esto le dió inmediatamente carácter de internacional al juego. Este famoso match, que, según parece, tuvo lugar en Tashkent, fué descripto por Fidansi en el ampuloso y pintoresco lenguaje de Oriente.

He aquí el texto persa, modelo bien antiguo, por cierto, de crónica deportiva:

LA CRONICA

Siawush dijo: "Con el permiso del rey, yo y mis jinetes entraremos al campo y formaremos un equipo para enfrentar al de su majestad." A lo cual accedió Afrasid con un gesto.

"Fué así cómo Siawush entró al campo con siete maravillosos jugadores. El redoble de los tambores fué oído en todo el ámbito y el polvo se levantó hasta los cielos. Resonaron los timbales y las trompetas fueron sopladas tan fuertemente, que la tierra retembló con el ruido producido por ellos. Y cuando la pelota fué arrojada a la cancha real, los gritos de los poderosos jugadores llegaron hasta la luna.

"Fué entonces cuando Afrasid golpeó la bola tan maravillosamente, que ésta se elevó hasta las nubes. Siawush, que estaba preparado, arremetió hacia adelante, y antes de que la bola, a su regreso, tocara la tierra, le pegó de tal manera, que se perdió de vista.

"El todopoderoso Afrasid ordenó que la bola le fuera devuelta a Siawush, quien la besó (¡criollo lindo!). Entonces los tambores y las trompetas resonaron de nuevo. Siawush, montando un caballo descansado, deja caer la pelota en el suelo, y con un tremendo golpe la manda a la luna. Los cielos quedaron pasmados y atrajeron la bola hacia sí. Nadie podía compararse con él en ese juego. El gran rey y su corte desbordaban de sorpresa y admiración. Nunca, aseguraban, se había visto tan maravilloso jugador.

"Siawush era sin igual. La impresión que dejaba a caballo era la de un centauro."

EN PERSIA HASTA LAS HADAS JUGABAN AL POLO

Otra crónica. El gran Bahram fué uno de los hombres más capaces de su tiempo. Poderoso cazador, experto espadachín y tan gran soldado como hábil jugador de polo.

Este Bahram trató de destronar a Kosran, un rey cuyos amores con una damita llamada Shirin fueron celebrados entre los persas en muchos de sus romances populares, basados, según se ha observado, en hechos verdaderos.

La bella Shirin no solamente era una fuente de dulzura y una torre de azúcar (sic.), igual al famoso Bahram, el poderoso tirador de flechas, sino una damita con cara de hada, capaz de quitarle la bocha del polo a cualquier jugador. Comparado con ella, el mismo Siawush no era "digno ni de cargarle la cobija del caballo".

El gran Nizami relata en uno de sus poemas un match de polo realizado entre ella y sus bellas doncellas — la luna y las estrellas — formando un equipo, contra el rey y sus obsequiosos caballeros cortesanos integrando el otro equipo.

Es casi seguro que Bahram trataba de eliminar a Kosran por el solo placer de tener como oponente de su equipo en un match de polo al gentil compuesto por la Luna y sus estrellas, la bella Shirin y sus doncellas...

Después de varios siglos, el polo dejó de jugarse en Persia, debido a las guerras e invasiones, las que se sucedían con frecuencia tal, que no dejaban tiempo para el juego.

Unicamente en años recientes ha servido de algo ese deporte, debido a las actividades de algunas legaciones y grupos de residentes europeos. Pero ya no puede decirse que el polo sea un juego popular en aquel país.

En cambio, hacia el Oriente de Persia, en el Asia Central, el polo continúa gozando de una atmósfera de romance. Samarkand, Kashgar y Yarkand, inmortalizados en el libro de cuentos más famoso de todos los tiempos, conservan aún mucho en la memoria de aquellos pueblos del esplendor de los días pasados, cuando, expertos jugadores de polo, conseguían la estimación y los favores de los reyes.

Los reyes, las cortes y los guerreros han desaparecido, pero el polo sigue jugándose con el mismo entusiasmo y ceremonia.

FIN

HOJEANDO LOS ULTIMOS LIBROS

Comentarios de LUCAS GODOY

Angel Guido: "Arqueología y estética de la arquitectura criolla"

Editorial "Cles". Buenos Aires. — Pocas veces, en tan corto número de páginas, se ha planteado y resuelto entre nosotros un problema de estética con tan admirable claridad, con tan convincente desarrollo. El señor Guido, arquitecto y pintor, lleva publicados ya varios volúmenes de penetrante análisis sobre ese tipo especial de arquitectura hispanoamericana, tenida hasta hace poco como expresión mestiza y despreciable, y que gracias ahora a las investigaciones paralelas de Guido entre nosotros y de Uriel García en el Perú, empieza a adquirir un interés extraordinario para la historia del arte del ochocientos.

El poco aprecio en que se tenía al arte que Guido llama "criollo", correspondía en buena parte al poco o ningún conocimiento que de la arquitectura española de la misma época se afectaba aun en los medios en apariencia menos esclavos del prejuicio. Fué necesario que Schubert descubriera la importancia trascendental del barroco, para que despertara el interés por los destinos que al mismo deparó nuestra América. La arquitectura española del siglo XVIII, al pasar a nuestro continente y mezclarse con el arte indígena, engendró un nuevo tipo perfectamente original, cuya arqueología y estética Guido expone con sorprendente versación.

Resumen de un curso dictado en el Colegio Libre de Estudios Superiores — la benemérita universidad de puertas abiertas que tantos beneficios ha dado a nuestra cultura y que tantos más promete, — no se puede esperar en el trabajo del señor Guido los largos desarrollos y le exposición por lo menudo. Pero, con tener el carácter de un intinerario, encierra en sí lo suficiente para probar que los aportes vernaculares transformaron de tal manera el modelo importado, que puede hablarse, a justo título, de un arte criollo, independiente y personal.

Discípulo de Wölfflin y de Worringer, a quienes sigue y comenta, y en cuyos espíritus se inspira, el señor Guido aplica al problema de la arquitectura perúboliviana los más rigurosos métodos de la ciencia del arte. Conocíamos de Guido sus anteriores trabajos, y no ignorábamos su seriedad de estudioso y su virtud de analista. Nos sorprende hoy por el vigor de una síntesis plenamente lograda y a la que no es posible llegar sino después de un largo contacto con el eproblema que desde hace tanto tiempo lo preocupa.

Arqueólogo e historiador de arte, el señor Guido consigue dar muchas veces en su nuevo ensayo la impresión de un matemático: tal es el rigor con que resuelve su ecuación de estética, y tal es también la severa elegancia con que la desarrolla.

N. García Berisso: "Desde aquí"

Editorial Albatros. Montevideo. — En una breve nota el poeta Berisso confiesa al lector amigo que este libro que le entrega "no responde en su esencia a su actual posición frente a sí mismo". Los versos de "Desde aquí" son por tanto, de ayer y no de hoy. Su autor no por eso los reniega, ni los arroja a la inclusa de las letras. Se vuelve hacia ellos más bien con simpatía, y los aspira "como un perfume de remembranzas en que flotan gallardamente los desbordes primiciales de mi efervescencia lírica"...



En más de cuarenta sonetos ha encerrado Berisso algunos de esos "desbordes primiciales": cantos de adiós y de ensueños, de evocación y de ruego; cantos escultantes los más de ellos, en que invita a beber "champañas de epicurismo en flor", al acorde de "guzlas y laúdes", desde "un sitial de abstrusa nigromancia, en un país de azules magnitudes"...

Un soneto a su bastón, de apariencia "de rudo y contundente", nos inhibe un tanto en esta crónica, pero la misma advertencia de los prelimares nos autorizaría a hablar quizá todo lo mal que deseamos de estos versos de ayer, sin creer molestar por eso en lo más mínimo al corpulento poeta de hoy en día.

"Desde aquí" nos ha mostrado el poeta que fué; desearíamos conocer a brevedad posible el poeta que es, y para demostrarle con cuánto interés lo seguimos en sus líricas andanzas, le pediríamos en nombre de tantos y tantos de sus lctores anónimos, que si alguna vez no triunfa en los "lances que procura", no se deje caer, como lo afirma, "con la apostura de Cambrone o el lírico Petronio"...

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

La Revista del Sur, de Mar del Plata; número 85.

Militar y Naval, revista quincenal; números 1 y 2.

Revista de la Cruz Roja Argentina; número 102.

Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes, de Madrid; número de diciembre de 1931.

Revista "Passim", número 2.

Zupay, número 72.

Alma Latina, de San Pedro Sula (Honduras); número 3.

El Anuario Israelita, guía comercial y social de la colectividad israelita de Rosario (Santa Fe); número 1.

Elite, de Caracas (Venezuela); números 331 al 333.

Desde aquí..., poesías, de N. García Berisso. Un tomo conteniendo cuarenta composiciones líricas. Editorial Albatros; Montevideo, 1931.

La Defensa, revista de la Federación de Rodados de Tracción a Sangre; número 1.

Revista Marítima, de Montevideo; número 314.

Higiene y Salud; número 217.

Vida Institucional y Política de las Provincias, por Reynaldo A. Pastor. Un volumen de 84 páginas. Santa Fe, año 1931.

Cultura Musical, revista de arte; número 2.

Pebeta, de Balnearia; números 348 al 350.

Boletín de la Asociación Bancaria Nacional; número 43.

Algunos vistosos Modelos



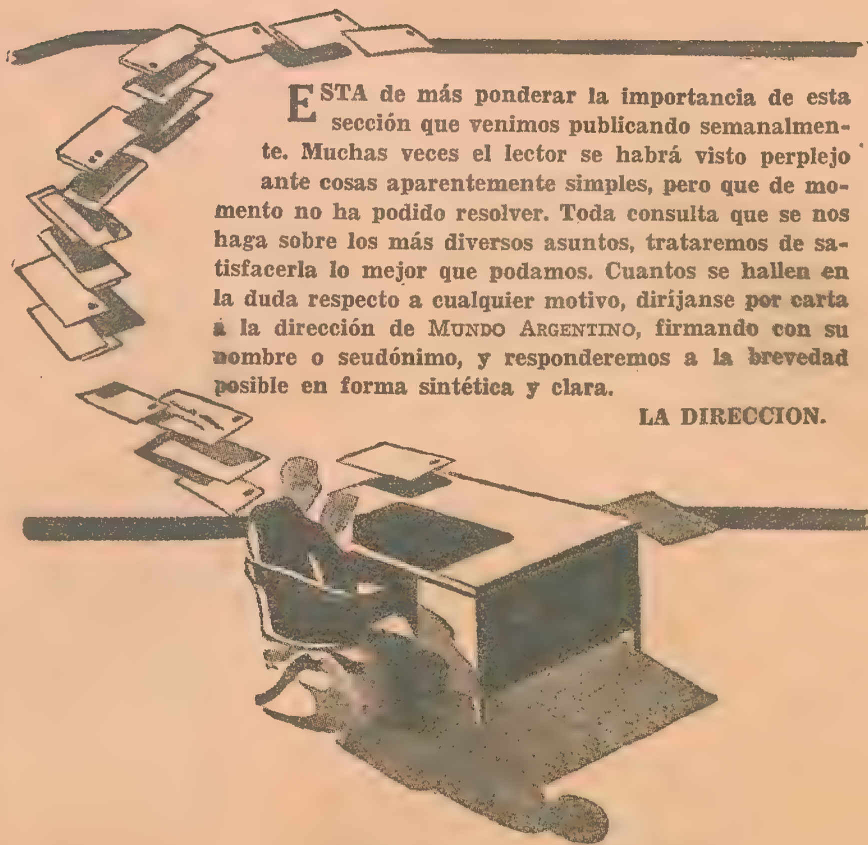
1. — Trajecito abotonado para niño. Dos piezas: saco y pantalón. Corbata en rojo.
2. — Modelito de una sola pieza, con tiradores abotonados. Cuello sin corbata.
3. — Vestido escolar en franela, con abundancia de botones. Cinturón delgado.
4. — Modelo para escuela, en lana crêpe. Corbata de color y cinturón de cuero.
5. — Modelo bolero para niñas de ocho a diez años. Blusa en crêpe y amplio lazo.
6. — Hecho en sarga con adornos abundantes de botones. Manga larga y cuello blanco.
7. — Vestido de dos piezas, en jersey, con falda plisada y blusa lisa.
8. — Modelo de paseo en crêpe de Chine con cuello y puños en seda blanca.
9. — Formado de una sola pieza con cinta en forma de corbata. Cuello y puños blancos.
10. — Modelito colegial en género de fantasía con repetición de cuello y puños.

Infantiles para Otoño



11.—Modelo en tafetán con pequeños volados en la parte inferior de la falda.
12.—Vestido para paseo, de tarde, hecho en crêpe de Chine, con mangas cortas.
13.—Sencillo modelito para niñas de ocho a once años. En franela y de una sola pieza.
14.—Trajecito marinero de dos piezas. Corbata roja y cuello en rojo y azul.
15.—Hecho en terciopelo para niñas de ocho a diez años.
16.—Modelo en crêpe de Chine con abundancia de plisados sobre la falda.
17.—Hecho en seda crêpe para niñas de doce a catorce años. Cuello con bordados.
18.—Modelo en crêpe mongol con plisados. Falda seccionada en tres partes.
19.—Vestido bolero en crêpe satin para niñas de diez a catorce años.
20.—Modelo de tarde en crêpe de Chine con abundancia de bordados.

LA CIENCIA DE PREGUNTAR



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

EL ARTE DE CONTESTAR

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

TOPACIO (Tucumán). — La recitadora, señora Blanca de la Vega, es profesora de declamación en la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, calle Charcas 1155, donde usted puede escribirle.

●●

RODOLFO (Bahía Blanca). — Para evacuar su consulta necesitamos saber en qué oficina o repartición del Estado presta usted servicios actualmente.

●●

FRANCO II. — Pregunta usted "dónde se encuentra ubicada la Dirección General de la Escuela de Aviación". Respondemos: La Dirección General de Aeronáutica funciona en la calle Charcas 628. Y la Comandancia de Aviación, base A está en Palomar, así como la Escuela Militar de Aviación, cuyo teléfono es 53 Caseros 152.

●●

EXTRANJERA (Mendoza) — Diríjase a la Casa de Expósitos de la Sociedad de Beneficencia de la capital, calle Montes de Oca 40, teléfono 23 Buen Orden 0756, o al Asilo de Huérfanos de la misma, Méjico 2650, teléfono 47 Cuyo 0081. Puede hacer gestiones también en otras instituciones, como ser la Sociedad Damas de Caridad de San Vicente, cuya secretaría funciona en Paraguay 1252 y que tiene cuatro asilos maternales. El teléfono es 41 Plaza 1748. O también a la Sociedad Damas de Misericordia, Azcuénaga 1654, teléfono 44 Juncal 0898.

●●



Caricatura de Hitler

SERA VERDAD. — Semanas antes de la actual elección, Hitler, el caudillo nacional-socialista, obtuvo la ciudadanía alemana, requisito indispensable para ser candidato legal a la presidencia.

●●

UN LECTOR DE ESA REVISTA (Estación Delfín Gallo. F. C. C. A.). — Nadie conoce ni puede precisar el destino de los demás. Las piedras, nudos magnéticos, reliquias cabalísticas, los amuletos, talismanes y los "secretos del ocultismo oriental", así como los pronósticos de todas clases a que usted se refiere, no son sino formas más o menos ingeniosas de predecir la ventura o la desventura ajena y de hacer, de paso, un comercio más o menos tolerado por las autoridades.

●●

UNA HERMANA AFLIGIDA. — En uno de los números anteriores nos referimos en una respuesta a las causas que motivan la baja estatura. Su hermanita tiene 16 años y mide 1.40 centímetros. Puede crecer aún hasta los 25 años. Lo único que podemos recomendarle es buena nutrición y ejercicios físicos. Cualquier otro método necesitaría la intervención de un facultativo.

J'AIME VOUS. — La causa de los granos, barritos, eczemas y forúnculos pueden ser varias. Obedecen a trastornos intestinales, a enfermedades de la piel, a impureza de la sangre y a males específicos también. 2º No podemos recomendarle ningún producto industrial para combatir a las hormigas, por no estar ello dentro de la índole de esta sección. El agua con kerosene en proporción de un vaso por balde es buena, cuando se ha destapado la "olla" del hormiguero. El cianuro es eficacísimo, pero ofrece peligros, su uso, sobre todo, si hay niños en la casa. En cualquier ferretería le indicarán un compuesto eficaz, pues los hay muy buenos. Lamartine ha escrito entre otras obras "Graciela", "Rafael", "Viaje por Oriente", "Historia de la Restauración", "Historia de Turquía", "Historia de los girondinos", "Historia de Rusia", en prosa, y en verso varios tomos, entre ellos "Meditaciones". En cuanto a qué escritores clásicos del siglo puede leer, entendemos que se refiere a los del siglo XX, que en la historia literaria no se conocen, ciertamente, por clásicos, aunque lo sean por la grandeza de su obra. La lista sería demasiado larga, pues no especifica usted si quiere leer novelistas españoles o franceses. Consulte un catálogo de librería y elija obras de estos nombres, que corresponden a todas las literaturas y a muchos siglos: Cervantes, Goethe, Víctor Hugo, Sthendal, Dickens, Manzoni, Zola, Juan Valera, Mariano Alarcón, etc.

●●

CECILIO Q. V. DOMINGUEZ (Entre Ríos).—La palabra "hall" se pronuncia "jol".

DISCUTIDORES. — Mendoza produce mucha más cantidad de vino que San Juan. En los últimos años y en forma global, la producción de esta última se ha calculado en un millón de hectolitros, correspondiéndole, en cambio, a Mendoza, unos tres millones.

●●

CURIOSO. — La provincia de Pundjab, de la India británica, tiene 256.974 kilómetros cuadrados y 20.700.000 habitantes, aproximadamente.

●●

GACETILLERO (Lincoln). — No hay una fórmula precisa para hacer reportajes. Depende de la habilidad del reportero el éxito de los mismos.

●●



Una vista del Azul

VERANEANTE. — El pueblo del Azul está más o menos a cien metros de altura sobre el nivel del mar.

●●

RICARDO B. PODIO. — En ningún museo del mundo se encuentran los "originales" de "La Ilíada" y la "Odisea". En cuanto a su precio, depende del lujo de la edición; las hay populares y otras solamente al alcance de la gente pudiente. En cualquier librería podrá adquirir ejemplares de esas obras por poco dinero.

POTOTA OYHANART Y VARIOS. — Por tratarse de una consulta que se refiere a un concurso público, y que podría perjudicar al éxito del mismo, con desmedro de aquellos que se atengan a las bases del mismo, haciendo averiguaciones particulares, lamentamos no poder responder a sus preguntas.

●●

UN LECTOR ASIDUO. — Ignoramos la fórmula mágica que nos solicita para crecer 20 centímetros, ni más ni menos, en un mes.

●●

EL CORRENTINO. — Diríjase a un diario, colocando un aviso en el que solicite informes sobre el paradero de esa persona.

●●



Una planta de amapolas

LIRIO DEL VALLE. — La amapola es planta de las llamadas anuales. Su propiedad como planta que posee cualidades narcóticas ha sido científicamente comprobada.

●●

V. SCARZI. — En cualquier buena librería de esta plaza encontrará un reglamento oficial de juegos, que incluya el del juego de bochas. Le advertimos que no hay una reglamentación internacional del mismo.

●●

INTERESADO. — En principio, todo instituto donde se cultiva la cultura física, es bueno. Ahora bien, particularmente, no podemos recomendarle ninguno.

●●

A. R. (Rosario de Santa Fe). — Por falta de espacio lamentamos no poder acceder a su pedido. En cualquier biblioteca pública gratuita podrá usted consultar lo que desea.

●●

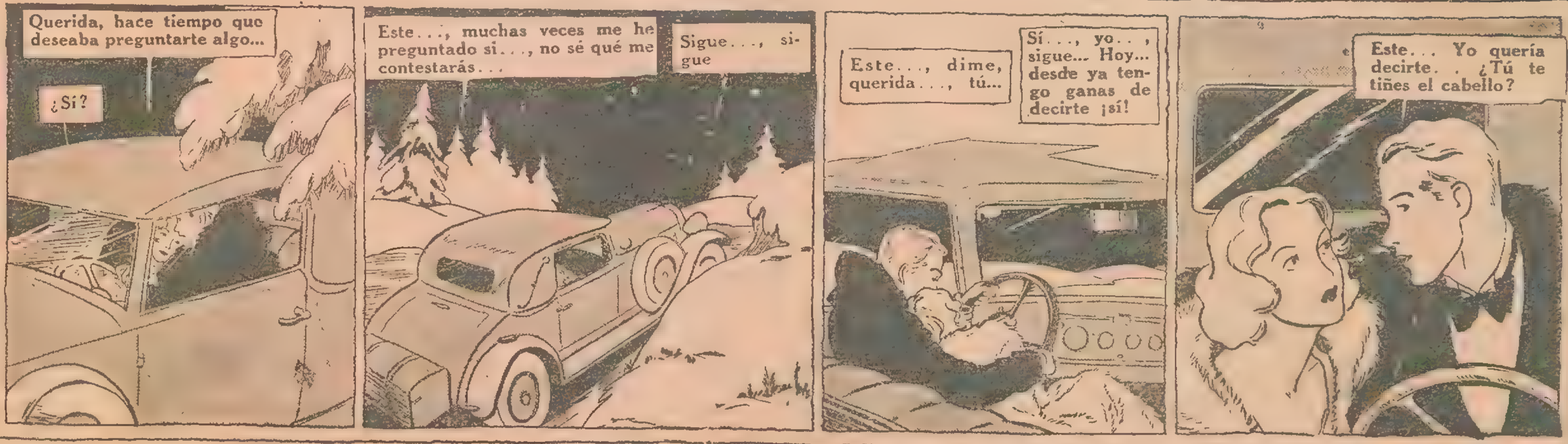
ISAAC. — El Colegio Militar funciona en San Martín. Diríjase allí en procura de los datos que desea. Dirección telefónica, 53 San Martín 12.

●●

LECTOR DE RICARDO LEON. — Ricahombría es un término antiguo, con que se señalaba a la antigua nobleza española. Hoy está en desuso.

●●

PORFIADO. — Las fumarolas y sulfataras despiden vapor de agua y ácido sulfúrico.



LA NOVELESCA AVENTURA...

(Continuación de la página 51)

mas se inclinaron en ceremoniosa reverencia.

Sí, estaba allí, ante ella, Atenaida. Su voto se había cumplido, por cierto, no sin intervención de su astucia. La actitud del soberano era artificiosa. Contaría a la fecha veintinueve años. Su rostro era pálido. Realzaba su escasa estatura con tacos muy altos y una descomunal peluca. Al levantar la vista, la Montespan observó que la miraba y que desvió los ojos en movimiento rápido e involuntario. Con rápida intuición, con una especie de lucidez sobrenatural, penetró el secreto más recóndito del rey. Lo veía claro: él, el formidable monarca ante quien todos temblaban, era tímido con las mujeres.

La Valliere se había levantado, sonriéndole tímidamente a su regio amante. Ella, la Montespan, "sentía" que él se violentaba para no volver a fijar su mirada en la esplendente belleza que lo deslumbraba y que contrastaba con la sencillez de su amante.

— Sire — dijo La Valliere, — permitidme presentaros a madame de Montespán. Es mi mejor amiga en la corte.

El rey inclinó majestuosamente su cabeza.

— Esa es, en verdad, una recomendación, señora — le dijo con gravedad a La Valliere.

Y volviéndose, su mirada se cruzó con la de la amiga, quien se permitió sonreír muy levemente. Su atractivo lo seducía. Ella lo comprendía perfectamente. Expresándose con pomposa gravedad, él la informó:

— La corte me seguirá a la campaña de Flandes, señora. Espero que vuestra amistad con madame de La Valiere os induzca a acompañarla. Una carroza estará a vuestra disposición.

Ella repitió su genuflexión, y respondió:

— El deseo de vuestra majestad es una orden.

La voz era ligeramente musical. Levantando las largas pestañas que sombreaban sus ojos divinos, prosiguió:

— En esa campaña los más altivos se cubrirán de gloria rindiéndose ante el poder irresistible de vuestra majestad.

¿Velaban algún significado sus palabras y el tono en que fueron pronunciadas? Hubo un choque de miradas. Él cambió de color, pero se repuso, y retornando a su estirada gravedad, declaró:

— Señora, entonces esperaré con confianza veros en Flandes. — Y dirigiéndose a La Valliere, agregó: — Elegís bien vustras amistades, señora. Madame de Montespan es encantadora.

Las frases del rey resonaban en los oídos de la marquesa de Montespan mientras se alejaba en su carroza. ¡Que no creyeran otros en el poder de la magia! Ella estaba mareada con la absoluta seguridad de un futuro cierto.

Pasaron años... La Montespan había triunfado. Era en 1674. Todos o casi todos sus deseos se habían cumplido. Tenía tres hijos con el rey, que éste acababa de legitimar en acto público. Hacía mucho tiempo que su molesto marido había desaparecido del cuadro de su vida en forma teatral, cubierto su coche de penachos negros, sus servidores vestidos ostentosamente de luto como si solemnizaran la muerte de la esposa. Su casamiento había sido anulado. Triunfaba. Disponía de veinte habitaciones en el primer piso del palacio real que se edificaba en Versalles. Su rival, La Valliere, había ingresado a un convento. La reina María Teresa apenas si disponía de once habitaciones en el segundo piso. Fatigada por la fiesta, aguardaba al rey, quien debía llegar de un momento a otro. Estaba sola, vestida con la magnificencia que era envidia de toda Europa, brillante de joyas sin par.

Y todo se lo debía a la magia, a los poderes infernales a cuya ayuda tuvo la audacia de acudir. Cada vez que el rey había demostrado veleidades, la Voisin había corrido con sus prácticas de magia, sus filtros y menjurjes. Duchesne, servidor del comedor real, los había mezclado con los alimentos de Luis XIV, y si bien habían perturbado las reales digestiones, su eficacia estaba probada. Para ver cumplidos todos sus deseos faltaba uno solo: el repudio de la reina y el casamiento con ella.

Llamaron a la puerta, que se abrió para dar paso a una mujer seis años mayor que ella, modesta y hermosa aún, que era institutriz de sus hijos con el rey. Llamábase Francisca d'Aubigné, viuda del poeta inválido Scarron. El rey se complacía en conversar con ella, siempre de temas serios y aburridores. Era, a su juicio, un tanto molesta con su preocupación por la salvación del alma de su ama y del rey mismo.

— Señora — dijo Francisca, — el señor obispo Bossuet desea veros.

— No puedo recibirlo; el rey ha de volver de un momento a otro.

Una voz profunda respondió desde el umbral de la habitación:

— Vengo en nombre de uno que es el rey de los reyes, señora. ¡Es urgente que os hable largamente, señora.

Estaba allí. Era él. El águila de Meaux. Alto, hermoso, dominador, de rostro ascético, no había cumplido aún los cincuenta años.

— ¡Abreviad, monseñor! — le dijo.

— Lo haré, señora, pero tened presente que la eternidad es infinita. Dios me envía a libraros de vuestra existencia pecadora; a deciros lo que es necesario decir para salvar vuestra alma, y, lo que es más aún, a salvar este reino. No rechacéis, señora, la palabra de Dios, que os habla por mi boca. Os traigo sus órdenes, señora. ¡Debéis dejar al rey!

— ¡Jamás!

— ¡Cuidaos, señora! Los poderes de las tinieblas se disputan vuestra alma y os deslumbran con un esplendor terrenal que puede desaparecer en un momento. ¡Acordaos de la eternidad!

— Cuando precise vuestros consejos os mandaré llamar, monseñor. Estas son mis habitaciones privadas. Deseo estar sola...

— Señora, sabéis que lo que digo es cierto. Sin embargo, Dios es más poderoso que los poderes tenebrosos. ¡Él triunfará!

Haciendo la señal de la cruz, el prelado se retiró y la Montespan volvió a quedar sola y amedrentada. ¿Sospechaba, sabía algo aquel obispo? No; era imposible. Sólo su fanatismo lo impulsaba.

Se oyeron pasos que se acercaban; era el rey.

— ¡Grand amí! Por fin habéis vuelto a mí.

Él la besó en la boca hermosa y roja.

— Ma mie! Tuve que visitar a la reina. Perdonadme. Además, fuí a buscar algo para vos. Una bagatela...

Puso un estuche en sus manos. Ella lo abrió y se encontró con un magnífico aderezo de brillantes que fulgían a la luz.

— ¡Sire! — exclamó entusiasmada.— ¡Sois demasiado generoso conmigo!

Él sonrió y le explicó.

— ¡Sabéis por qué os lo doy, ma mie?... Porque me amáis y no por el hecho de ser el rey, sino por mí mismo.

Era en 1679. Se hallaba en Clagny, su magnífica residencia contigua a Versalles y apenas inferior en esplendor arquitectónico. El obispo Bossuet había logrado separarla del rey, pero ella lo había reconquistado gracias a la Voisin, y más enamorado que nunca.

Sentada a una ventana, contemplaba desde hacía dos horas los hermosos jardines, obra maestra de Lenotre, torturada por una ansiedad atroz. A su lado, la institutriz de los infantes reales cosía detrás de ella. Ya no era la viuda de Scarron, sino madame de Maintenon, por gracia y merced real.

— Tarda mucho hoy. ¿Qué podrá haberle ocurrido.

— Indudablemente, asuntos de Estado retienen a su majestad.

— ¡Asuntos de estado! ¡"Tu te moques de moi!" Ya va para dos días que nó viene. Es esa Fontanges.

Pocos días antes ella misma había dicho al rey:

— ¡Mirad, sire, qué hermosa estatua! Me sorprendí cuando me dijeron que era una mujer de carne y hueso.

Luis miró y respondió:

— Todo lo estatua que os plazca, pero es una criatura encantadora...

Se produjo el inevitable lío, y ahora ella pensaba. Hacía dos días que su real amante no venía, embelesado con su Fontanges. Esta tenía diez y ocho años, mientras ella contaba treinta y ocho. Sí, el único recurso que le quedaba para recuperar el amor de Luis XIV era el que nunca le había fallado: la Voisin..., ¡la magia negra otra vez!

Y otra vez, a la noche siguiente, precedida por su fiel Desoillets, salió a altas horas. No lejos del castillo se alzaba una capilla. Allí la esperaba el célebre abate Guibourg y dos hombres llamados Romaní y Bertrand, "artistas en venenos", como los calificara la Voisin.

Ya reunidos todos, trataron el macabro negocio, y tras mucho regatear, convinieron precio y fijaron las bases. Tanto el rey como la Fontanges debían morir. La Voisin se encargaría del monarca, a quien, en un día destinado a recibir peticiones, entregaría un documento empapado en un veneno tan sutil, que bastaría tocarlo para perder la vida. Romaní y Bertrand envenenarían a la señorita de Fontanges, pero lo harían por medios lentos, a fin de que pareciera que moría de consunción. Todo costaría cien mil coronas...

Iba a comenzar la infernal ceremonia que garantizaría la eficacia de la venganza. Sólo el odio, un odio brutal, latía en el pecho de la Montespan, mientras se encerraba en el pequeño vestuario adyacente a la capilla. Ayudada por Desoeillets se quitó las ropas. Desoeillets la cubrió con una capa y así regresó a la capilla. Enfrente de ésta, sostenido en dos bancos, había un colchón. Desprendiéndose de la capa, la Montespan se tendió sobre él y la Voisin colocó un cirio encendido en cada una de sus manos. Sobre su cuerpo desnudo colocaron un cáliz. El fraile endiablado estaba entre ella y el altar. En ese terrible instante entró en la capilla una joven campesina, que traía un niño de cortos días en brazos. El innoble abate se apoderó de la criatura, al propio tiempo que esgrimía un cuchillo, y su voz resonó en la capilla:

— ¡Adonai! ¡Adonai! Yo te conjuro. Acepta el sacrificio de este niño que voy a inmolarte para que concedas lo que te voy a pedir.

La misa negra había empezado.

Era en 1680. La Fontanges había muerto al dar a luz. El rey se había salvado por milagro, pues en vez de recibir por sus propias manos la petición, había indicado que se la depositaran sobre una mesa. Sin embargo, por obra de milagro, la Montespan volvía a imperar. No estaba tranquila, empero, pues el "proceso de los envenenamientos" estaba en su apogeo de escándalo. La policía había descubierto una organización criminal de vastas ramificaciones que se dedicaba al asesinato, y especialmente al tráfico de venenos. Un tribunal especial, "la Cámara Ardiente", entendía en el asunto. Una de las primeras personas detenidas fué la Voisin, y la Montespan temía que al serle aplicada la tortura, su infame cómplice la denunciara. Sólo respiró

(Continúa en la página 61)

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR



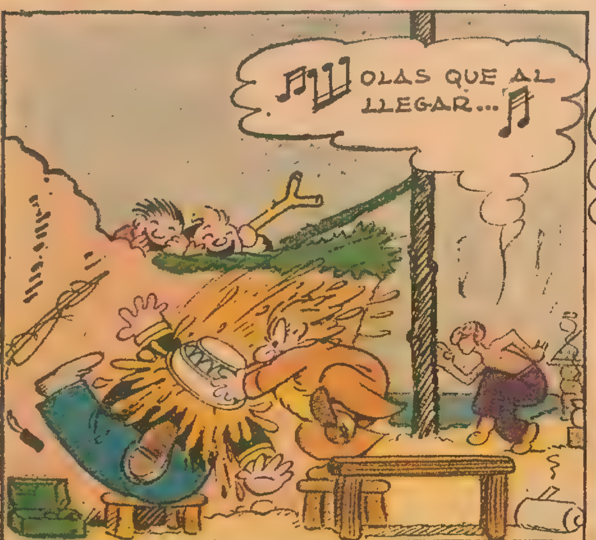






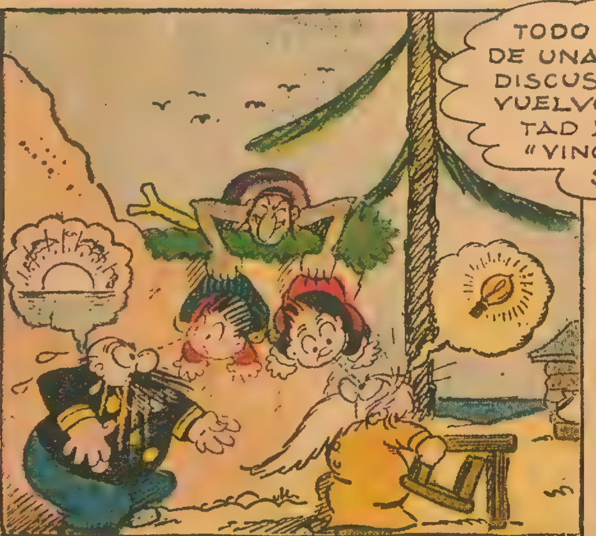
















UN ROBO EN EL TREN

(Continuación de la pág. 39)

El lugar que Carlos había elegido para colocar el mensaje dirigido a Ethel, era el reloj del señor gordo alemán. El suponía que Ethel tenía que sentarse en el asiento frente al alemán, y que inmediatamente la cadena que éste ostentaba tan a la vista atraería poderosamente la atención de su compañera, y que ella no podría resistirse a la tentación de apropiarse de la cadena y del reloj. Aprovechó la circunstancia de que el alemán estaba durmiendo para sacarle el reloj, colocarle el papel debajo de la tapa y volver a colocarlo en su sitio. Ethel, efectivamente, recibió el mensaje en la forma que había previsto él, razón por la cual continuó el viaje tranquilamente, sabiendo que Carlos estaba en salvo. Luego, cuando vió que la señorita arrogante se dirigía al lavatorio, la siguió, pensando que quizá podría obtener algo, y al ver que ésta dejaba el anillo descuidadamente sobre el lavamanos, se apropió de él utilizando un jabón partido y hueco que acostumbraba a llevar para esos casos. Colocó el anillo en la parte hueca y después, juntando los dos pedazos del jabón y haciendo como que se lavaba las manos, consiguió unirlos de tal forma que no se notara que había estado partido. La policía, después de revisarla minuciosamente, le devolvió su "necesaire" con el jabón, y de esa forma Ethel pudo quedarse con el anillo.

FIN

LA NOVELESCA...

(Continuación de la página 59)

libertad cuando la bruja fué supliciada en la plaza de la Greve...

El rey la había mandado llamar y ella acudió con toda premura a Versalles. ¿Qué le quería?... La reina María Teresa estaba nuevamente muy enferma. Tal vez ahora su ambición más alta se realizara: el horóscopo real todavía no había cumplido en todas sus partes.

El rey la recibió sentado a su escritorio. Detrás de él, de pie, aparecía un hombre a quien ella no conocía. Era delgado y de mirada penetrante. Luis XIV se volvió hacia él y le dijo:

—Señor de la Reynie, podéis retiraros.

¿El señor de la Reynie? ¡Horror! Era el famoso teniente de policía del reino, el temido comisario de la Cámara Ardiente. El soberano se incorporó. En la diestra tenía un fajo de documentos y en el rostro una expresión de implacable severidad.

—Señora —le dijo,— tengo aquí las pruebas de vuestra culpabilidad.

Ella temblaba.

—¿Qué es lo que sabéis, sire? Mi único delito ha sido amaros fielmente durante trece años.

—¿Trece años de amor y fidelidad? Trece años de infernales brujerías. ¡Lo sé todo! ¡Todo! Aquí están las pruebas... Desde la primera ceremonia diabólica en la calle de la Tannerie hasta el atentado contra mi vida. Decidme qué es lo que ocurrió en el castillo de Villebousin, señora.

La acusada cayó de rodillas y juntó las manos, pidiendo perdón.

—He ordenado a la Reynie que suspenda la acción de la justicia, señora— prosiguió Luis XIV.— Estos crímenes alcanzan muy de cerca a mi trono. Debo recordar a mis hijos, señora, que también lo son vuestros. Los demás culpables están en la cárcel y jamás saldrán de ella. Vos permaneceréis en la corte para desvirtuar las murmuraciones que circulan. Os mostraréis en las fiestas, sonreiréis y demostraréis ser siempre feliz. Para todos continuaréis siendo la mujer envidiada; sólo para mí habréis muerto.

—¡Anoche su majestad se casó secretamente con madame de Maintenon!

Era en 1707. Madame de Montespan, anciana ya, había ido a Bourbon a tomar las aguas. Se moría, haciendo siempre penitencia, arrepentida de su vida de pecado. Presentía su muerte, y por ello había pagado dos años de pensión por anticipado. Se acababa de confesar y comulgar.

Luis el Magnífico exclamó:

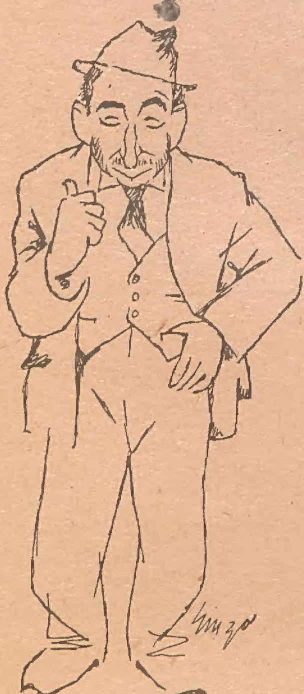
—Hace mucho que madame de Montespan murió para mí, señora.

FIN

El buen humor en nuestros teatros

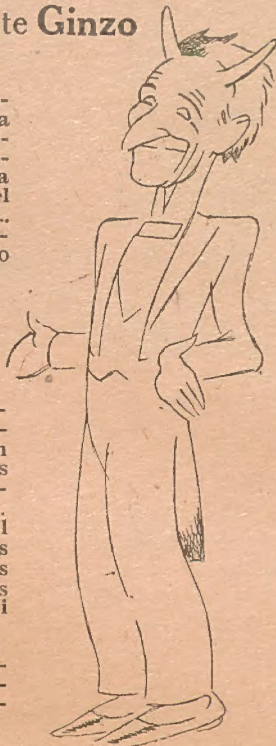
(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante Ginzo



MAESTRO (H. Ugazio). — Majestad, para este experimento necesitamos un hombre, porque echar a perder una mujer es como salar el mar y calentar el sol...

De "EL MOLINO ROJO", éxito del teatro la Opera.



EL COMENTARISTA (Pepe Arias). — ¡Mejor están en Shanghai!... Allá los japoneses han impuesto el terror... ¡Aquí hay terror al impuesto!... Allá los nipones asaltan los bancos..., ¡aquí en los bancos ni-pones ni sacas nada!...

De "MEJOR ESTAN EN SHANGHAI", éxito del teatro Sarmiento.



DON ROSARIO (G. Cicarelli). —¿A osté no le da vergüenza dejarse seducir por esta miniatura insignificante?...

NOVELITA (Encarnación Fernández). —¡Me dijo que iba a crecer, tata!...

De "QUE SIGA EL CASAMIENTO", éxito del teatro Cómico.



CASIMIRO (Simari). — Ma, ¿dónde compró esto anteoco senza vidrio?...

JACINTO (Arata). — Es una pichincha que hice...

De "2'37" 1|5...", éxito del teatro de la Comedia.

¿SERAN IMPOSIBLES...

(Continuación de la página 49)

estaciones. No tenían donde colocarla. Entonces Yzetta destinó su comedor a lugar de experimentaciones. Secuestró la llave de la habitación, no obstante las protestas de su esposa, arrumbó los muebles y procedió, en compañía de su amigo y socio, a tender vías y a armar un pequeño taller. Trabajaron con ahinco, con afán. Entre libros, hojas de cálculo, material de electricidad y diminutos vagones y locomotoras pasaban todas las horas del día y de la noche que les dejaban libres sus ocupaciones. A veces, cuando vencían alguna dificultad que los acercaba a la meta ansiada, ni siquiera dormían. Los días de fiesta eran verdaderas orgías de laboriosidad. Así pasaron semanas y meses. Una tarde dieron el toque final a su obra. Habían triunfado. Su invento superaba a los similares. Era relativamente perfecto. Un alto funcionario de los Ferrocarriles del Estado, antiguo y reputado ferroviario, el ingeniero Carlos Alberto Ochoa, fué a ver lo que "habían hecho" los dos amigos y se entusiasmó. Se presentaron al Círculo Argentino de Inventores, institución benemérita, que hasta hace poco mantuvo una exposición en el antiguo edificio de las aguas corrientes, Avenida Alvear 2299. Las autoridades de la organización resolvieron ceder un gran salón para que los jóvenes inventores realizaran sus demostraciones públicas.

A veces ni comían por trabajar. Cuando el hambre los acosaba, la engañaban con un par de sandwiches y un vaso de cerveza. Todo listo ya, realizaron diversas pruebas públicas, que fueron presenciadas por el intendente municipal, el director general de ferrocarriles, numerosos funcionarios y representantes de todas las empresas ferroviarias del país.

Un gran experto ferroviario, míster J. George Mayne, estudió el invento, lo sometió a toda suerte de pruebas, y, por fin, se convenció de su eficacia absoluta. Desde ese momento se convirtió en decidido protector y campeón de los inventores. A su pedido todas las empresas enviaron técnicos para estudiar el invento. Todos le tributaron aplausos, lo encontraron admirable. Hay una sola consideración que los detiene para adoptarlo.

Nos la explica el señor Mayne:

—Yo desearía ver triunfar a estos hombres — dice. — Su invento es inmejorable. Sobre todo, evitaría completamente los accidentes en los radios suburbanos. Cuentan con mi simpatía porque son jóvenes y han realizado una labor titánica, que aunque les haya impuesto verdaderos sacrificios pecuniarios, debe apreciarse bien por el noble esfuerzo y consagración que entraña. Los he recomendado a todas las empresas. Todas han enviado sus técnicos. Yo los he acompañado. Sus opiniones no pueden ser más favorables. Hay una sola circunstancia que puede constituir un obstáculo: es la mala situación financiera de las empresas, que no les permite lanzarse en gastos de consideración.

El sistema que nos ocupa llega a este importante resultado: el tren en marcha — que es hoy el elemento dinámico por excelencia que domina sobre la vía — queda supeditado o gobernado por la vía misma.

Hemos visto detenerse automáticamente, en el modelo de exhibición, los trenes al llegar a barreras o cambios abiertos, o al acercarse sobre la misma vía otro convoy.

Dadas las múltiples y notorias ventajas que ofrece el invento de Mattei e Yzetta, convendría, si no lo hicieran las empresas particulares, que los ferrocarriles del Estado lo aplicaran a título de ensayo, en sus líneas, especialmente en el punto de arranque, que es la ciudad de Santa Fe, donde debido al incesante movimiento ocurren con frecuencia, a diario, accidentes que cuestan ingentes sumas a la administración general, aparte de las vidas que se pierden en ellos.

FIN

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA



Cuando llegué al "salón", don Giácomo hacía sonar las tijeras sobre la alámbrica y renegrida cabellera de un criollo de la provincia, que había venido con una tropita, y sostenía, al mismo tiempo, con él un animado diálogo.

—Así que las autoridades del partido son buenas...

—Yo no sé si son güenas o si se están achicando, hasta aquerenciarse. Por esperiencia, amigo, yo desconfío cuando la autoridá se ablanda.

"Cuando el comesario cai por los ranchos, amigo, de traje dominguero y con la cara sonriente a preguntar que "cómo andan las cosas" y si tienen alguna queja que presentar, es que se "palpita" que lo van a dar de baja, porque ya anda sonando otro candidato en el pago. ¿Y sabe a qué viene tanta amabilidá?"

—No caigo.



—Porque al ratito no más, en cuanto le dicen "abájese que estamos friyendo unos pasteles y van a ser en honor de la autoridá", saca un papel del bolsillo y les pide que en vez de los pasteles lo conviden con una firmita, que total no es nada grave. Nada grave, ¿sabe? Y se trata de una nota al gobierno que él mesmo se ha hecho, pidiendo que no lo saquen.

"En las grandes ciudades sucede lo mesmo: hay juncionarios que se hacen amigos de los periodistas nada más que pa tener una rama ande meterse en caso de tormenta. Bien dicen que "más vale maña que juerza", don.

"Algunos de esos juncionarios — como ocurrió en los últimos días del gobierno de "fato" — tienen la habilidá de inventar informes y proyetos o de descubrir algo raro, cada vez que se está por cambiar gobierno, o, por lo menos, que los amaga un nombramiento de nuevo diretor de la repartición a que pertenecen. Los amigos que tienen en los diarios se encargan de darles bombo, y así, a juerza de llamar la atención, consiguen afirmarse



en las caronas del presupuesto, aunque la cincha esté floja.

"Otros, en cambio, son escrebidores y les dedican obras a los gobernantes o publican "estudios críticos" que no son más que vulgares adulonerías. Por ahí andan en los consulados y muy bien acomodaos en los empleos públicos una cantidad de escrebidores d'esos y hasta "puetas" que le dedicaron libros enteritos a don Hipólito. Y no me estrañaría nadita q'esos mismos tipos salgan ahora escribiendo al revés."

—¿Cómo al revés?

—Sí, pues: con las de cociar... Como ahora a todos les ha entrao la manía de escribir la historia de la revolución y todos se sienten héroes...

●●●

¡Plaf, plaf! La toalla.

—¡Que pase el primero!

Tomo asiento.

Don Giácomo, que viene entrando, me "abaraja" con un tema de actualidad. (Queda dicho que el tema es económico.)

—¡Ha visto, don Mandinga! Llevamos ya un mes largo de "normalización" y todavía no se ha "normalizado" nada... Habíamos apilado ilusiones, como bolsas de trigo en la estiba, y ahora resulta que la estiba se nos desmorona.

"La primera bolsa que se nos vino al suelo fué la de los empréstitos Le Breton. Este Le Breton en vez de una bolsa llena de oro nos metió un "paquete".

"El gobierno, además, había hablado de "soluciones inmediatas". Puede ser que todavía lleguen, porque la palabra "inmediato" sólo se admite en las esferas oficiales en forma relativa. Pasa con las "soluciones inmediatas" lo que con los "telegramas condicionales": llegan..., algún día."

●●●



— Sobre esto de la relatividad oficial acaba de producirse un caso muy interesante, que se lo voy a contar:

"En Catamarca la langosta venció una vez más a los langosteros en esta guerra del hombre contra el acridio, que la deja chiquita a la guerra de los cien años, y salvada la última barrera se abalanzó sobre el botín — es decir sobre los sembrados — con todo el ímpetu de su voracidad.

—¡Caramba! ¡Qué elocuencia!...

— Yo soy así, cuando me inspiro. Bueno: los vitivinicultores, previendo el desastre y tratando de salvar sus intereses — que son los de la provincia — en cuanto fuera posible, se dirigieron a la administración de Impuestos Internos pidiendo que por este año y ante la inminencia de una pérdida inevitable y total de la cosecha, se les permitiera utilizar la uva verde en la elaboración de aguardientes, que era lo único que podía hacerse.

"Bueno; empezaron los expedientes, las inspecciones y los informes técnicos hasta que al fin, debidamente llenados los recaudos burocráticos se concedió la autorización pedida."

—¡Menos mal!

—No. ¡Mucho peor! La autorización llegó cuando la langosta había acabado con todo. Y si algo se hubiera salvado, ya no era tiempo, tampoco, de fabricar vinagre, aunque, por lo visto, para la administración de Impuestos Internos la uva debe dejar de madurar y la langosta debe detenerse a esperar órdenes cuando ella tiene asuntos "a resolver".

"Y ahora, dígame un poco, don Mandinga. ¿Dónde está el espíritu práctico del gobierno que por un caso de pura negligencia, agravado por la incomprensión de las verdaderas funciones administrativas, permite que se malogre así una fuente de riqueza y de trabajo, tanto más importante cuando se trata



de una provincia pobre, escasa de recursos y endeudada como Catamarca?"

●●●

Ya estamos en el contrapelo cuando don Giácomo se acuerda de un "chimento":

—Le voy a contar una historia auténtica, — me dice — para que vea que el "espíritu lugoniano" no estaba solamente en "Orden Político" durante el gobierno de facto, sino que era un espíritu "generalizado".

"Un coronel y un ciudadano ventilaban en los tribunales un pleito por una medianera. Estalla la revolución y al coronel le dan un cargo de importancia. Pocos días después del nombramiento, la policía se presenta en el domicilio del ciudadano del pleito y lo lleva detenido a las cuatro de la madrugada, entre el llanto y la alarma de la familia y con tanto apuro que ni siquiera le permiten lavarse la cara.

"El ciudadano recurre a los servicios de un



abogado influyente y éste no tarda en descubrir que la detención de su cliente se debía... ¡a una orden del coronel! Con este "dato", lo demás es fácil y, por supuesto, el "asunto" se arregla: al detenido lo ponen en libertad y al funcionario le quitan el puesto que desempeñaba en la Casa de Gobierno."

—¡Menos mal! Porque al fin, el gobierno reparó la falta con una medida ejemplarizadora.

—Ahí está: ¡ya pisó el palito! Eso mismo dije yo cuando me lo contaron, pero no fué así: al funcionario lo separaron de su puesto..., para darle otro más importante, con viático, paseos en ferrocarril para conocer los lugares más pintorescos de la república y otras gangas que no se consiguen todos los días.

Por

El Viejo Mandinga

SALPICON

IDEARIO ARGENTINO

Nada más saludable para el cuerpo y el alma que un viaje. El ver otros paisajes y otras escenas renueva en nosotros la energía y la sensibilidad.

HUGO WAST.

Los más temibles tenorios son los que empiezan conquistando al marido.

ENRIQUE MENDEZ CALZADA.

La mujer del doctor famoso. — ¡Qué aburrimiento! ¡Créeme que no sé cómo matar el tiempo!

El. — ¿Quieres que te haga una receta?



— Papá, ¿me dejas ir al jardín?
— Espérate, que ahora está tu hermano en él.

(De "Gutiérrez", Madrid)



— Vamos a ver. ¿Puede usted hablarme de la compresión de los cuerpos?
— Ya lo creo, señor profesor. Mi padre me ha transmitido su gran experiencia adquirida en el subte.

(De "Le Rire", París)



— Pronto, señor. Deme una película nueva, que no quiero perder esta escena. A mi novio lo viene persiguiendo un novillo.

(De "The Humorist", Londres)

LA ANECDOTA ARGENTINA

UNA CONSULTA

Ante el doctor Próspero García, respetable caballero tucumano, que fué gobernador de su provincia, compareció cierta vez en consulta un modesto horticultor.

— ¿Puedo yo, doctor — le dijo, — hacerme pagar daños y perjuicios por el dueño de los animales que de un campo vecino a mi chacra se han pasado a ella y destruído gran parte de mis hortalizas?

— ¡Cómo no ha de poder! Tiene el más perfecto derecho — contestó el doctor García.

— Pues los animales que me han hecho el mal — agregó el campesino entre tímido y picaresco — pertenecen a usted, señor doctor...

— ¿A mí?... ¿Y en cuánto estima usted su pérdida?

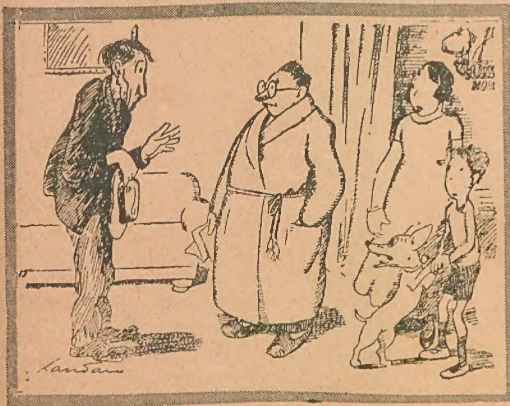
— En unos doscientos pesos.

— Muy bien. Mi consulta valdría trescientos; pero se la dejo en doscientos, y estamos a mano.



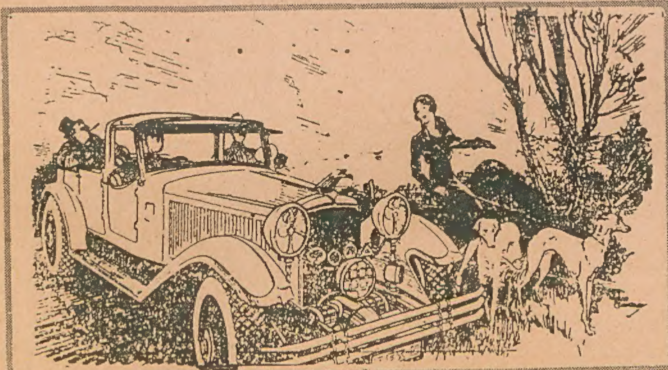
— ¿Estás enfermo, Julián, que tienes semejante erupción?
— No. Es que estoy empleado en este teatro para dar de comer a las pulgas amaestradas.

(De "L'Amusant", París)



— No, señor; no entiendo nada de jardinero, ni de caballerizo. Yo preferiría que el señor me ocupase en mi oficio.
— ¿Cocinero, tal vez?
— No, señor. Equilibrista.

(De "A B C", Madrid)



La hija. — ¡Qué bella puesta de sol, papá! Fíjate, cada vez baja más.
— El padre. — ¡Que baje lo que quiera! ¡Afortunadamente, yo no tengo acciones en él

(De "The Passing Show", Londres)



— ¿Qué haces, desgraciado?
— No me interrumpas. Le he dado la cucharada al nene, y no me acordé de agitar antes el frasco.

(De "Blanco y Negro", Madrid)

CORAZON DE TIGRE

Cierto Tigre del Circo de Nummava
al ver que, desde un palco, una señora
con creciente interés lo contemplaba,
díjole al León: — ¿La ves? ¡Qué encantadora!
¡Si me encontrara alguna vez con ella
y aunque el hambre tuviérame en apuro,
no me la comería, te lo juro!
¡No podría comérmela! ¡Es tan bella!
Por el contrario, al lado de esa dama
me parece, y en esto soy sincero,
que me convertiría en un faldero
de esos que salen a pasear con su ama.
Y ella, en tanto, pendiente siempre de él
y pensando en que de esa hermosa piel
le saldría un abrigo primoroso,
con viveza decíale a su esposo:
— ¡Fíjate, Rudesindo,
qué pelo tan bonito! ¡Es un primor!
¿Podrá haber algo más encantador?
¡Dan ganas de comérselo! ¡Qué lindo!
Y agregaba en un tono lisonjero:
— ¡Cuánto daría por quitarle el cuero!...

TRILUSSA.

ELECCIONES PUEBLERINAS

En cierto pueblo de la provincia un ciudadano fué a votar. Al llegar a la mesa receptora de votos se encuentra con el comisario del partido, quien le toma la libreta y desaparece.

A los cinco minutos vuelve y entrega la libreta al ciudadano, diciéndole:

— Andá, nomás; ya has votao.

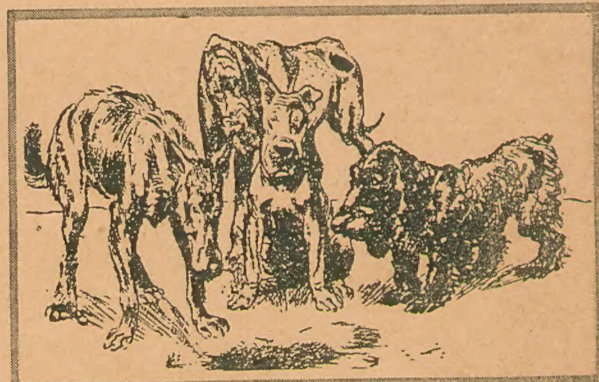
— ¿Cómo? — interroga el interesado sorprendido. — ¿No puedo saber por quién he votado?

A lo que responde, fastidiado ya, el representante de la autoridad:

— ¡Retirate! ¿No sabés que el voto es secreto?

La actriz (que en el escenario hace el papel de mucama). — Me despido de ustedes.

Una señora de la platea (ansiosa). — ¿Quiere usted venir a mi casa? ¡Le ofrezco ochenta pesos y todas las noches libres!



— ¿Y cómo llegó tu esposa a enterarse del lugar en que tú escondías los huesos?
— ¡Quién sabe! A lo mejor he ladrado mientras dormía.

(De "Smith's Weekly")

DE "DEL VESTIDO Y DEL DESNUDO"

Un hombre desnudo es un hombre sin personalidad.

Un sobretodo de pieles hace de un hombre un tenor.

La mayoría de los anarquistas son hombres que han hallado, por azar, una corbata colorada en su ropero.

ROBERTO GACHE.

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.